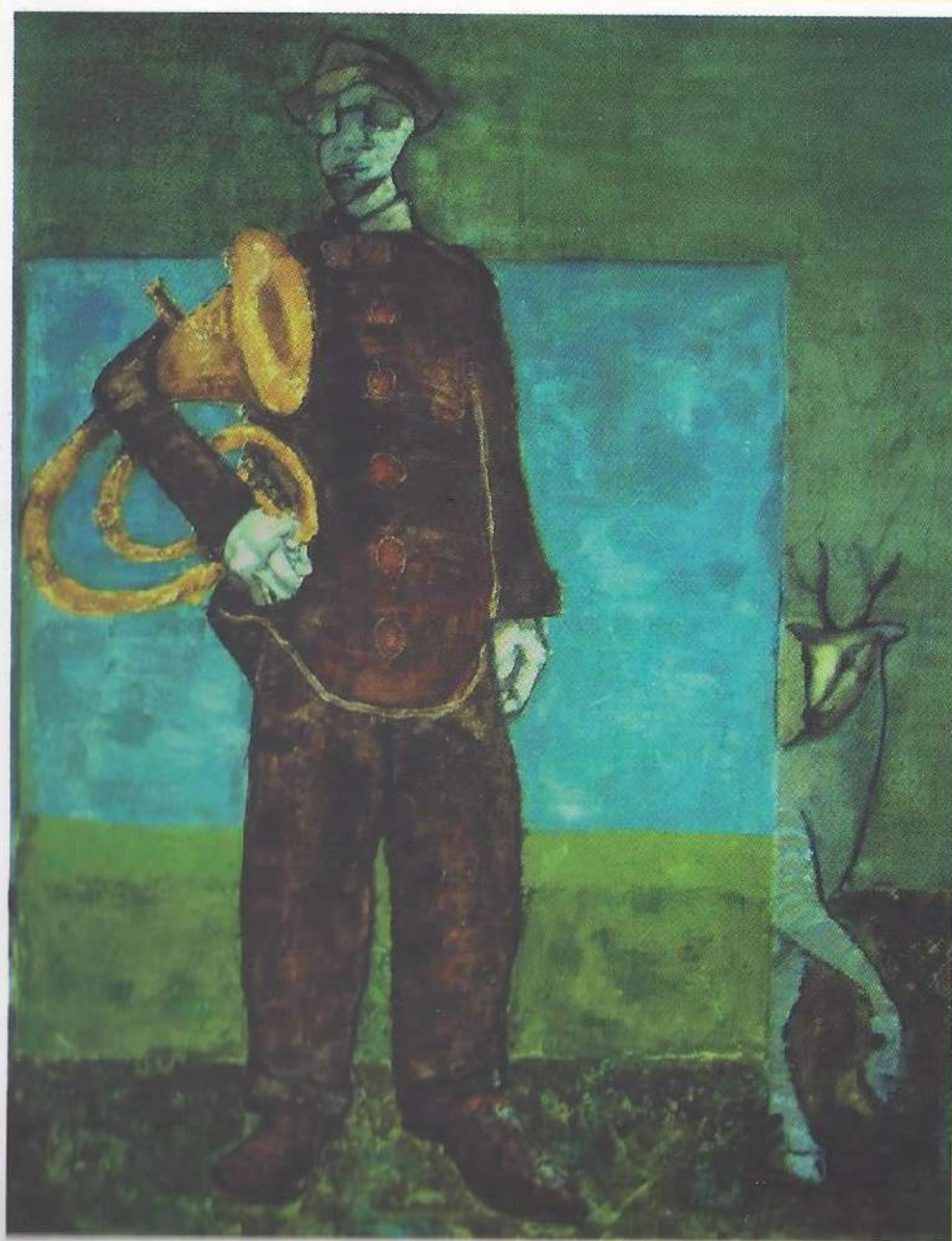


Coatepec

Revista de la Facultad de Humanidades
y del Centro de Investigación en Ciencias Sociales y Humanidades
de la Universidad Autónoma del Estado de México

NUEVA ÉPOCA • AÑO IV, NÚMERO 7 • JULIO-DICIEMBRE DE 2004

Contribuciones desde



ISSN-1870-0365

Contribuciones desde Coatepec



Universidad Autónoma del Estado de
México

Dr. en A.P. José Martínez Vilchis
Rector

M. en Com. Luis Alfonso Guadarrama Rico
Secretario de Docencia

Dr. en Cs. Agr. Carlos M. Arriaga Jordán
Secretario de Investigación
y Estudios Avanzados

M. en C. Eduardo Gasca Pliego
Secretario de Rectoría

Dr. en Ed. Lucila Cárdenas Becerril
Secretaria de Difusión Cultural

Lic. en E. Román López Flores
Secretario de Extensión y Vinculación

Ing. Manuel Becerril Colín
Secretario de Administración

M.A.S.S. Felipe González Solano
Secretario de Planeación y Desarrollo
Institucional

**M. en S.P. Lilia Elena Monroy
Ramírez de Arellano**
Directora General de Educación Continua
y a Distancia

M. en D. Jorge Olvera García
Abogado General

L. en Com. Ricardo Joya Cepeda
Director General de Comunicación Universitaria

Profr. Inocente Peñaloza García
Cronista

M. en A. José Salvador Origel Lule
Contralor



Facultad de Humanidades

M. en H. Miguel Ángel Flores Gutiérrez
Director

Lic. Magdalena Pacheco Régules
Subdirectora Académica

C.P. Abraham De la Colina Mercado
Subdirector Administrativo

Dra. María del Carmen Álvarez Lobato
Coordinadora de Posgrado

Dra. Ana Lidia García Peña
Coordinadora de Investigación

M. en F. Mariano Rodríguez González
Coordinador de Difusión Cultural

Lic. Rodolfo Sánchez Arce
Jefe de Servicio Social

Lic. Gerardo Sámano Hernández
Jefe de Control Escolar

Lic. Ariel Sánchez Espinoza
Jefe de la Biblioteca



Centro de Investigación
en Ciencias Sociales y Humanidades

Dr. Francisco Lizcano Fernández
Coordinador

Dra. Guadalupe Y. Zamudio Espinoza
Líder del Cuerpo Académico

Dr. José María Aranda Sánchez
Mtro. Ricardo Arellano Castro

Mtra. Gloria Camacho Pichardo

Mtra. Guadalupe Isabel Carrillo Torea

Dr. Edgar Hernández Muñoz

Dr. Edgar Samuel Morales Sales
Investigadores

Lic. Leticia Peñaloza Alvarado
Secretaria Administrativa

Contribuciones desde **Coatepec**

**Revista de la Facultad de Humanidades
y del Centro de Investigación en Ciencias Sociales y Humanidades
de la Universidad Autónoma del Estado de México**

ISSN-1870-0365

Nueva época, año IV, número 7, julio-diciembre de 2004

Revista indizada para la base de datos

CLASE

(Citas Latinoamericanas en Ciencias Sociales y Humanidades)

de la Dirección General de Bibliotecas de la Universidad Nacional Autónoma de México

LATINDEX-Catálogo

(Sistema Regional de Información en Línea para Revistas Científicas
de América Latina, el Caribe, España y Portugal)

REDALyC

(Red de Revistas Científicas de América Latina y el Caribe, España y Portugal)
de la Universidad Autónoma del Estado de México



Universidad Autónoma del Estado de México

Contribuciones desde **Coatepec**

Director

Dr. Francisco Lizcano Fernández

Subdirector

M. en H. Pedro Canales Guerrero

Consejo de Redacción

Mtra. C. Araceli Ramírez Peñaloza

M. en L. F. Javier Beltrán Cabrera

Rogelio Ramírez Gil

Comité Editorial

Filosofía:

Dr. Mijaíl Malishev

Estudios Lingüísticos y Literarios:

Mtro. Gerardo Meza García

Estudios Latinoamericanos:

Dr. Juan Monroy García

Historia:

Mtra. Gloria Pedrero Nieto

C. de la Información Documental:

Mtro. Evaristo Hernández Carmona

Creación:

Mtro. Humberto Florencia Zaldívar

Ciencias Sociales:

Dr. José María Aranda Sánchez

Consejeros honorarios:

Dr. Francisco Xavier Solé Zapatero

Dr. José Blanco Regueira†

Dr. Gerardo A. Rodríguez Casas†

Unidad Amecameca

Mtro. Lino Martínez Rerbollar

Consejo Editorial Internacional: **Mauricio Beuchot** (UNAM); **Boris Emélianov** (*Universidad de los Montes Urales*, Rusia); **María Rosa Palazón Mayoral** (*Instituto de Investigaciones Filológicas*, UNAM); **Leopoldo Zea†** (UNAM); **Brian Connaughton** (UAM-Iztapalapa); **Bernardo García Martínez** (*El Colegio de México*); **Jurandir Malerba** (*Universidad Estadual de Maringá*, Paraná, Brasil); **Massimo Mastrogregori** (*Univ. de Roma "La Sapienza"/Rivista Storiografia*); **José Luis Petruccelli** (*Instituto Brasileiro de Geografia e Estatística*); **Óscar Zanetti Lecuona** (*Instituto de Historia, Universidad de La Habana*, Cuba); **Arturo Andrés Roig** (*Universidad de Mendoza*, Argentina); **Tomás Calvo Buezas** (*Universidad Complutense de Madrid*, España); **Antonio Colomer Viadel** (*Universitat de València*, España); **Ricardo Melgar Bao** (ENAH/INAH, México); **José Luis Rubio Cordón** (*Universidad Complutense de Madrid*, España); **Guadalupe Ruiz-Giménez Aguilar** (AIETI, España); **Francisco Albizúrez Palma** (*Universidad de San Carlos*, Guatemala); **Lancelot Cowie** (*University of The West Indies*, Trinidad y Tobago); **Martin Lienhard** (*Universidad de Zurich*, Suiza); **Gerald Martin** (*Universidad de Pittsburgh*, Estados Unidos); **Françoise Perus** (*Instituto de Investigaciones Sociales*, UNAM); **Alfredo Torero Fernández de Córdova** (*Universidad de Leiden*, Holanda); **Wilebaldo López** (*Sociedad General de Escritores de México*); **Felipe Reyes Palacios** (*Instituto de Investigaciones Filológicas*, UNAM); **Miguel Ángel Tenorio** (*Sociedad General de Escritores de México*); **Raúl Zermeno** (UAEM); **Jorge Cabrera Bohórquez** (*Programa Memoria del Mundo*, UNESCO); **Stèphen Ipert** (*Centre de Conservation du Livre*, Arles, Francia); **Marie-Thérèse Varlamoff** (*IFLA Core Programme for Preservation and Conservation*, Biblioteca Nacional, Francia); **Alejandro Tortolero** (UAM-Iztapalapa).

Coordinador editorial: Ignacio Bárcenas Monroy • **Coordinador de producción:** Rogelio Ramírez Gil

• **Diseño y producción:** Carla Martínez Tapia, Maira Rueda Vázquez y Alejandra Valdes Tarango •

Portada: Carlos Eduardo López Piña, *sin título*, óleo sobre tela, 2001.

Contribuciones desde Coatepec es un órgano semestral de difusión de investigaciones en ciencias sociales y humanidades coeditado por la Facultad de Humanidades y el Centro de Investigación en Ciencias Sociales y Humanidades, ambos de la Universidad Autónoma del Estado de México. Todo artículo que se postule será sometido a un proceso de dictamen académico por medio del sistema de pares ciegos. Las ideas manifestadas en ellos son responsabilidad de los autores. Se autoriza la reproducción parcial o total haciendo mención de la fuente.

Centro de Investigación en Ciencias Sociales y Humanidades: Edificio Explanetario, Cerro de Coatepec, Ciudad Universitaria, C.P. 50110, Toluca, Estado de México, tel. y fax 52 (722) 213 27 28. Correo electrónico: concoatepec@uaemex.mx. Certificados de reserva de derechos expedido por el Instituto Nacional del Derecho de Autor de la Secretaría de Educación Pública: en trámite; certificados de licitud de título y de licitud de contenido, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación: en trámite.

Tiraje: 500 ejemplares. El contenido completo de *Contribuciones desde Coatepec* puede consultarse gratuitamente en: <http://www.redalyc.com>.

Coatepec

Revista de la Facultad de Humanidades
y del Centro de Investigación en Ciencias Sociales y Humanidades
de la Universidad Autónoma del Estado de México

NUEVA ÉPOCA • AÑO IV, NÚMERO 7 • JULIO-DICIEMBRE DE 2004

Presentación

9

Estudios lingüísticos y literarios

El erotismo en la obra de Juan García Ponce

Juan Antonio Rosado Zacarías

11

Y la historia se repite...

(Ibargüengoitia y Bajtín)

Marcela Barrios Luna

45

Historia

Re-ordenado el siglo XIX: una doble mirada

Juan José Barreto González

65

El Dictador Francia y la sociedad paraguaya

Jaime Collazo Odriozola

81



Contribuciones desde Coatepec

ISSN: 1870-0365

rcontribucionesc@uaemex.mx

Universidad Autónoma del Estado de México
México

Presentación

Contribuciones desde Coatepec, núm. 7, julio-diciembre, 2004, pp. 9-10

Universidad Autónoma del Estado de México

Toluca, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28100701>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Presentación

Este número está dedicado a las secciones de Estudios lingüísticos y literarios e Historia, con aportaciones de autores pertenecientes a las universidades Nacional Autónoma de México; de Los Andes-Trujillo, Venezuela, y a la Autónoma del Estado de México.

En primer lugar, en la parte dedicada a Estudios lingüísticos y literarios se incluye un artículo de Juan Antonio Rosado Zacarías, de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, denominado "El erotismo en la obra de Juan García Ponce". El autor analiza el carácter de la representación en las narraciones del escritor yucateco Juan García Ponce y pretende responder a la pregunta de si son narraciones amorosas, eróticas o pornográficas. Aunque para García Ponce, según nuestro autor, erotismo y pornografía son, en realidad, lo mismo, sus novelas son herederas de un *arte erótica* en que la *razón* demora el deseo para que éste se acumule y sea más placentera su satisfacción.

Los relámpagos de agosto, parodia de la realidad política mexicana entre 1928 y 1929, escrita por Jorge Ibargüengoitia, es analizada por Marcela Barrios Gómez, egresada de la maestría en Estudios latinoamericanos de la Facultad de Humanidades de la Universidad Autónoma del Estado de México, en su artículo "Y la historia se repite... (Ibargüengoitia y Bajtín)" desde las teorías bajtinianas relacionadas con el dialogismo. Asimismo, hace una comparación entre situaciones planteadas en la novela y situaciones actuales de la realidad, y pretende demostrar que algunos aspectos políticos no han cambiado, a pesar de acercarse el centésimo aniversario del inicio de los hechos revolucionarios.

En la sección de Historia se publica "Re-ordenado el siglo XIX: una doble mirada", de Juan José Barreto, de la Universidad de Los Andes-Trujillo, Venezuela. Según el autor, con el argumento de que la historia comienza en Oriente y termina en Occidente, se ha justificado la superioridad conceptual de la moderni-

dad sobre la prehistoria y del centro sobre la periferia. Respecto a la historia de América en el siglo XIX afirma que predominan dos discursos: el de la *imitación* y el de la *invención*. El primero se dirige a la institucionalidad de la civilización europea como modelo de mundo y sociedad; y el segundo, hacia la reinterpretación y superación del mito de la modernidad europea como “cultura superior”.

En “El dictador Francia y la sociedad paraguaya”, Jaime Collazo Odriozola, investigador de la Facultad de Humanidades de la Universidad Autónoma del Estado de México, intenta divulgar algunas características de ese peculiar líder paraguayo de la primera hora luego de la dominación española y de la forma en que su personalidad se correspondía con la mentalidad colectiva de la población paraguaya, en su enorme mayoría dedicada a las actividades agrícolas y ganaderas.

Por otra parte, nos complace anunciar novedades introducidas en este número para satisfacer requisitos cada vez más usuales en las revistas científicas. Para facilitar el acceso de quienes utilizan las redes informáticas como fuente de información, particularmente de los consultantes de las páginas donde *Contribuciones desde Coatepec* está indizada, se ha incluido al principio de cada artículo su respectivo resumen y palabras claves en español e inglés.

Para información clara y precisa sobre condiciones y requisitos que deben cubrir quienes deseen publicar sus artículos en esta revista, se incluye una nueva versión de los criterios editoriales, así como un ejemplo del formato de evaluación que se envía los dictaminadores. Se insertan, también, los artículos relacionados con el proceso de dictaminación del reglamento que rige a *Contribuciones desde Coatepec*.

Igualmente, a partir de este número al final de cada artículo se incluirá tanto una breve ficha curricular del autor, como las fechas de recepción y aprobación de su trabajo.



Contribuciones desde Coatepec

ISSN: 1870-0365

rcontribucionesc@uaemex.mx

Universidad Autónoma del Estado de México
México

Rosado Zacarías, Juan Antonio
El erotismo en la obra de Juan García Ponce
Contribuciones desde Coatepec, núm. 7, julio-diciembre, 2004, pp. 11-43
Universidad Autónoma del Estado de México
Toluca, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28100702>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

El erotismo en la obra de Juan García Ponce

JUAN ANTONIO ROSADO ZACARÍAS¹

Resumen. Se analiza el carácter de la representación en las narraciones del escritor yucateco Juan García Ponce y se pretende responder a la pregunta de si son narraciones amorosas, eróticas o pornográficas. Aunque para García Ponce erotismo y pornografía son, en realidad, lo mismo, sus novelas son herederas de un *arte erótica* en que la razón demora el deseo para que éste se acumule y sea más placentera su satisfacción.

Palabras clave: literatura erótica, arte erótica, pornografía, deseo, placer.

Abstract. This essay analyses the character of the representation in the stories of Juan García Ponce, Mexican writer, and it tries to answer the question concerning what they are about: loring, erotic or pornographic stories? Though García Ponce identifies eroticism and pornography as synonymous, his novels are inherited from an erotic art in which reason delays desire in order to accumulate it and to increase its pleasant satisfaction.

Keywords: erotic literature, erotic art, pornography, desire, pleasure.

*Tu cuerpo
derramado en mi cuerpo
visto
desvanecido
da realidad a la mirada*
Octavio Paz: “Blanco”.

I

¿Cuál es el carácter de la representación en las narraciones del autor yucateco Juan García Ponce (Mérida, 1932)? Trataré de responder desde un enfoque temático general, asumiendo los asuntos que más se destacan en el conjunto del contenido de los textos, pues las representaciones en García Ponce no sólo son —como en cualquier obra de arte— una mera representación. En otras palabras:

¹ Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional Autónoma de México. jarzmx@yahoo.com.mx

¿de qué tratan las obras de este autor? ¿Son narraciones amorosas, eróticas o pornográficas? ¿O acaso contienen elementos de los tres discursos, con un mayor énfasis en lo erótico y lo pornográfico? Esta última parece la posibilidad más sensata, ya que siempre es más fácil calificar una obra de “híbrida” para ahuyentar toda definición. Sin embargo, creo que es mejor delimitar el carácter de cada uno de los tres discursos —el amoroso, el erótico y el pornográfico—, si es que realmente son tres. Pero antes, es necesario advertir que estos aspectos se enfocarán desde un punto de vista literario, es decir, como *discursos* o representaciones elaboradas por medio de signos verbales, y más adelante desde una perspectiva psicológica.

No es fácil imaginar a personajes como Mariana, Paloma o Inmaculada exclamando, como el Werther de Goethe: “Me abismo, sucumbo...” por un amor no correspondido. Lo que Auerbach llama “esquema platonizante de la señora inasequible” (Auerbach, 1988: 137) es inexistente en García Ponce. Al contrario, a menudo hay una manifiesta y constante disponibilidad sexual en la mayoría de sus personajes femeninos, cuyas relaciones se salen del estereotipo de la pareja enamorada. Al no estar establecidas, al desplazarse de un individuo a otro, las mujeres responden al deseo que ellas mismas propician: el deseo que otorga al objeto un valor que *en sí* mismo no tiene. Además, el sujeto adquiere conciencia de su deseo en la imagen del otro. Cuando la mujer descubre sus cualidades físicas obtiene una ventaja sobre la intelectualidad masculina: al tratarse como objeto debido a los cuidados que ella misma se otorga, provoca —consciente o inconscientemente— el deseo. A diferencia de Inmaculada, Paloma deja claras constancias del cultivo de su propia persona en su *Diario*. El cuerpo femenino, seductor, se transforma —en el seno de un mundo aparente— en signo del deseo, pues si el deseo y el sexo como tales pertenecen al orden de lo natural, la seducción es del orden ritual y simbólico, donde aparece la incitación sexual, directa o indirecta, no sólo por medio de la palabra, sino también de los gestos y la mirada: “*Seducir es morir como realidad y producirse como ilusión*” (Baudrillard, 1990: 69),² dice Jean Baudrillard. Y aunque este autor minimice la importancia del deseo y coloque a la seducción en un plano superior, es necesario advertir que en realidad se trata de una dicotomía dialéctica. Si en la seducción hay producción de ilusión, el deseo *produce realidad* y nunca carece de objeto al formar con éste una unidad. El deseo, como el arte, puede poseer mecanismos de seducción que envían de la realidad a la ilusión. Ahora bien, al ser justamente el hombre el productor de las leyes y del arte y siendo el sentido original de “producir”, “hacer visible”, “hacer aparecer” o “materializar lo que es del orden del secreto”, García

² Subrayado del autor.

Ponce coincide con Baudrillard, para quien la fuerza masculina reside en producir, evidenciar, revelar, mientras que la femenina en seducir, retirar algo del orden de lo visible.³ Es la mujer quien detenta la seducción, por lo tanto el centro de atracción alrededor del cual se inaugura y fundamenta el ritual erótico en el mundo de lo imaginario.

Por todo lo anterior resulta entonces innecesario remitirnos a la concepción del amor occidental como amor *trágico* o imposible, analizada por Denis de Rougemont en *El amor y Occidente*. El discurso amoroso en García Ponce no posee vínculos claros con el discurso amoroso del romanticismo y, aunque se llegue a operar la idealización de la figura femenina, no se trata —como lo llega a proponer Alberto Espinosa en un artículo sobre *De anima*— (Cfr. García, 1984: 40) de una operación vinculada con el romanticismo o concebida por el *amour courtois*; tampoco por la llamada “cristalización” productora del “amor-pasión” propuesta por Stendhal en *Del amor*. De ningún modo se busca conquistar la singularidad, la *atopía* de la relación de pareja a la que se refiere Roland Barthes en tanto que una imagen responde a la especificidad de *un* deseo en particular (Cfr. Barthes, 1996: 42-43). La narrativa garciaponceana surgió en medio de la llamada Revolución Sexual de la década de los 60. Lo que se debe destacar por ahora es que, por un lado, prácticamente no hay obstáculos (tíos enfurecidos, familias rivales, impedimentos de clase social...) para la siempre relativa realización del amor —ya que el amor como absoluto es irrealizable, es un imposible prohibido por la realidad—, y por otro hay una apertura en el deseo; apertura que en general no contempla la especificidad o exclusividad: el deseo es voluble, inestable, busca la novedad.

Los sentimientos de posesión física exclusiva, es decir, los celos, son prácticamente inexistentes. Para Martínez-Zalce “La esencia de Gilberto es la hospitalidad, por eso los celos y la suspicacia serían absurdos” (Martínez-Zalce, 1986: 62). Esta aseveración vale para prácticamente todos los personajes masculinos importantes en la narrativa que nos ocupa. Nedda G. de Anhalt coincide en que los celos, en García Ponce, de hecho no existen “a excepción, tal vez, de Eduardo con Marcela en *El libro* o de M en *El nombre olvidado*” (Anhalt, 1984: 12). También Armando, esposo de Paloma en *De anima*, siente celos retrospectivos. Pero Paloma lo engaña con Ricardo y, finalmente, Armando, que vive en tensión, no es un personaje importante: fue desplazado por el movimiento vital de Paloma. Por su parte, el hermano de Inmaculada siente celos a causa del comportamiento de ella, pero no porque la ame, sino por su machista voluntad de sojuzgar-

³ Cfr. Baudrillard, *De la seducción*, pp. 9, 22, 27 y 38.

la, de poseerla. Hay que recordar, además, que Eduardo y Marcela, en *El libro*, finalmente se separan, lo que significa que no hay una continuidad en la realización del amor. Otro caso de celos es el de Evodio Martínez en *Crónica de la intervención*. Este chofer-voyeur se había posesionado de la esposa de su patrón a través de una mirada deseante y, celoso, asesina a José Ignacio y huye impunemente. Los celos, fuera de estos casos, prácticamente no tienen cabida en esta literatura, y cuando aparecen en algunos instantes no suelen destruir o alterar a largo plazo el desarrollo de los personajes. Siguiendo a Freud como arquetipo de “normalidad”, dice Barthes: “Rechazar los celos [...] es pues transgredir una ley” (Barthes, 1996: 57). Pero esta no será la única transgresión del discurso amoroso en García Ponce. Para comprobarlo asumamos las siguientes apreciaciones. Gilles Deleuze, en un ensayo sobre Proust —donde los celos poseen un destacado papel— afirma: “Enamorarse es individualizar a alguien por los signos que causa o emite”, y más adelante: “Amar es tratar de *explicar, desarrollar*, [los] mundos desconocidos que permanecen envueltos en lo amado” (Deleuze, 1972: 15-16);⁴ en otras palabras, *centrarse* en un ser y tratar de descifrar los signos que emite. Octavio Paz, por su parte, establece una diferencia entre el amor y el erotismo: “el amor es una atracción hacia una persona *única*: a un cuerpo y a un alma. El amor es elección; el erotismo, aceptación. Sin erotismo —sin forma visible que entra por los sentidos— no hay amor pero el amor traspasa al cuerpo deseado y busca al alma en el cuerpo y, en el alma, al cuerpo. A la persona entera” (Paz, 1996a: 229).⁵ Es posible hallar este amor en la narrativa de García Ponce, pero con una variante transgresora: no suele excluir el erotismo con otros y, por tanto, al excluir la posesión y los celos, hay un predominio del cuerpo sobre la conciencia, la cual, según el autor de *Inmaculada...*, está efectivamente desligada del cuerpo: la fuerza sexual, mediante el desarreglo, el desorden que produce en la conciencia, nos convierte en *otros* y no en sujetos u objetos exclusivos de un mismo sujeto u objeto: “cediendo a la animalidad de los cuerpos se encuentra el amor. Y lo que es más, se vence a la muerte” (Ruffinelli, 1974: 27). Al destruir el carácter único y personal de la conciencia y dejar actuar al puro cuerpo, el amor se transforma en una fuerza impersonal: no se trata de un amor absoluto y exclusivo. Como lo ha advertido Martínez-Zalce, es a partir del divorcio de su primer marido cuando Claudia, en *La cabaña*, cobra conciencia de su cuerpo (Cfr. Martínez-Zalce, 1986: 19). Lo mismo ocurre con Paloma. Para estas mujeres, ser el centro erótico implica alejarse del orden establecido, porque sólo así se elimina el concepto de “dueño” o “propietario” y se accede a lo ilimitado.

⁴ Subrayados del autor.

⁵ Subrayado mío.

Ya en *La casa en la playa* (1966) Elena quiere sólo a Rafael y éste acepta que ella sea ella misma, es decir, *no le impone límites*, aunque llegue a sentir celos por Pedro. Pero es en *La cabaña* (1969) donde el amor vence definitivamente a la muerte y a la negatividad mediante la destrucción del carácter personal de Claudia. En *Crónica...*, si bien José Ignacio y María Inés se aman porque se eligieron como pareja, se casaron y tuvieron hijos, además se aceptan a sí mismos y al aceptarse aceptan al *otro* como es: sin limitaciones. En *Inmaculada...*, tras una larga temporada de promiscuidad sexual y excesos eróticos —que indiscutiblemente cuestionan la seguridad del yo al liberar el instinto y el deseo, y colocar al ser más allá del terreno de lo racional—, finalmente Inmaculada *elige* a su esposo, al que será padre de sus hijos: elige el amor, aunque el narrador nos advierta que lo que pasará después dependerá de ella. Y es que el amor y el sexo son cosas distintas. El amor no necesariamente incluye el deseo sexual. En una entrevista dice García Ponce: “Se puede sentir amor por una hermana y nunca querer precipitarse sobre ella, como dice Camus” (Avilés, 1994: 4). De igual forma, tener sexo por diversión con una prostituta no significa que la amemos. Cuando el narrador nos habla de los vicios de Socorro (Virginia) en *Pasado presente*, se refiere a dos tipos de amor: el sexual, que es un vicio, y el amor por sus hijos, que no lo es. John S. Brushwood sostiene que el amor sexual, particularmente, es más que un tema: “Es una base filosófica, un punto de partida desde el cual se proyecta un personaje para buscar algo que no se encuentra en la realización del amor sexual” (Pereira, 1997: 148). El crítico habla de una búsqueda en el plano social o de una búsqueda de la identidad, en lo que no coincide del todo. La sociedad es siempre secundaria y, más que una búsqueda de identidad, hay pérdida. Baste por ahora citar las siguientes palabras de Fray Alberto en *Crónica...*: “no hay ninguna identidad que le pertenezca a una sola persona y sólo cuenta la posibilidad de una incesante multiplicación” (García, 1992: II-93). El mismo narrador lo advierte al hablar del éxtasis de los cuerpos, que “sólo se logra a través de un último olvido de sí, de una involuntaria renuncia a la exigencia del cuerpo de representar a un solo yo” (García, 1992: II-97). Además, en las obras más destacadas de García Ponce, el amor sexual es —como lo advertiremos en este ensayo— mucho más que un puente o base filosófica.

La visión de García Ponce sobre el amor como elección de *uno* que no excluye *sexualmente* a los demás coincide con la visión de Fray Luis de León, para quien el verdadero amor se extiende y se abraza “con muchos”, pero “entre todos se señala y se diferencia y aventaja claramente con uno”, (Salomón, 1969: 99). como lo hizo el promiscuo Salomón, polígamo que, entre todas, amaba a *una* de modo singular.

Para García Ponce no hay tema más vasto que el amor y éste constituye “la posibilidad de encontrar una coherencia: la que sería otorgada por la figura amada”, aunque lo importante “no es la figura amada sino el amor”, en el que se disuelve esa figura, pues en un mundo sin Dios, sin centro, “el amor debe ocupar el centro del mundo” (Ruffinelli, 1974: 25-26). Una de las obras del autor que nos ocupa donde más claves sobre el amor encontramos es *Unión* (1974), cuyo título, sumamente ilustrativo, se refiere a la relación amorosa entre José y Nicole: “Atentos sólo a la realidad del otro, encerrados en su amor” (García, 1996: 489). Cuando un tercero (Jean) entra en el departamento y José sale dejando solos a Nicole y a Jean, la mujer siente como si su voluntad se hubiera ido tras José. Cuando éste regresa, “Nicole sintió que nunca había dejado la casa”. Más adelante afirma el narrador: “Ella era de José simplemente, sin ninguna otra posibilidad. Nicole sintió que la nostalgia de su amor se hacía densa y palpable, inundándola, y esa nostalgia era también el amor. No amaba a Jean ni podría amarlo nunca y sin embargo le pertenecía” (García, 1996: 521). En dicha pertenencia se halla implícita la *aceptación* de la que habla Octavio Paz, mas no la elección. Hay así una diferencia entre el amor y la entrega. En un pasaje de la novela, Nicole siente repentinamente la *necesidad* de pertenecerle sólo a José. Pero el que Nicole se haya entregado también a otro no excluye que su amor sea por José:

Igual que la fotografía en la que se habían quedado sus dieciséis años, fijos y fuera del tiempo, el amor entre ella y José estaba afuera, inmóvil, independiente, vivo para siempre, y ya no había que buscarlo. Su luz era una sola, pura y sin límites, extendida sobre Nicole y fuera de ella (García, 1996: 527).

Sexualmente, el amante no se centra en su pareja excluyendo a otros, no se aleja del *afuera*, de lo que Rilke llama “lo Abierto”, que no es la “realidad objetiva” como seguridad de las formas estables, sino la plena incertidumbre del movimiento vital desde la intimidad (Cfr. Blanchot, 1969: 128). Los animales, en este sentido, son expresión de lo Abierto porque están inmersos en el mundo: son el mundo. Y es ese el sentido simbólico de muchos objetos y animales que aparecen en la obra garciaponceana:

Cuando los personajes de *La vida perdurable* aceptan la complicidad de los perros, están aceptando que el amor los sobrepasa a ellos [...] los perros no se saben a sí mismos, son uno [...] nada más se repiten [...] El amor sería inmortal si se le diera un carácter semejante al que tienen los perros en la novela [...] Es un carácter muy sobrecogedor: el de una fuerza bruta, algo totalmente al margen de la civilización, de la moral, de toda idea de conducta racional (Ruffinelli, 1974: 28).

Jorge Ruffinelli destaca el hecho de que hay un elemento común tanto en la figura de los perros como en la de dos animales que aparecen en *Encuentros*: el gato (en “El gato”) y la gaviota (en “La gaviota”): su connotación sexual, a lo que García Ponce responde que tal connotación posee “el valor conceptual de un olvido de sí”, e insiste que cuando se tienen conceptos morales, juicios de valor, Luis, el protagonista de “La gaviota”, dispara el fusil y mata al pájaro, pero cuando Katina, que es para García Ponce “la belleza del mundo” lo hace olvidarse de sí, la gaviota resucita. El autor entonces pretende concebir este sentido alegórico como un hecho concreto: hacer surgir la posibilidad de los amantes. Para ello es fundamental la destrucción del yo personal, pues el amor se ubica *fuera del yo*, el cual se proyecta y se disuelve en aquél (Cfr. Ruffinelli, 1974: 28).

En cuanto al amante, que por eso mismo es libre y no se preocupa por los resultados ni por *tener* a los otros, va precisamente más allá de quien ama y al no imponerse límites se abre. Afirma Maurice Blanchot: “Amar es siempre amar a alguien, tener a alguien ante sí, mirar sólo a él y no más allá de él, salvo por descuido en el impulso de la pasión sin objeto, de modo que, finalmente, el amor nos aparta en vez de orientarnos hacia lo Abierto” (Blanchot, 1969: 127). Amar es, para Blanchot, imponernos un límite. De cualquier modo, el otro no deja de ser una aparición, una formación simbólica, de tal modo que el sujeto se identifica con el *otro* simbólico en el seno de un fenómeno que se opera a nivel de lo *imaginario*, si bien, como dice Julia Kristeva, la experiencia amorosa une lo *simbólico*, lo *imaginario* (“lo que el yo representa para sustentarse y agrandarse”) y lo *real* (Kristeva, 1988: 6). Para García Ponce en el erotismo *auténtico* no hay diferencia entre las experiencias vividas, las fantasías y las realidades (Cfr. Avilés, 1994: 4). Esto lo vuelve de alguna manera ilimitado, aun cuando se dé en el interior de lo que hemos entendido por “amor”. Los personajes como Inmaculada, Mariana o Paloma son el *otro* simbólico que se somete voluntariamente al erotismo, independiente del amor y que asimismo carece de límites: está abierto hacia el exterior, lo que significa que va más allá del “estar frente a” la seguridad y saciabilidad de una representación; se enfrentan al misterio y a la contingencia, asumen y llevan al extremo las fantasías del otro y de sí mismas. Suelen estar “fuera de sí” en cuanto a que *son* en lo *otro*, en cuanto a que interiorizan lo *otro* al exteriorizarse, y si aman, van más allá de quien aman: el deseo sexual se desborda y aun llega a la desmesura. Por ello puede afirmarse que no hay fusión indisoluble entre dos sujetos: “las experiencias del doble personaje Mariana-María Inés —dice Alberto Espinosa— no llegan nunca a la fusión con el amado, sino acaso a la disolución de su ya de por sí ambigua identidad: la espiral del deseo no alcanza nunca la cima última pues es una voluntad que no cesa pero que tampoco se sacia” (Espinosa,

1985: 34-35). Para que el deseo se continúe tiene que seguir siendo deseo, es decir, volver a empezar en el juego de la insaciabilidad. En el cuento “Rito” (en *Figuraciones*), Liliana y Arturo “saben que son en tanto pareja que sólo encuentra su auténtica posibilidad de unión al *negar* los principios que los *definen* como pareja” (García, 1997: 314).⁶ Definir es, como todos sabemos, limitar y, en ese sentido, saciar, abrigar la certeza, protegerla de la duda y de la ambigüedad.

El amor en García Ponce incluye siempre el deseo y no excluye la relación erótica *con otros*, la aceptación del otro desde la óptica de la pareja como *unión* o unidad y, por lo tanto, es algo más autónomo e independiente que el erotismo, en el que se manifiesta también el deseo, pero concretado en los puros cuerpos como instrumentos de placer, o mejor dicho, en la *aceptación* de los cuerpos. Leemos en *Unión*:

José hablaba para sí mismo:
—El amor no es para la vida.
—Dime qué es el amor —contesta ella.
—Lo que nosotros somos desde afuera, tal vez. Algo que vaga sin dueño.
—Pero yo te he encontrado.
—Tú no entiendes. El amor estaba antes (García, 1996: 481).

Al respecto, dice José de la Colina: “como el amor estaba antes, también está después: ha precedido a José y va más allá de él” (Pereira, 1997: 163). Más adelante, el narrador indica: “su amor se había hecho independiente, era un objeto colocado fuera de ellos al que tenían que entrar continuamente” (García, 1996: 504), como el lector entra a un libro o el espectador a una película o a una pintura. Amor y arte son realidades externas, a las que hay que encontrar. En *El gato*, Andrés le dice a Alma: “Puedo verte, reconocerte, mirar hacia afuera a tu lado y sentir que todo se centra en ti. Tal vez eso es el amor” (García, 1996: 549). Es sintomático que este *centro* erótico provenga del mismo acto de mirar: “Casi todos los idiomas —afirma Helmut Hatzfeld— llaman a la niña del ojo “pupila”, *pupilla*, es decir, “amiga, querida”, porque el amante primitivo, al ver reflejada su propia imagen en los ojos de la amada, se figuraba que él llevaba en los suyos la imagen de ella” (Hatzfeld, 1968: 57); en otras palabras, el encuentro es constante y no requiere de la presencia física del otro. Más adelante abordaré el problema de la mirada; sólo deseo subrayar que el hecho de que la obra de García Ponce posea, según Octavio Paz, una doble dirección (crítica de arte y erotismo) no es, para el mencionado poeta, algo accidental: “el punto de unión entre el erotismo y

⁶ Subrayado mío.

la crítica de arte es la *mirada*. Las mejores páginas de este joven escritor poseen una transparencia quieta, como si el tiempo reposase: fijeza de la luz sobre la cicatriz del árbol, fijeza de la mirada del *voyeur* sobre el sexo de la mujer” (Paz, 1994: 331).⁷ En una entrevista, el autor que nos ocupa confiesa: “Me paso la vida mirando, lo que más me gusta es mirar, el más importante de los sentidos para mí es la vista” (Calderón, 1997: 33). En otra ocasión, insiste en que el erotismo es una cualidad humana asociada con la “contemplación consciente hacia todo acto sexual, es la manera de ver la sexualidad no sólo en el sentido de la procreación, sino en el del placer antes de la procreación” (Cosmos, 1990: 31). En una novela como *El gato* es el felino el tercero, la mirada curiosa que se fija en el placer de la pareja, la cual encuentra sentido a su relación gracias a esa mirada: “el gato —afirma José Antonio Lugo— representó desde el inicio la presencia de un tercero misterioso que provocaba en la pareja la realización de su amor” (Lugo, 1996: 1). Para Julieta Campos, “la mirada del gato, en *El gato*, es la mirada del narrador que se sitúa frente a la escena vivida por él mismo para dar testimonio” (Campos, 1975: 11).

Por otro lado, en una ocasión José Ignacio le dice a su esposa, María Inés, en *Crónica...*: “Tú eres el amor. Pero girar alrededor del amor no es girar alrededor de nadie. Probablemente eso es lo que tenemos que reconocer” (García, 1992: II-106). Por ser algo *externo* a la misma pareja, de algún modo *todos* los mirones pueden participar de él porque todos pueden encontrarse allí y verse reflejados. Al final de *Crónica...*, María Inés sigue siendo la imagen del amor: “Desde su apacible aceptación de sí misma era la imagen del amor”.

Georges Bataille advierte que el erotismo es premeditado: es un aspecto de la vida interior humana y se opone a la sexualidad animal, aunque no puede prescindir de ésta, pues la sexualidad física es al erotismo lo que el cerebro al pensamiento (Cfr. Bataille, 1997: 112, 131). El erotismo, si bien busca *afuera* un objeto del deseo, éste “responde a la *interioridad* del deseo” (Bataille, 1997: 45). Pero la actividad sexual humana no es sólo erótica, ya que cualquier hombre —pensemos, por ejemplo, en un violador— puede practicar el sexo de una forma animal, rudimentaria. Bataille distingue entre el erotismo de los *cuerpos*, el de los *corazones* y el *sagrado*. En los tres tipos de erotismo se pretende la continuidad del ser: eliminar la discontinuidad del individuo. Bataille compara la continuidad de los cuerpos en el erotismo con el “vaivén de las olas que se penetran y se pierden una en la otra” (Bataille, 1997: 31), lo que produce una desposesión. En *Crónica...* García Ponce también compara la desposesión y la impersonalidad en el erotismo con las olas:

⁷ Subrayados del autor.

separados y no obstante unidos hasta formar una sola realidad, se sentían tan imprecisos e impersonales como las olas a las que la luz hacía brillar para que revelasen el continuo movimiento secreto del mar y que finalmente estallaban sobre la arena con un sonido continuo y monótono, regresando después de disolverse a su secreto origen (García, 1992: II-35).

Ya la misma desnudez implica una apertura hacia el exterior, se opone al estado cerrado que representa la existencia discontinua y es el inicio de lo que podrá convertirse en la *disolución* de los amantes en el orgasmo: “La acción erótica disuelve a los seres que se comprometen en ella y revela su continuidad, recordando la de las aguas tumultuosas” (Bataille, 1997: 36). Pero en el erotismo corporal finalmente se preserva la discontinuidad individual. En cambio, en el erotismo de los corazones la *pasión* puede tener un sentido aun más violento que el deseo de los cuerpos, y la pasión puede convertirse en padecimiento (*pathos*): eso es lo que ocurre con el amor-pasión. En García Ponce aparece poco el erotismo de los corazones porque no existe un *pathos* que llama a la muerte desde el sufrimiento ni desemboca en un egoísmo compartido, que es otra forma de discontinuidad. Como ocurre en *Unión*, el amor puede hallarse en la ausencia porque es algo que envuelve las mentes y el recuerdo, más allá de los cuerpos, aunque éstos estén necesariamente involucrados. De hecho, para García Ponce —en *Desconsideraciones*— la ausencia de la amada es más propicia para el amor que su presencia, pues al estar con la amada su presencia llena toda nuestra realidad y por ello somos incapaces de pensarla: nuestro amor se sale de la realidad. Es claro que todo recuerdo implica necesariamente una ausencia. Cuando la amada se aleja nuestro amor invade el lugar en que ella estaba, a pesar de que haya sido su presencia la que propició que esa ausencia no esté vacía, sino llena con la *presencia de la ausencia de la amada*.

II

Pero lo que en primera instancia resulta notorio para quienes se acercan a la narrativa de Juan García Ponce no es el tema propiamente amoroso o el erotismo de los corazones, ni la ausencia del ser amado —“la presencia de la ausencia”—, sino las directas y explícitas representaciones de la actividad sexual humana, como si asistiéramos a la puesta en escena de las esculturas de Konarak y Khajuraho (India), producidos muchos siglos antes de que, en 1769, Restif de La Bretonne creara el término “pornografía”, “que designa no tanto la sexualidad como los discursos que suscita” (Vincent, 1991: 378).⁸

⁸ Subrayado mío.

Y aquí cabe la pregunta: el de García Ponce, ¿es un arte que representa el erotismo o la pornografía? Si aceptamos la definición de Alain Robbe-Grillet, según la cual “La pornografía es el erotismo de los demás” (Vincent, 1991: 378) (lo cual implica un espectador, un voyeurista), entonces las obras de García Ponce son o contienen elementos pornográficos. Lo cierto es que la frontera entre arte erótico y pornográfico ha sido muchas veces confusa. Sin duda, la palabra “pornografía” posee para nuestra sociedad connotaciones negativas y como tal ha sido desplazada al campo de lo prohibido o condenado, ya que, según algunos, sólo muestra la reiterada, la repetitiva y obsesiva representación del acto sexual, mientras que el erotismo se ha entendido quizá como lo mismo, pero inserto en un contexto más amplio, no reducido al simple sexo, a lo puramente genital o a lo que sólo está dentro del orden de la naturaleza, porque en el erotismo entra en juego la razón y la imaginación. Tampoco la seducción pertenece al orden natural, sino al del artificio, al del signo, al del ritual: “la seducción representa el dominio del universo simbólico, mientras que el poder representa sólo el dominio de lo real” (Baudrillard, 1990: 15).⁹

Es interesante que en 1975 hayan sido encuadradas en la categoría “X” aquellas películas que presentan “de forma reiterada el acto sexual *como fin en sí mismo*” (Vincent, 1991: 379),¹⁰ lo que implica la carencia de un contexto general en que el acto sexual debería estar inmerso para que el fin no sólo fuera ese. Más adelante estudiaremos el carácter transgresor del sexo como fin en sí mismo. Lo cierto es que subsiste una serie de tabúes con respecto a la representación de los sexos, lo cual hace que el juicio clasificatorio no deje de ser, hasta cierto punto, subjetivo, pues si definimos “pornografía” como aquellos discursos o representaciones gráficas que pretenden —con premeditación, alevosía y ventaja— *excitar* al lector o al espectador, ¿cómo saber quién no se excitará ante una representación erótica? Además, el arte tiene la posibilidad de suscitar cualquier emoción en el ser humano. Guido Almansi se pregunta por qué “si el arte puede suscitar la sonrisa, el llanto, el horror, la embriaguez, el odio, no va a poder suscitar también el deseo sexual” (Batis, 1989: 35).¹¹ Claro está que la facultad para vivir o sentir lo escrito depende de nuestra imaginación. ¿Es factible llamar “pornográfico” al arte que suscite el deseo sexual? Se ha afirmado que la pornografía “a diferencia del erotismo, no establece mediación entre el espectador y el objeto de su deseo.

⁹ Subrayado del autor.

¹⁰ Subrayado mío.

¹¹ Cit. por Huberto Batis. En una ocasión García Ponce externó que más que la crítica o el análisis, lo que busca es excitar físicamente a sus lectores (cfr. Bruce-Novoa, 1997: 68). Pero la excitación es también (y a veces sobre todo) estética, “mental”, “filosófica”; va más allá de la mera excitación física, de ahí la necesidad de leer con una visión crítica al autor de *Crónica...*

Nada es sugerido, tampoco desvelado; todo es exhibido” (Body, 1991: 215-216), es decir que mientras la pornografía sólo se limita a describir la relación sexual, el erotismo es más sutil porque a veces busca la insinuación. En esto coincide Baudrillard, para quien la pornografía no seduce precisamente por su exceso de realidad, por su hiperrealidad (Baudrillard, 1990: 33). De igual modo, a Paloma no le seduce la pornografía, pues lo que finalmente le interesa es la experiencia propia: “El atractivo que puede tener la “pornografía” es netamente masculino. A las mujeres *no nos interesa mirar* lo que le hacen a las otras mujeres, ni siquiera lo que pueden hacernos a nosotras mismas” (García, 1984: 212).¹²

En su ensayo “Pornografía y obscenidad”, D. H. Lawrence asegura que lo que estas dos cosas sean depende del individuo, pero más adelante relaciona lo pornográfico y lo obsceno con el desequilibrio entre mente y cuerpo, entre sexo y pensamiento; con el odio y el insulto al sexo, con la percepción de algunos individuos comunes del sexo como algo sucio, individuos que ven “postales indecentes” y sienten que la mujer es más baja o impura después de hacer el amor. Por ello Lawrence no considera ni a Boccaccio ni a Rabelais como pornográficos: “El auténtico pornógrafo siente auténtico desagrado por Boccaccio, porque la fresca y saludable naturalidad del cuentista italiano hace que el moderno renacuajo pornográfico se vea a sí mismo como el sucio gusano que es” (Lawrence, 1989: 47, 55-57). Vladimir Nabokov también desprecia lo pornográfico, pues considera que el término “pornografía” sugiere mediocridad, un no salirse de la mera descripción de escenas sexuales: el placer estético es entonces reemplazado por la “simple estimulación sexual” (v. Nabokov, 1983: 313). Para Anaïs Nin “la pornografía trata la sexualidad de manera grotesca para devolverla al nivel animal; el erotismo despierta la sensualidad sin necesidad de animalizarla” (Batis, 1989: 113). Henry Miller también considera a la pornografía como algo negativo: “la obscenidad es un proceso de purificación, de limpieza, mientras que la pornografía sólo agrega mugre y lobreguez” (Batis, 1989: 70). En un ensayo sobre *Inmaculada...*, Ignacio Trejo Fuentes opina que esta novela nunca cae en la pornografía: se mantiene en el erotismo precisamente porque la pornografía “es lo burdo, lo soez sin otras dimensiones, lo que se queda en mera descripción pobre y repetitiva del acto sexual” (Pereira, 1997: 215). También se ha dicho que la intención de la pornografía es violar a toda costa los tabúes morales y sociales aceptados por una colectividad; agredir a la sociedad. Refiriéndose a *Inmaculada...*, García Ponce aclara que “se trata de una novela pornográfica y esto me da una alegría infinita, porque constituye una especie de anuncio: si es que es erótica significa que es pornográfi-

¹² Subrayado mío.

ca, si es pornográfica significa que es erótica” (Vallarino, 1989: 1). De hecho, el autor iba a utilizar la siguiente frase de Robert Musil como epígrafe a *Inmaculada...*: “Al autor no sólo se le debe permitir ser pornográfico, sino que tiene la obligación de serlo”, pero no la utilizó “para que no fueran a decir que trataba de justificarme con Musil” (Vallarino, 1989: 4) y “por su tono moral” (Aranda, 1989: 25). Ya en *Teología y pornografía. Pierre Klossowski en su obra: una descripción* (1975), es posible inferir que el escritor yucateco utiliza la palabra “pornografía”, por un lado, en su sentido etimológico (*pornos*, prostituta; *grafos*, descripción), pero también amplía ese sentido y la pornografía se convierte en aquello donde “el lenguaje de los cuerpos encuentra su voz como historia de su propia prostitución y se transforma en espíritu” (García, 1975: 90) porque el espíritu mueve, “hace hablar” a la carne. Como dice Adrian Leverkühn, personaje del *Doktor Faustus*, de Thomas Mann: “El idealismo olvida que el espíritu no se manifiesta sólo en lo espiritual y que la melancolía animal, la belleza sensual, pueden ejercer sobre él una profunda influencia” (Mann, 1984: 431). La pornografía es, para García Ponce, *la representación de la sexualidad fuera de su fin*, es decir, ajena a la procreación. Lo importante es que el *centro* no es precisamente el yo, la identidad personal o la conciencia, sino la realidad corporal porque “en el campo de la vida el que rige y dirige las acciones es el cuerpo” (García, 1988: 107), que, por lo tanto, ocupa un lugar fundamental en una *poética* vitalista. Se debe insistir en esto: “El yo —dice García Ponce— no es más que un accidente mínimo del cual nosotros hemos hecho ridículamente el centro del mundo” (Ruffinelli, 1974: 29). En la literatura pornográfica, el cuerpo —despersonalizado— se convierte en instrumento del placer, de tal modo que “no se dice yo amo a esta mujer sino yo *uso* a esta mujer” (Aranda, 1989: 25).¹³ Pero el autor yucateco no se queda ahí. Para él, erotismo y pornografía son, en realidad, lo mismo; más aún: “considero pornográfica a la teología misma [...] ¿quiere algo más pornográfico que hacer existir con palabras a un dios inexistente?” (Aranda, 1989: 25). Incluso, García Ponce considera que a los siete años leyó el primer libro pornográfico: *Los tres mosqueteros*, y afirma que la literatura siempre requiere de un elemento de excitación sensual (v. Driben, 1982: 10). En otro lugar considera a Milady, personaje de Dumas, como un “personaje erótico por excelencia”, pero también afirma que *todos* los personajes femeninos le parecen eróticos (hasta la Jane de Tarzán) porque con seguridad su imaginación es erótica. Para él, toda la *muy buena* literatura es “agudamente erótica”.

Sin embargo, el término resulta ser lo de menos y por ello, aunque algunas de las pasadas “definiciones” de pornografía acepten muchas de las escenas en las

¹³ Subrayado mío.

novelas del autor que nos ocupa, donde los personajes suelen exhibir su propia actividad sexual ajena a la procreación, optaré por la palabra “erotismo”, la cual no implica necesariamente acto sexual: erótica puede ser una caricia, un beso o incluso una mirada, pues, como advierte el autor anónimo de *Irene*, “La mirada de los amantes delimita entre los dos términos de la pareja una zona en donde la atención se concentra y se desenlazan las personalidades” (Anónimo, 1985: 42). Ese desenlace es sin dudas el erotismo. Si consideramos la sexualidad como una expresión de la personalidad *total*, es indudable que los juegos eróticos no sólo se dirigen al simple sexo, a los órganos genitales, sino también a la sexualidad, al conjunto de las zonas erógenas. Como afirman Masters y Johnson, las parejas que sólo experimentan placer en los genitales, rechazan su sexualidad total (Cfr. Masters, 1976: 30). En el erotismo plasmado por García Ponce no hallamos el *deseo del sexo*, sino el deseo del *otro* como objeto erótico, que incluye la mutua sexualidad como manifestación de las personalidades totales. Agreguemos a esto el hecho de que las representaciones con intensa carga sexual en García Ponce no se hallan aisladas, sino inmersas en distintos contextos que las aleja de la esquematización simplista, de la llana pornografía, y las convierte en obra de arte, tal y como las esculturas eróticas de muchos templos hindúes.

Lo interesante es que el ser humano siempre ha representado el acto sexual como parte de su cotidianidad, y no siempre para mostrar la importancia de la fertilidad, ya que a veces es evidente la franca aceptación del placer en su inutilidad, por el placer mismo, sin la finalidad reproductiva, que no deja de ser una de las consecuencias de un acto primordialmente instintivo y natural. Pero si la sexualidad humana evoca un acto *biológico*, el erotismo desvía el impulso sexual y lo transforma en representación: “el erotismo —afirma Octavio Paz— no es mera sexualidad animal: es ceremonia, representación. El erotismo es sexualidad transfigurada: metáfora. El agente que mueve lo mismo al acto erótico que al poético es la imaginación. Es la potencia que transfigura al sexo en ceremonia y rito, al lenguaje en ritmo y metáfora” (Paz, 1996a: 213).⁷¹ Pero no sólo la imaginación entra en juego en el erotismo —y en la escritura (a la que Paz define como “erótica verbal”)—, sino también el raciocinio. Las novelas de García Ponce son herederas de un *arte erótica* en que la *razón* demora el deseo para que éste se acumule y sea más placentera su satisfacción: “No me olvidé de Gilberto —dice Paloma en una ocasión—, pero tampoco puedo decir que lo tuviera en cuenta. Mi propia satisfacción era superior” (García, 1984: 85). Siempre se parte del deseo y se llega al deseo, del que la razón no es sino su esclava. Cuando la razón trata de vencer al deseo, como ocurre con Ramón Rendón en el cuento “Enigma”, el deseo —dice Daniel Goldin— “terminará por vengarse privando al joven psiquia-

tra de ella” (Pereira, 1997: 133). El Eros como fuerza que preserva la vida, como sexualidad y como *principio del placer*, no es incontrolado, pero tampoco sometido. El descontrol acarrearía la destrucción, la muerte o la locura y, paradójicamente, en “Enigma” emerge el descontrol como locura después de haber intentado someter el deseo a la razón. El deseo vence, pero no somos deseo puro. Imaginación y razón nos distinguen de los animales. Afirma García Ponce en una entrevista:

“El erotismo es una forma de la representación”, dice Pierre Klossowski. Nada es natural dentro del erotismo, sino espiritual, implica la elaboración intelectual de un acto natural: el sexo, para poder ser considerado en verdad erotismo [...] La literatura emplea el medio natural de comunicación entre los hombres: el lenguaje, y lo transforma en otra cosa: el medio de una forma de arte. Por tanto, el erotismo y la literatura son hermanos. Le dan otra categoría a algo existente de antemano (Arankowsky, 1989: 15).

En el erotismo —dice García Ponce en un ensayo sobre Pierre Klossowski— “la intervención de un elemento humano permite la contaminación de la carne por el espíritu” (García, 1982a: 494), ya que se sale de la pura sexualidad animal. Tanto para Klossowski como para García Ponce se debe revelar, hacer aparecer el espíritu precisamente a través de la carne. A esta idea tendremos que retornar más adelante, pues constituye uno de los ejes de la obra que nos ocupa.

La literatura, el arte en general, el erotismo e incluso la gastronomía, que emplea el medio natural de la alimentación para convertirlo *en otra cosa*, son manifestaciones del espíritu, de la elaboración intelectual. Es por todo ello que quizá sea en la llamada literatura erótica, más que en ninguna otra manifestación literaria, donde representar y vivir lo deseado mediante la escritura resulte una tarea a todas luces evidente, ya que el mismo carácter de lo erótico implica la idea y la imagen de *atracción* y remite necesariamente al terreno del deseo, ese movimiento psíquico que revive recuerdos de sensaciones vinculadas con la satisfacción de una necesidad, con un *placer*, pero que puede ser independiente a ese recuerdo; ese movimiento generado en la imaginación o fantasía y que por su naturaleza de disponibilidad se dirige hacia lo que otorga placer, hacia lo agradable; ese movimiento que, finalmente, nos saca de nosotros mismos. Pero no podría haber deseo sin privación de lo deseado. El deseo hace hincapié en la carencia. Este término está muy vinculado con lo que San Bernardo —para quien los deseos y el amor comienzan por la *carne* dado que somos productos de la concupiscencia de la carne— llamaba *afecto*, que reconoce la carencia, pero al ser fundamentalmente pasivo, su origen es exterior al sujeto y da prioridad al movimiento hacia el otro, a

la *atracción* recíproca.¹⁴ No obstante, trátase de deseo o de afecto lo importante es la dirección, el movimiento hacia la exterioridad propiciado por una imagen. Ya Platón admitía que el apetito sólo se provoca con el recuerdo, la imagen, la representación de lo placentero, de ahí que sea el alma, en tanto que recuerda, la que suscita el deseo (Cfr. Foucault, 1996: II-42). Sin embargo, las fantasías del deseo no permanecen en la memoria: su movimiento se proyecta al futuro, sin importar que éste sea o no inmediato, y cuando se satisface, sólo importa el instante. No sólo entra en juego el recuerdo. El deseo también *produce* necesidades y más carencias. El movimiento del deseo contiene imágenes; se trata de una carencia que debe subsanarse, sin importar que ésta se derive del mismo deseo que, al satisfacerse, se anula. Su objeto, no obstante, nunca se halla totalmente presente. Para satisfacer el deseo es indispensable transformar, destruir, recrear o incluso crear (artísticamente) el objeto deseado. El deseo se afirma en la negación del otro o en la afirmación de lo invisible (aparición de lo invisible) para así lograr su autonegación y anularse. Deseo lo que no tengo y lo invento imaginándolo, pero en la imaginación se opera la transformación de los objetos. De igual modo, si deseo beber agua, “destruyo”, niego la presencia del agua al consumirla para *negar* el deseo. A pesar de esto, los satisfactores generan las mismas (u otras) carencias y así ellos mismos reviven el deseo y lo expanden. El deseo es, *finalmente*, insaciable: no llega a la totalidad de la satisfacción porque apenas es aplacado su vacío infinito resurge para pedir que sea de nuevo llenado —y a la vez llenar. La producción del deseo es múltiple. Producción de producción: el producir siempre ocurre porque desear es producir, característica de lo que Deleuze y Guattari llaman “máquinas deseantes” (Deleuze, 1985: 16). El inconsciente como fábrica. El producto es el productor: “Ser sólo el placer que das y que te dan”, leemos en *Crónica...* En cierto sentido, como *necesidad* necia, obsesiva, carece de importancia si es o no “recuerdo” de un placer experimentado con anterioridad o de algo perdido. Como *necesidad* el deseo “saciado” es para-sí; como reciprocidad necesaria es para-ambos (yo y el *otro*). Este aparente egoísmo de la pareja erótica se resuelve, en García Ponce, en la apertura a *otra parte*, a los *otros* o a lo *otro* y no al hijo o hijos como productos de una fecundidad biológica. Ese *otro* puede ser el arte, la literatura, productos de la fecundidad espiritual.

Acaso el escritor que nos ocupa se ha dado a la tarea de ser fiel a su vocación de escritor de literatura erótica por la constante insatisfacción que produce el deseo satisfecho en el reino de lo imaginario, pues el espacio de la literatura —dice Huberto Batis siguiendo a Bataille— “no es el del orden sino el del deseo, el de la

¹⁴ Cfr. Julia Kristeva: *Historias de amor*, pp. 136, 137 y 145. Subrayado de la autora.

pasión perversa de querer llegar a tocar fondo aunque ese fondo no exista. La literatura abre una desnudez, la misma que preludia en los cuerpos la entrega sexual, que en un olvido de sí, semejante al de la muerte, encuentra la vida” (Batis, 1982: 8). La literatura es el espacio de lo imposible, de la intimidad, pero, aun cuando no se trate de literatura erótica, nace siempre del deseo: se fundamenta en el principio del placer al negar la realidad tal cual. Es el deseo el que mueve al arte, aunque siempre mediatizado, ordenado por principios lógicos que, en el caso de la literatura, son los principios de la gramática, del discurso.

En la escritura, las palabras estrechan los lazos, se convierten en el vínculo entre las formas puramente materiales y las representaciones mentales de dichas formas; el deseo viaja de una o otra representación; las imágenes son heterogéneas y cambiantes, pero repetitivas en su heterogeneidad; la fantasía, la imaginación propician la incesante movilidad del deseo. Por esto mismo ni el autor de este tipo de obras ni el lector —inscritos en el seno de una cultura y una civilización que han confinado el aspecto erótico y la sexualidad humana— somos o podemos ser totalmente inocentes, como tampoco lo es el texto literario: “el arte jamás es inocente, porque la *creación* no lo es” (García, 1987: 20), pero toda *apariencia* es culpable “en la misma medida que lo es la mirada que la solicita” (García, 1987: 33). Particularmente, el lector cumple el papel de observador, de incansable *voyeur* de las fantasías de otro; es receptor de una intimidad imaginada, reproducida o expresada por un creador a través de sus personajes, situaciones narrativas, imágenes, metáforas e ideas y reflexiones. Dice García Ponce en una entrevista: “en el caso de *De anima* el *voyeur* es el autor o puede ser un gato o puede ser todos los que leen el libro. *Voyeurs* son todos los que están penetrando en la intimidad del libro. Cada lectura es un acto de *voyeurismo*. El autor, al mirar, es el tercero, siempre es el *voyeur* que mira su personaje” (Hahn, 1984: 15). En el cuento “Rito”, el narrador llega a conceder al espectáculo, al voyeurismo, dimensiones mucho más amplias: “Toda realización del deseo es un espectáculo, aun cuando no tenga espectadores” (García, 1997: 327), lo que implica, llevado al extremo, que el deseo puede mirarse a sí mismo realizarse y, por tanto, morir como deseo.

En cuanto a los lectores, sólo su deseo, su curiosidad, su malicia, su placer pueden hacerlos seguir leyendo. La curiosidad proviene, efectivamente, del deseo de movilizarnos hacia la exterioridad, hacia lo que percibimos fuera de nosotros, hacia un *objeto* y, en el arte erótico, nos conduce reiterativamente al mismo deseo, nos sugiere ascender por esa torre sin fin de la pasión humana: “La curiosidad sólo aumenta el deseo” (García, 1995b: 331). Para García Ponce “en el origen del deseo se halla un instinto, indiferenciado y poderoso, que no puede negar su pura animalidad” (García, 1992: I-215), una “fuerza sin rumbo y sin meta” que “ha

iluminado con su oscuridad la noche de los tiempos asegurando la continuación de las especies” (García, 1992: I-215). Esa fuerza primigenia, “innombrable”

Construye la torre del deseo y como la otra Torre, la muy antigua también pero menos antigua, al poner la luz del espíritu en la oscuridad de la materia, a través de los más entrevesados caminos, aspira tal vez también a llegar al cielo, a destruir la oscura carne que ilumina y encontrar la unidad; pero, como la otra Torre también, su final contradice el propósito que se encontrara en el principio y en lugar de la unidad, su carácter interminable, produce la dispersión, la multiplicación, de las lenguas o de las especies y la muerte, el olvido que busca ese espíritu, produce la vida, en busca de la quietud, encuentra el movimiento, aun cuando, como acabamos de ver, la simiente se desperdicia y se pierde en el aire, porque su irrupción alimenta el ánimo que lleva a perseverar en la interminable tarea de construir la torre del deseo, que, por alta que sea la elevación que consigue [...] conduce no al cielo, sino a la tierra (García, 1992: I-215).

El Deseo es percibido por el autor yucateco como una entidad mítica que aspira a la unidad, pero produce multiplicidad. Nos conduce al cielo del placer en lo mundano, en la tierra. El mito garciaponceano expresado en *Crónica...* explica cómo el instinto se convierte en espíritu y penetra en la carne para depositar en ella el deseo. Es así como, para este autor, la espiritualidad se convierte en animalidad y ésta sirve al espíritu “creando el espacio en el que puede mostrarse” (García, 1992: I-216). En un himno del *Rig Veda* se afirma: “El Deseo fue lo primero en desarrollarse / como germen primero de la idea” (Anónimo, 1989: 278). *Kama* (deseo, pero también apetito sensual) es el primer movimiento que manifiesta lo Absoluto en la tradición hindú. Por su parte, Norman Brown, siguiendo a Freud, sostiene que la esencia del hombre es desear (Cfr. Brown, 1987: 21), y este deseo remite al principio del placer que experimentamos en la infancia. En *El arco y la lira*, Octavio Paz afirma algo muy similar:

Y quizá el verdadero nombre del hombre, la cifra de su ser, sea el Deseo. [...] Si el hombre es un ser que no es, sino que se está siendo, un ser que nunca acaba de serse, ¿no es un ser de deseos tanto como un deseo de ser? En el encuentro amoroso, en la imagen poética y en la teofanía se conjugan sed y satisfacción: somos simultáneamente fruto y boca, en unidad indivisible (Paz, 1998: 147).

El cambio constante, la contingencia, la multiplicidad y la contradicción nos remiten a un orden temporal que el ser humano quiere saciar, a una movilidad que el hombre quiere inmovilizar, eternizar porque sólo lo eterno acaba de ser y allí lo

múltiple se vuelve uno. El *deseo* de abolir la multiplicidad nos ha hecho crear símbolos, mitos y arte, a pesar de que García Ponce afirme que en su literatura él no busca la unión con lo Uno, sino lo múltiple (Cfr. Bruce, 1997: 71). Ya lo múltiple, la constante novedad, al volverse representación, adquiere unidad en el arte. No es totalmente ajeno a este sentimiento el deseo del *otro* en el erotismo, que es conjugación de cuerpos y sensaciones. Pero el deseo nos conduce a lo que fuimos cuando lo saciamos porque, como yo no puedo desear lo que no conozco, el deseo entonces se halla vinculado a la memoria, al *recuerdo* de un placer y a la *necesidad* de satisfacerlo: es dinámico por excelencia, puede ser creativo o destructivo, pero jamás pasivo, y nos lleva a unirnos con un ser que no somos, con un contrario para establecer la suma. También es obsesivo, reiterativo, porque siempre volvemos a él. El movimiento del apetito se desarrolla en círculo, advierte Aristóteles en su tratado *De anima*. (Kristeva, 1988: 160). El deseo hace posible que Esteban posea los bellos instantes con Mariana en *Crónica...* El deseo conduce, hace actuar a los hombres, los mantiene en perpetua transmutación: “nada es posible si uno no se pierde antes en el deseo” (García, 1991: I-99), y, en muchas ocasiones, el deseo proviene de una intuición, es decir, parte del instinto y de la mente, del *alma*.

En *De anima* (de García Ponce) el alma se muestra a través del deseo. El erotismo es el vehículo y el recipiente de esta dialéctica. El erotismo, afirma Gilberto, “conlleva una expropiación del propio cuerpo” (García, 1984: 203), idea que el autor reitera: “La práctica del erotismo —dice García Ponce— es una voluntaria expropiación del cuerpo para convertirlo en un puro instrumento del placer” (García, 1988: 199), al igual que el arte, que la representación, como afirma Octave, en *La revocación del edicto de Nantes*, de Klossowski, al referirse a una mujer pintada en un cuadro: “asistimos —dice— a interminables expropiaciones del cuerpo bajo la mirada de otro” (Klossowski, 1975: 26). Se trata de *ser* en plenitud para, al mismo tiempo, *dejar de ser* al ser en otro: “Si nos miran, somos desde afuera en el que nos mira”, dice Andrés en *El gato*.

En la obra de García Ponce, el ubicuo espíritu de Eros se diluye entre las palabras casi cortadas con precisión matemática. Pero Eros le guiña el ojo a Tánatos en el sentido de que, por medio del deseo, tratamos de ascender a la continuidad, a lo Absoluto (o a la ilusión de un absoluto). “La muerte —dice Bataille— tiene el sentido de la continuidad del ser” (Bataille, 1997: 25), de manera que no deja de ser interesante que en francés se le llame al orgasmo la *petite mort*, breve porque no es absoluta, pero agota el deseo, hay una desintegración, una disolución en la que acabamos —dejamos— de ser: somos plenamente en la atemporalidad. La muerte, como destrucción de un ser discontinuo, como desinte-

gración del individuo, se alía al erotismo. Sin embargo, el escritor de literatura erótica —como artista— hace escapar al erotismo de la muerte al materializarlo en el *arte*, que en su inmovilidad es también absoluto y, además —como sostiene Freud—, siempre fiel a la infancia y al *principio del placer* (Cfr. Brown, 1987: 85). En una entrevista, García Ponce confiesa: “Desde niño no quería hacer nada” (Poniatowska, 1978b: 10),¹⁵ es decir, sólo estar inmerso en el *principio del placer*. El autor, evidentemente, se refiere a no hacer nada “útil” para una sociedad productiva y consumista, por ello el único compromiso que acepta “es aquel con la literatura; no quiero ser una figura social útil. No creo que porque haya niños muertos de hambre no pueda escribir. La idea de justicia ha pervertido el pensamiento” (Reboredo, 1980: 16). En 1977, Carolina Calderón le preguntó por qué el escritor se niega a dejar de ser niño y a incorporarse a la realidad. El autor de *Crónica...* respondió:

Por sabio, porque si los niños tienen la autenticidad, el hecho de ser uno con el mundo, qué cosa mejor puede hacer el escritor que continuar en ese estado; lo que pasa es que los lugares comunes, píos de nuestra cultura, nos dicen que hay que llegar a ser adultos y entrar y luchar por la vida. ¿Por qué luchar por la vida?, ¿por qué no gozar la vida?, ¿por qué no tener la vida? , ¿por qué no estar en la vida?; esto es lo que el escritor quiere hacer siendo voluntariamente consciente, responsablemente irresponsable (Calderón, 1997: 24).

También afirma que tiene opiniones políticas, pero no una posición política, y que no se escribe para transformar el mundo. El autor siempre ha tratado de nunca apartarse del *principio del placer* al conquistar el deseo de vivir para escribir y escribir para vivir, de optar por vivir en el espacio de la imaginación. El terreno de la literatura es el que le interesa. En otro lugar también afirma que

Conscientemente, el escritor se niega a dejar de ser niño y no quiere incorporarse a la realidad o, por lo menos, desea hacerlo de una manera distinta, con otros medios y por otro camino que el acostumbrado de sentirse vivir la vida y actuarla. En este sentido se afirma como una figura esencialmente antisocial (García, 1966: 44-45).

Como hemos visto, su poética —independientemente de que el erotismo y el éxtasis estén vinculados con la muerte— es vitalista en sus intenciones, se halla regida por un impulso vital que a toda costa intenta vencer a la muerte como realidad contingente y utilitaria, como *principio de realidad*: “el erotismo es huma-

¹⁵ Cfr. también (Calderón, 1997: 34).

no. Si no se convierte en obra de arte será devorado por la muerte. El erotismo, entonces, es un humanismo” (Avilés, 1994: 4). En otro lugar asocia el erotismo a la belleza y en ese sentido asegura que es la base de todas las artes, pues ya sustituir una realidad por otra, poner la vida en palabras, es un acto erótico (Cfr. Cosmos, 1990: 32). Pero independientemente de esta connotación, el arte debe *salvar* el erotismo de los cuerpos, convertirlo en “engaño colorido” porque ya el mismo deseo de hacer arte es, como en el erotismo, un deseo de salir de nosotros mismos. Sólo saliendo de nosotros, dirigiéndonos a lo *otro*, podemos experimentar lo que es verdaderamente vivir. Argumenta el narrador en *Crónica...*: “es indudable que para el autor el hecho mismo de escribir está unido al deseo sexual” (García, 1992: I-544); en *Catálogo razonado* dice la Voz primera: “Escribir, después de todo, es como hacer el amor: sólo se termina para empezar a esperar el momento en que se quiere volver a empezar” (García, 1982b: 64), y en *Pasado presente* el deseo de Lorenzo por escribir es comparado con el deseo de tener a Carmenchu. En todo esto García Ponce coincide con Cesare Pavese, para quien “hacer poesías es como hacer el amor: nunca se sabrá si el propio gozo es compartido” y “arte y vida sexual nacen de la misma cepa” (Pavese, 1992: 57, 69). Sólo gracias al deseo continuamos viviendo, creando y también deseando, pero el espacio del deseo, como advierte Paloma en *De anima*, “debe ser igual al que Gilberto me ha dicho que corresponde a la literatura: es espantosamente material y no puede tocarse” (García, 1984: 131), paradoja en que lo más tangible resulta ser lo más intangible.

Escritura y deseo sexual se hallan en una unión tan estrecha, que el carácter de las imágenes representadas mediante el discurso verbal tiene que remitirnos a la unión de contrarios. En un texto tántrico de la antigua India se advierte: “El labio inferior es el falo, el labio superior la vulva: de su copulación nace la palabra” (Pandit, 1986: 19), idea que podemos comparar con la expresada por Octavio Paz en su poema “Blanco”: “el firmamento es macho y hembra / testigos los testículos solares / falo el pensar y vulva la palabra” (Paz, 1996b: 441). La relación entre deseo y palabra es también fundamental en *De anima*. En una ocasión, Gilberto invita a cenar a Paloma, le habla de literatura “y sin darnos cuenta nos deslizamos a conversar de cómo la siento y cómo me siente ella a mí y a través de las palabras surge el deseo como si las palabras me condujeran a su cuerpo cuando lo más probable es que sea su cuerpo el que me conduce a las palabras” (García, 1984: 53). Sin duda, en el desarrollo de cada ser humano suele aparecer “el lenguaje del amor y del principio del placer antes de convertirse en el lenguaje del trabajo y del principio de la realidad” (Brown, 1987: 88).

Afirma Ángel Rama: “No parece que García Ponce crea que el hombre se encuentre en el trabajo, sino que se descubre íntegramente en el juego; en el ocio y no en el negocio” (Pereira, 1997: 58). *Otium* —ocio— era también, en latín, el tiempo para reflexionar; equivale al griego *sjolé*, de donde se deriva “escuela”, lugar donde se iba a ejercer el ocio, es decir, a *pensar*. En cambio, el *Tripalium* —de donde se deriva “trabajo”— era, en el bajo latín, un instrumento de torturas compuesto por tres palos y que se utilizaba para dislocar las articulaciones de los criminales o testigos reacios. Pero el trabajo no es sólo eso: también es “la vía de la conciencia, por la que el hombre salió de la animalidad” (Bataille, 1997: 224), lo cual de ninguna manera significa que el hombre regrese a la animalidad cuando no trabaja. Casi podríamos admitir que en García Ponce el orden es belleza y el trabajo, juego. Es claro que, por ejemplo, para el doctor Ballester en *Inmaculada...* el trabajo es parte de un principio de la realidad no represivo, donde el Eros se despliega sin trabas. En *L’invitation au voyage*, de Baudelaire, leemos: “Là, tout n’est qu’ordre et beauté, / Luxe, calme et volupté” (Baudelaire, 1991: 100), donde, a decir de Herbert Marcuse, la palabra “orden” pierde su connotación represiva: “éste es el orden de la gratificación que crea un Eros libre” (Marcuse, 1986: 174), un Eros que, en García Ponce, no se reduce a la mera sexualidad procreativa y monogámica impuesta por nuestra civilización.

La narrativa de García Ponce es ajena al dolor. Como escritura hedonista evoca el placer desmesurado por la reflexión y por el cumplimiento del deseo o de las fantasías; el placer, en términos generales, que nos proporciona el movimiento perpetuo de la existencia. A García Ponce, autor irónico y vitalista, no le interesa el sufrimiento ni el desgarramiento existencial. El sufrimiento —dice— “no creo que sirva absolutamente para nada, y lo único que hay que hacer con el sufrimiento es llevarlo con la mayor discreción posible y ya [...] Soy totalmente contrario a la idea cristiana de la redención por el dolor. Se me hace una verdadera aberración mental pensar que el dolor pueda servir para redimirte de algo” (Poniatowska, 1978a: 6). Para Bataille la voluntad niega a la muerte e incluso es indiferente ante ella: “sólo la angustia introduce la preocupación de la muerte, paralizando la voluntad” (Bataille, 1974: 95). La voluntad, que para Bataille se apoya en la certeza de la suerte —ya que ésta la cumple y la voluntad a su vez busca la suerte— es, en García Ponce, voluntad de vida, de encuentro, *voluntad erótica*, voluptuosidad, libido ejerciéndose, movimiento contrario al temor o a la angustia de la muerte. Los personajes más importantes, más dinámicos y vitales del autor yucateco buscan el placer y generalmente carecen de represión en el sentido freudiano. Es cierto que hay momentos de represión, donde una fuerza moral o racional puede *retardar* —mas no matar— el deseo; por ejemplo, en

Pasado presente, cuando Alberto, Xavier y Geneviève están en el departamento del primero, la necesidad de prolongar el presente se convierte en *obstáculo* y ninguno de los tres quería ser el *responsable* de un avance: preferían esperar sabiendo que algo iba a pasar. Es indiscutible que *retardar* el deseo implica su consecución, por lo que este retardo se ejecuta *con miras* a obtener un mayor placer. Es cierto también que llega a aparecer cierto grado de sufrimiento debido a una pérdida o a un alejamiento, como llega a ocurrir al final de *Crónica...* o con la muerte de Fray Alberto. Pero en términos generales no hay “desgarrados” ni reprimidos: el deseo se halla libre y los personajes, aunque a veces vacilen, llegan a estar conscientes de él y, desinhibidos, lo realizan. En García Ponce encontramos la repetición ritual del *deseo satisfecho* y por ello a veces parece que el tiempo se detiene en un presente puro. El deseo se mueve dentro de ese espacio cerrado, íntimo, en el que sólo los participantes gozan de su constante afirmación.

El tiempo lineal de las novelas más importantes de García Ponce es aparente, porque la sucesiva reiteración de ciertos acontecimientos hace volver atrás, remite a un terreno que la memoria asocia con el espacio presente de la narración. Los acontecimientos, encuentros y reencuentros transforman la linealidad en una especie de “eterno retorno” dentro del espacio total que el arte realiza en la escritura. Las imágenes o situaciones fascinantes que se presentan, sin embargo, lo hacen en los momentos en que su presencia nos evoca las ausencias de las imágenes o situaciones pasadas. Es la escritura de la obsesión progresiva y regresiva. Todo es a la vez una constante metamorfosis: siempre igual como cambio que se va intensificando por las mismas reiteraciones del deseo erótico, que expanden sus focos de acción porque el deseo que las caracteriza actúa como una *reacción* en cadena. En el terreno del amor experimentado por Claudia en *La cabaña*, “el deseo se hacía cada vez más vasto y sin límites, alimentándose de su propia imposibilidad de satisfacerse” (García, 1982: 177). Pero el deseo no sólo es ubicuo e ilimitado en la narrativa garciaponceana, sino también es una intensidad impersonal y al mismo tiempo se mueve en la intimidad y llega a anular la negatividad procedente del exterior, como de repente ocurre en *La invitación* (1972): “El deseo no necesita lugar, ocupaba todos los lugares y era el amor que ignoraba todas las presencias siniestras, que las hacía desaparecer” (García, 1972: 129). Esta fuerza impersonal es puesta de manifiesto por Robert Musil en *El hombre sin cualidades* cuando, al hablar con su prima Diotima sobre lo que es estar enamorado, dice Ulrich que “sólo siendo los hombres absolutamente objetivos —lo cual equivaldría casi a ser impersonales— serían también todo amor. Porque únicamente en aquel estado serían también todo sensibilidad y sensación y pensamiento” (Musil, 1973a: II-220). Sólo la absoluta *exterioridad* —la masacre del ejérci-

to en *Crónica...*, o la retención de R. por los militares en *La invitación*—, puede apaciguar la intimidad y la impersonalidad del deseo que en ella se manifiesta, clausurar el orden imaginario en que están envueltos los personajes y apagar las sucesivas y reiterativas reacciones en cadena del deseo. Así, las sirenas en las calles —como las de *La odisea*— impiden o retardan la realización del amor, y por ello resultan ser, en *La invitación*, “siniestros avisos cuyo oprobio hacía imposible la realidad del amor” (García, 1972: 102). Y si, en *Crónica...*, paradójicamente, el ejército —a nivel de macroespacio— actúa por una orden que a su vez procede de un *deseo*, Evodio Martínez como asesino —a nivel individual— se conduce impulsado por un deseo que a su vez aniquila, *inmoviliza* textualmente al deseo como fuerza multiplicadora de placer. Evodio se exilia, pero el placer vive también una especie de exilio involuntario. Esto no ocurre ni en *De anima* ni en *Inmaculada...*, obras en que el nuevo retorno de la reacción en cadena —en el caso de *Inmaculada...*— queda como posibilidad realizable o —en el caso de *De anima*— se cumple efectivamente, a pesar de la muerte de Gilberto, ya que Paloma —aunque renuncia a seguir escribiendo— no renuncia a la vida, que encierra —como ella— todas las posibilidades. En la indestructible imaginación el deseo siempre se convierte en acto, se actualiza. El deseo como multiplicador de placer no puede ser aniquilado ni siquiera por el deseo de exclusión que implica el matrimonio como la realización de *la* pareja. Esto es comprobable por la interrogación final del narrador en *Inmaculada...*: “Lo que pasaría después dependería de Inmaculada” (García, 1995a: 333). El matrimonio es tradicionalmente un contrato en que está implícita la subordinación de la esposa al marido. En la Edad Media, el esposo era el “señor” de la mujer. Uno de los rasgos más singulares de los trovadores, que convivieron con los cátaros (o “puros”) y hasta los defendieron, fue su intención de “purificar” el amor “de todo cuanto no es natural en él y no, como quiere, por ejemplo, el platonismo, apartarle por completo de la sexualidad [...] es cierto que a menudo consideraron el amor conyugal como “venal”, utilitario, situando —implícitamente— el verdadero amor *fuera del matrimonio*” (Nelli, 1989: 102).¹⁶ Para estos poetas medievales la mujer está siempre dispuesta “a caer de nuevo en las realidades terrestres” (Nelli, 1989: 103) y nunca simboliza ningún elemento ni figura extraterrenal o metafísica. Al hacer explícita la emancipación absoluta de la mujer y de sus deseos, García Ponce coincide con la postura de los llamados cátaros “creyentes”, a quienes les estaba permitido el matrimonio y los goces de la vida, al contrario de los llamados cátaros “perfectos” (*bons-hommes*), que practicaban una vida ascética, asexual y muy rigurosa. En otras

¹⁶ Subrayado mío.

palabras, para los cátaros “creyentes”, como en general para los personajes de García Ponce, no hay un principio de la realidad represivo, sino lo que Marcuse llama, contraponiéndolo al *principio de actuación* (o el trabajo enajenado de los hombres-cosas) un “principio de la realidad no represivo” (Marcuse, 1986: 166). La importante distinción entre los dos tipos de cátaros, por cierto, se le escapa a Octavio Paz al criticar a Denis de Rougemont en *La doble llama*. En cuanto a la opción de la mujer, afirma René Nelli:

Indiscutiblemente, para las mujeres del siglo XIII el libertinaje, al igual que el ascetismo pero en sentido inverso, constituyó una protesta contra el orden social que las coaccionaba y sobre todo contra el matrimonio no igualitario, que favorecía a los hombres. Si querían afirmar su autonomía, sólo tenían elección entre el camino abierto por los trovadores, valorización total de la libertad amorosa acompañada por la idea de que el amor no es pecado, y el camino aconsejado por los *bons-hommes*, del ascetismo y la perfección (Nelli, 1989: 104).

García Ponce otorga a la mujer de su narrativa una autonomía que la mueve a buscar el placer ilimitado en el mundo, y hace fracasar a la pareja Paloma-Armando precisamente porque éste trató de anular la libertad de la mujer. Es cierto que el hombre empuja a veces a la mujer, la ayuda a revelar su “apertura”, lo ilimitado de su sexo, pero la mujer se somete cuando ella está de acuerdo y llega un momento en que ya ni se pertenece a sí misma: se vuelve objeto, pero no cosa, pues su objetivación proviene también de su propio deseo y no sólo del deseo del otro: “Quiero que me cojan todo el día y toda la noche”, dice Mariana casi al inicio de *Crónica...* Nunca hay una violación real: Inmaculada es, en ese sentido, pura, como lo es Paloma, como lo es Mariana: “un objeto al que todos habían usado y nadie había tocado”(García, 1992: I-300). El mismo escritor ha confesado que las mujeres le parecen más interesantes que los hombres y que se considera a sí mismo un “feminista” (Albarrán, 1991: 16), aunque critica al feminismo como ideología, pues éste pretende igualar a la mujer con algo inferior al despojarla de su no-carácter implicado en su ser como *objeto* para así otorgarle un carácter, una individualidad (Cfr. García, 1982a: 110). La objetivación de la mujer es notoria en toda la obra garciaponceana, pero particularmente explícita en el erotismo infantil plasmado en una escena de *Inmaculada...* Joaquina desviste a una de las muñecas:

—¿Y si yo me desvistiera también? —dijo Joaquina.

Inmaculada no entendió lo que su amiga quería. Joaquina tuvo que insistir:

—¿No quieres verme desnuda a mí también?

—¿Desnuda, tú? ¿Para qué? —contestó Inmaculada.

—Para estar igual que la muñeca, *para ser otra muñeca* —murmuró Joaquina (García, 1995a: 20).¹⁷

Mediante un acto mimético la niña —en su absoluta inocencia— se convierte en objeto de Inmaculada, como ésta se convertirá en objeto del doctor Ballester y de otros hombres. Si la belleza pertenece a todos los que la desean y la mujer es bella, es entonces absurdo —para García Ponce— que la mujer, al igual que el objeto artístico o la vida, se convierta en motivo de una ideología para evitar también su peligrosidad y encauzarla por una vía determinada. Como la vida, como el arte, la mujer es múltiple. “La belleza de la mujer —dice Marcuse, y la felicidad que promete son fatales en el mundo de trabajo de la civilización” (Marcuse, 1986: 172).

En la parte final de *Inmaculada...*, al hacerse presente el doctor Ballester en la boda de la protagonista, se hacen también presentes todas las vivencias del pasado que Inmaculada experimentó. El pasado nunca se borra porque el deseo se plasma en la memoria y porque, al recordarlo, renace para actualizar ese pasado y al actualizarse, se transforma, pero sigue siendo la reiteración multiplicadora del deseo. García Ponce ha puesto en la mujer —Inmaculada— el poder de volver a concretar y multiplicar ese deseo, sin importar que esté o no casada.

En cambio, el protagonista de *La invitación* sufre una modificación radical por un factor que, como lo será en *Crónica...*, pertenece a la absoluta exterioridad como ausencia de intimidad, es decir, que atenta contra la intimidad del deseo.

III

La contraparte del deseo que busca el *principio del placer* es la seguridad que en la vida produce la estabilidad, el anquilosamiento. Ya en *El canto de los grillos* hay una crítica a ese anquilosamiento, a esa estabilidad o búsqueda de seguridad, simbolizada en el canto de estos insectos y representada por todos los personajes (provincianos), con excepción de la emprendedora y liberal Georgina, que vive en la ciudad de México y que, sin lugar a dudas, prefigura a todos los personajes femeninos dinámicos, como Mariana, Paloma o Inmaculada, para no ir más lejos. A estos personajes se contraponen —para continuar con *El canto de los grillos*— la “mocha” Evenilde y la “decente” Ana, productos del *principio de realidad* como mundo del deber, del orden y del trabajo, de los deseos inconscientes frustrados. Lo contrario de esa seguridad es la ya aludida categoría rilkeana de “lo

¹⁷ Subrayado mío.

Abierto”, la cual expresa una absoluta incertidumbre, una carencia de realidades figuradas, formas estables o existencias separadas y discernibles; expresa la inseguridad ante el misterio del mundo. Quien accede a “lo Abierto” está desprendido del tener o del contar los objetos; accede a una mayor y más profunda intimidad en la que actúa realmente la libertad.

Los personajes de Juan García Ponce, y en especial los femeninos, son “abiertos” porque se alejan del “canto de los grillos”, del anquilosamiento y de la seguridad. Es cierto que están frente a objetos o realidades figuradas, pero se dejan vivir ante ellas sin preocupación; nunca hay una certeza real de la totalidad de la realidad que los circunda, sino que ésta es múltiple y cambia sus rostros o sus estados. Todo se precipita hacia la movilidad porque el deseo subyace en todas las acciones:

Esteban la miraba incrédulo y Mariana lo miraba confiada. Nada debería moverse, nada podía moverse. Mariana estaba en su cuarto y entre los dos la vista anulaba toda distancia. Había una inesperada banalidad en el suceso y sin embargo era inconcebible. Esa presencia hacía imposible todo pensamiento. La espera era superior a cualquier realización; pero la posibilidad de realización le daba sentido a la espera. Ahora no era ni una cosa ni otra. Estaban en el estrecho filo de un límite desde el cual todo se precipitaría hacia el movimiento (García, 1992: I-448).

Mariana experimenta un radical “desprendimiento de cualquier tipo de seguridad” y en ese sentido —como también en otros que veremos después— se parece a Paloma y a Inmaculada, cuya seguridad

podía ser parte de su infancia olvidada; el temor del rechazo por el que la guió el miedo ante lo desconocido que estaba segura de no querer aceptar desde su primer noviazgo; pero sólo reconocía el miedo, aunque la seguridad resultaba aburrida y el miedo, en cambio, a pesar del rechazo, le despertaba curiosidad (García, 199a: 91).

El miedo pertenece también al espacio del movimiento, pues nos mantiene en la incertidumbre. El gato, cuya aparición sensual se manifiesta en muchas narraciones de García Ponce, comparte esa curiosidad surgida del instinto, que le permite el desplazamiento y la búsqueda ilimitada. Pero para que todo esto se afirme, debe existir la mirada, emparentada con la curiosidad porque ésta suele nacer de aquélla.

De la mirada proviene el *deseo* que mantiene a los personajes en constantes encuentros que, en muchas ocasiones, suelen ser las repeticiones retocadas o matizadas, rituales, obsesivas, reiterativas, de situaciones anteriores, ya vividas.

La mirada suscita siempre una transformación. Al fijar su atención en la figura de Alma, la expresión de Andrés en *El gato* cambia por una expresión de amor, ternura y “deslumbrada curiosidad”. La dirección de la mirada, pues, suele ser la dirección del deseo. En el título de un libro de cuentos de García Ponce, *Encuentros* (1972), subyace el papel de la mirada, que nos acerca nuevamente a la representación. Dice Blanchot:

Ver supone la distancia, la decisión que separa, el poder de no estar en contacto y de evitar la confusión en el contacto. Ver significa que, sin embargo, esa separación se convirtió en encuentro. Pero, ¿qué ocurre cuando lo que se ve, aunque sea a distancia, parece tocarnos por un contacto asombroso, cuando la manera de ver es una especie de toque, cuando ver es un *contacto* a distancia, cuando lo que es visto se impone a la mirada, como si la mirada estuviese tomada, tocada, puesta en contacto con la apariencia? [...] Lo que nos es dado por un contacto a distancia es la imagen, y la fascinación es la pasión de la imagen (Blanchot, 1969: 25-26).

La pasión de la imagen en el arte de García Ponce es evidente por el carácter de sus representaciones. Para Blanchot la inspiración se halla vinculada con el deseo; se da en la impaciencia y es así como escribir comienza con la “mirada de Orfeo”, que no es sino el mismo movimiento del deseo (Blanchot, 1969: 165-166).

En el arte del autor yucateco, el ritmo y la elegancia del estilo, la utilización de adjetivos, metáforas o comparaciones, la plasticidad de las imágenes y descripciones, así como otros recursos que nos otorgan una gran visibilidad y en los que significativo y significado, forma y fondo constituyen una unidad separable sólo por la vía de una absurda abstracción, hacen que el placer de narrar se halle estrechamente relacionado con la búsqueda y el placer sexual como un fin en sí mismo —el fin de mirar y experimentar—, cuya esterilidad es una de sus condiciones: “La ventaja del arte es que es absolutamente gratuito, no contribuye a nada, lo que hace es que a los que saben gozar de él los ayuda a vivir; si ésta no es ninguna contribución, entonces ninguna contribución vale la pena...” (UNAM, 1984: 11). Pero esta gratuidad o inutilidad no es la condición *significativa* del contenido de los textos, ya que no se trata de simples obras pornográficas o eróticas que únicamente pretendan excitar al espectador.

IV

Lo que ahora se debe destacar es el carácter prohibido o “pecaminoso” que la sexualidad ajena al “creced y multiplicaos” implica para nuestra cultura occidental,

pues si bien los textos de García Ponce no ponen en crisis su relación con el lenguaje, sí lo hacen con la *cultura* donde fueron producidos. En *Historia de la sexualidad*, Michel Foucault ha demostrado que la preocupación por el sexo empezó dentro de la cotidianidad de la antigua Grecia, donde los médicos prescribían, además de normas alimenticias, cómo encontrar el goce sexual “sin que resulte de ello ningún desorden” (Foucault, 1996: 51). Es este desorden el que debe ser evitado para controlar a la sociedad, pues según ciertas concepciones médicas y religiosas se trata de una *transgresión*. Sin embargo, para que exista la transgresión es necesaria la existencia previa de normas; todo transgresor, en cierto sentido, afirma dichas normas al negarlas. En una conferencia, el medievalista Jacques LeGoff demostró que lo que en el *Génesis* bíblico fue un acto de soberbia, es decir, comer del fruto prohibido con el fin de ser como Dios, en el cristianismo de los primeros tiempos fue asociado con el sexo. Posteriormente, durante la Edad Media y según la concepción de San Agustín, la misma risa será asociada con la gula y la lujuria. La *transgresión*, entonces, al igual que el castigo y la redención, es un elemento constitutivo de la concepción *occidental* del amor (Cfr. Paz, 1996a: 227).

Bibliografía y hemerografía

Obras de Juan García Ponce:

NARRATIVA:

- García Ponce, Juan (1992), *Crónica de la intervención*, México, (2 vols.), Lecturas Mexicanas, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
 ____ (1984), *De Anima*, México, Montesinos.
 ____ (1995a), *Inmaculada o los placeres de la inocencia*, México, Fondo de Cultura Económica.
 ____ (1982), *La cabaña*, Barcelona, Montesinos.
 ____ (1972), *La invitación*, México, Joaquín Mortiz.
 ____ (1995b), *Pasado presente*, México, Fondo de Cultura Económica.
 ____ (1996), *Novelas breves*, México, Alfaguara.
 ____ (1997), *Cuentos completos*, México, Seix Barral.

TEATRO:

- ____ (1982b), *Catálogo razonado*, México, Premià.

ENSAYO Y CRÍTICA DE ARTE:

- ____ (1975), *Teología y pornografía. Pierre Klossowski en su obra: una descripción*, México, Era.
 ____ (1982a), *Las huellas de la voz*, México, Ediciones Coma.
 ____ (1987), *Una lectura pseudognóstica de la pintura de Balthus*, México, Ed. del Equilibrista.
 ____ (1988), *Imágenes y visiones*, México, Vuelta.
 ____ (1992), *Las formas de la imaginación. Vicente Rojo en su pintura*, México, Fondo de Cultura Económica.

AUTOBIOGRAFÍA

____ (1966), *Juan García Ponce*, pról. de Emmanuel Carballo, Nuevos escritores mexicanos del siglo XX presentados por sí mismos, México, Empresas Editoriales.

REPORTAJES, ENTREVISTAS O CONVERSACIONES CON JUAN GARCÍA PONCE

- Albarrán, Claudia / Adriana Gutiérrez (1991), "La literatura como necesidad sin fin", *Universidad de México*, México, octubre, pp. 14-16.
- Aranda Luna, Javier (1989), "La literatura siempre es un plagio: García Ponce", *La Jornada*, México, 21 de mayo, pp. 25-26.
- Arankowsky, Alberto (1989), "El artista es un provocador: Juan García Ponce", *Revista Mexicana de Cultura*, suplemento de *El Nacional*, México, 24 de diciembre, p. 15.
- Avilés, Karina (1994), "El mundo erótico de Juan García Ponce", *Sábado*, suplemento de *Unomásuno*, México, 4 de junio, p. 4.
- Cosmos, Ángel (1990), "Conversación con Juan García Ponce. La inocencia del erotismo", *Blanco Móvil*, núm. 41, México, enero-febrero, pp. 29-34.
- Driben, Leila / Dominique Legrand (1982), "Juan García Ponce: 'Soy la tautología viviente'", *Sábado*, suplemento de *Unomásuno*, México, 8 de mayo, pp. 10-11.
- Hahn, Dorothea (1984), "La nueva novela de Juan García Ponce, *voyeur de almas*, será presentada hoy", *Unomásuno*, México, 18 de mayo, p. 15.
- Poniatowska, Elena (1978a), "El sufrimiento no conduce a nada, dice García Ponce", *Novedades*, México, 30 de abril, pp. 1 y 6.
- ____ (1978b), "Desde niño no quería hacer nada: Juan García Ponce", *Novedades*, México, 4 de mayo, p. 10.
- Reboredo, Aída (1980), "La marginalidad absoluta es el lugar natural del escritor: Juan García Ponce", *Unomásuno*, México, 20 de abril, p. 16.
- Ruffinelli, Jorge (1974), "La perversa candidez de Juan García Ponce", *Plural*, núm. 39, México, diciembre, pp. 23-30.
- UNAM (Universidad Nacional Autónoma de México) (1984), "Entrevista con el maestro Juan García Ponce", en Juan García Ponce, *Imagen y obra escogida*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 9-11.
- Vallarino, Roberto (1989), "Soy un autor de lugares privados, de interiores" (J. García Ponce), *Sábado*, suplemento de *Unomásuno*, México, 23 de diciembre, pp. 1, 3-4.

OBRA CRÍTICA SOBRE GARCÍA PONCE:

- Anhalt, Nedda G. de (1984), "*De anima*, de Juan García Ponce. Todo igual, pero diferente", *Sábado*, suplemento de *Unomásuno*, México, 14 de julio, p. 12.
- ____ (1984), "*De anima*, de Juan García Ponce / II. Todo igual, pero diferente", *Sábado*, suplemento de *Unomásuno*, México, 21 de julio, p. 10.
- Batis, Huberto (1982), "Las huellas de la voz de Juan García Ponce", *Sábado*, suplemento de *Unomásuno*, México, 19 de junio, p. 8.
- Bruce-Novoa (1997), "La novelística de J. García Ponce: el deseo por el modelo", en Varios, *Juan García Ponce y la Generación del Medio Siglo*, Xalapa, Universidad Veracruzana.
- Calderón, Carolina (1997), "Una entrevista con Juan García Ponce. Septiembre 7, 1977", en Varios, *Juan García Ponce y la Generación del Medio Siglo*, Xalapa, Universidad Veracruzana.

- Campos, Julieta (1975), "Una novela de García Ponce: 'El gato' o de cómo verbalizar la transparencia", *Diorama de la cultura*, suplemento cultural de *Excelsior*, México, 13 de abril, p. 11.
- Espinosa, Alberto (1984), "De anima, de Juan García Ponce", *Casa del tiempo*, México, octubre, Universidad Autónoma Metropolitana, pp. 40-41.
- ____ (1985), "Crónica de la intervención, de Juan García Ponce", *Vuelta*, núm. 102, México, mayo, pp. 34-36.
- Lugo, José Antonio (1996), "La trilogía del gato, de García Ponce", *Sábado*, suplemento de *Unomásuno*, México, 3 de febrero, pp. 1-3.
- Martínez-Zalce, Graciela (1986), *Pornografía del alma*, ensayos sobre la narrativa de Juan García Ponce, México, Consejo Editorial de Yucatán.
- Pereira, Armando (sel. y pról.) (1997), *La escritura cómplice. Juan García Ponce ante la crítica*, México, Era/Universidad Nacional Autónoma de México.
- Varios, (1997) *Juan García Ponce y la Generación del Medio Siglo*, Xalapa, Universidad Veracruzana.

TEMAS GENERALES:

- Anónimo (1989), *El Rig Veda*, trad. del sánscrito y estudio analítico de Juan Miguel de Mora, con la colaboración de Ludwika Jarocka. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Anónimo (1985), *Irene*, trad. del francés según el texto publicado en la revista *Plural* en 1973, (trad. de Gerardo Deniz), México, Premià.
- Aries, Philippe / Georges Duby (dirs.) (1991), *Historia de la vida privada*, (t. 9-10), trad. José Luis Checa Cremades, Buenos Aires, Taurus.
- Auerbach, Erich (1988), *Mimesis*, trad. I. Villanueva y E. Imaz, México, Fondo de Cultura Económica.
- Barthes, Roland (1996), *Fragmentos de un discurso amoroso*, trad. Eduardo Molina, México, Siglo XXI Editores.
- Bataille, Georges (1997), *El erotismo*, trad. Antoni Vicens, México, Tusquets.
- ____ (1974), *El culpable*, seguido de *El Aleluya* y fragmentos inéditos, trad. Fernando Savater, Madrid, Taurus.
- Batis, Huberto (1989), *Estética de lo obscuro*, México, Universidad Autónoma del Estado de México.
- Baudelaire, Charles (1991), *Les fleurs du mal*, Paris, Flammarion.
- Baudrillard, Jean (1990), *De la seducción*, trad. Elena Benarroch, México, Red Editorial Iberoamericana (REI).
- Blanchot, Maurice (1969), *El espacio literario*, trad. Vicky Palant y Jorge Jinkis, Buenos Aires, Paidós.
- Body-Gendrot, Sophie y Kristina Orfali (1991), "¿Modelos extranjeros?", en Aries, Philippe / Georges Duby (dirs.), *Historia de la vida privada*, t. 10, trad. José Luis Checa Cremades, Buenos Aires, Taurus.
- Brown, Norman O. (1987), *Eros y Tánatos. El sentido psicoanalítico de la historia*, trad. Francisca Perujo, México, Joaquín Mortiz.
- Deleuze, Gilles (1972), *Proust y los signos*, trad. Francisco Monge, Barcelona, Anagrama.
- Deleuze, Gilles / Félix Guattari (1985), *El Antiedipo. Capitalismo y esquizofrenia*, trad. Francisco Monge, Barcelona, Paidós.
- Foucault, Michel (1996), *Historia de la sexualidad, II: El uso de los placeres*, trad. Martí Soler, México, Siglo XXI Editores.
- Hatzfeld, Helmut (1968), *Estudios literarios sobre mística española*, Madrid, Gredos.
- Klossowski, Pierre (1975), *La revocación del Edicto de Nantes*, trad. Michèle Alban y Juan García Ponce, México, Era.

- Kristeva, Julia (1988), *Historias de amor*, trad. Araceli Ramos Martín, México, Siglo XXI Editores.
- Lawrence, D.H. (1989), *Sexo y literatura*, trad. Francisco Cusó, México, Distribuciones Fontamara.
- Mann, Thomas (1984), *Doktor Faustus*, trad. Eugenio Xammar, México, Origen-Seix Barral.
- Marcuse, Herbert (1986), *Eros y civilización*, trad. Juan García Ponce, México, Origen-Planeta.
- Masters, William H. / Virginia E. Johnson (1976), *Crítica a las formas de sexualidad burguesa*, La entrevista de *Playboy*, mayo de 1968, Buenos Aires, Antigua Casa Editorial Cuervo.
- Musil, Robert (1973), *El hombre sin atributos*, vol. I, trad. José M. Sáenz, Barcelona, Seix-Barral.
- ____ (1965), *El hombre sin atributos*, vol. II, trad. José M. Sáenz, Barcelona, Seix-Barral.
- ____ (1973), *El hombre sin atributos*, vol. III, trad. Feliu Formosa, Barcelona, Seix-Barral.
- Nabokov, Vladimir (1983), *Lolita*, trad. Enrique Tejedor, Barcelona, Seix Barral.
- Nelli, René (1989), *Los cátaros. ¿Herejía o democracia?*, trad. F. García-Prieto, México, Ediciones Martínez Roca.
- Ortega y Gasset, José (1968), "Amor en Stendhal", en Stendhal, *Del amor*, Madrid, Alianza.
- Pandit Siva Kaliputra (1986), *Estética del sexo. India*, México, Anaya.
- Pavese, Cesare (1992), *El oficio de vivir*, trad. Ángel Crespo, México, Seix-Barral.
- Paz, Octavio (1998), *Obras completas, vol. 1: La casa de la presencia. Poesía e historia*, México, Círculo de Lectores/Fondo de Cultura Económica.
- ____ (1994), "El precio y la significación", en *Obras completas, 7: Los privilegios de la vista II. Arte de México*, México, Fondo de Cultura Económica.
- ____ (1996a), *La llama doble. Obras completas, 10: Ideas y costumbres II: Usos y símbolos*, México, Fondo de Cultura Económica.
- ____ (1996b), *Obras completas, 11: Obra poética, I (1935-1970)*, México, Círculo de Lectores / Fondo de Cultura Económica.
- Rougemont, Denis de (1986), *El amor y Occidente*, trad. Antoni Vicens, Barcelona, Kairós.
- ____ (1967), *Les mythes de l'amour*, Paris, Gallimard.
- Salomón (1969), *El cantar de los cantares*, trad. literal y declaración del *Libro de los Cantares* hecha por Fr. Luis de León, Madrid, Espasa-Calpe.
- Vincent, Gérard (1991), "Una historia del secreto?", en Aries, Philippe / Georges Duby (dirs.), *Historia de la vida privada*, trad. José Luis Checa Cremades, Buenos Aires, Taurus.

Recibido: 7 de enero de 2004

Aceptado: 11 de febrero de 2004

Juan Antonio Rosado Zacarías. Doctor en Letras por la Universidad Nacional Autónoma de México. Narrador, ensayista y crítico literario. Premio de Ensayo "Juan García Ponce", otorgado por el Instituto de Cultura de la ciudad de México en 2000. Medalla "Alfonso Caso", otorgada por la UNAM en 1998. Becario "Jóvenes creadores" del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes (FONCA). Es autor del libro de cuentos *Las dulzuras del Limbo*, Praxis, 2003; y de cuatro libros de ensayos, entre ellos: *Erotismo y misticismo*, Universidad de la Ciudad de México, Praxis, 2004; *El engaño colorido*, Universidad de la Ciudad de México,

2003; del manual *Cómo argumentar. Antología y práctica*, Praxis, 2004. Además ha publicado cuento, ensayo, poesía y crítica literaria en más de seis libros colectivos o antologías. Ha sido colaborador en más de diez revistas literarias y en diversos suplementos culturales. Ha sido profesor de literatura en más de diez instituciones del país.



Contribuciones desde Coatepec

ISSN: 1870-0365

rcontribucionesc@uaemex.mx

Universidad Autónoma del Estado de México
México

Barrios Luna, Marcela
Y la historia se repite... (Ibargüengoitia y Bajtín)
Contribuciones desde Coatepec, núm. 7, julio-diciembre, 2004, pp. 45-64
Universidad Autónoma del Estado de México
Toluca, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28100703>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Y la historia se repite... (Ibargüengoitia y Bajtín)

MARCELA BARRIOS LUNA¹

Resumen. *Los relámpagos de agosto*, parodia de la realidad política mexicana entre 1928 y 1929, escrita por Jorge Ibargüengoitia, es analizada desde las teorías bajtinianas relacionadas con el dialogismo. Asimismo, hace una comparación entre situaciones planteadas en la novela y situaciones actuales de la realidad, y pretende demostrar que algunos aspectos políticos no han cambiado, a pesar de acercarse el centésimo aniversario del inicio de los hechos revolucionarios.

Palabras clave: Revolución Mexicana, parodia política.

Abstract. *Los relámpagos de agosto*, parody of the political Mexican reality between 1928 and 1929, written by Jorge Ibargüengoitia, is analyzed from the bajtin's theories related to the dialogism, but at the same time doing a comparison in time, which demonstrates that the things have not changed, in spite of the approach to the hundredth anniversary the beginning of the revolution.

Keywords: mexican revolution, political parody.

Jorge Ibargüengoitia nació en 1928 en la ciudad mexicana de Guanajuato. Se inició como escritor en 1954 con una comedia teatral: *Susana y las jóvenes*. En 1947 viajó por Europa. Hizo la carrera de Arte Dramático en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM (antes había estudiado en la Facultad de Ingeniería). En 1951 participó en un taller de composición dramática que impartía Rodolfo Usigli. Fue becario, en 1955, de la Fundación Rockefeller y del Centro Mexicano de Escritores entre 1954 y 1956. Su primera novela fue *Los relámpagos de agosto*, escrita en 1964, que recibió el premio Casa de las Américas. También obtuvo el Premio Novela México por su obra *Estas ruinas que ves*. Nunca estuvo vinculado a grupo o generación determinados. Siempre mantuvo un carácter independiente y no quiso formar una escuela. De hecho, perteneció a la clase media, pero el mismo Jorge Ibargüengoitia declaraba:

¹ Facultad de Humanidades de la Universidad Autónoma del Estado de México. Correo electrónico: barrios58@yahoo.com.mx

...aborrezco mi clase social. La burguesía tiene mucha fuerza porque significa lo que cualquier ser humano como animal necesita: buen abrigo, buen techo, buena comida, buena bebida, una cama decente. Pero de ahí a pertenecer a una clase social que sólo defiende eso, pues no. Creo que estoy por encima de la lucha de clases. Me parece que la clase media es aborrecible (García, 1979: 200).

La afirmación de Ibargüengoitia de estar “por encima de la lucha de clases” constituye en sí una posición política. No se puede ser neutral y me parece que en su novela *Los relámpagos de agosto* por el hecho de parodiar a la clase política en México, no sólo denuncia, sino descorre el velo que oculta muchas situaciones. Veamos algunas afirmaciones de Ibargüengoitia:

Tenemos la misma situación desde hace años: el pueblo sufre siempre, el gobierno trata de protegerlo y los ricos son los malos. Los papeles no han cambiado nunca. Al pueblo se le han hecho toda clase de favores pero siguen siendo el pueblo y se sigue muriendo de hambre. Los ricos siguen siendo los malos pero también siguen siendo los ricos. El gobierno sigue siendo el protector del pueblo... y así es la vida. El señor que tiene un puesto en el gobierno cobra por defender al pueblo y el pobre paga porque lo defienda el rico que está en el gobierno. Es un teatro. Pero no tiene nada que ver con lo que podría llamarse política. Sería política si, por ejemplo los problemas se discutieran públicamente, como se hace en otros países (Asiain, 1985: 48).

La política no se ejerce de la misma forma en todos los países ni con el mismo grado de corrupción. “Lo que me interesa al escribir es presentar la realidad según la veo” (Asiain, 1985: 48). De esta forma se reconoce tácitamente que tiene su propia visión de la realidad.

El humor es algo que yo, francamente, no sé qué es. El término “comedia”, por ejemplo, significa algo muy concreto: se trata de una visión parcial de las cosas, de ver la realidad en un sesgo en el que todo es un poco grotesco y presentarlo como tal. La comedia supone una simpatía del escritor con el personaje. La sátira es otra cosa: el escritor odia al personaje y lo presenta como una piltrafa. Pero el humorismo no sé qué es. Un señor que hace chistes no me interesa. Sé que ciertas cosas son chistosas, y puedo hacer chistes, pero no me parece que la risa tenga ninguna virtud ni que sea una ventaja. Lo que a mí me interesa es presentar la realidad y si la presentación puede ser chistosa está muy bien. Pero hacer un chiste de algo que no es chistoso me parece grotesco. La muerte de alguien, la muerte de un canalla por ejemplo, puede ser la cosa más chistosa del mundo. Pero

en el momento en que la presentas así pierdes una perspectiva, la escena queda fuera de su dimensión particular (Asiain, 1985: 49).

En *Las muertas*, por ejemplo, aparecen las hermanas Baladro, que son unas madrotas. Estas señoras, a pesar de lo que hayan hecho, tienen que tener una vida personal que sea simpática, porque no es posible vivir sin producirle simpatía a alguien. Siempre hay algún momento de ternura o de pasión interesante, o de otras cosas. Pero todo tiene que estar justificado, tiene que haber un equilibrio. Supongo que nadie en el mundo es totalmente despreciable y si tomo un personaje lo que me interesa es justificarlo. Por eso no creo en la burla (Asiain, 1985: 49). Tengo dos corrientes. Hay una parte de mí que quisiera contar mi vida y hay otra que quisiera contar cosas que no tienen nada que ver con mi vida. La mayor parte de mis novelas se refieren a esa clase de cosas. Por ejemplo, hay una en la que el personaje principal es un general revolucionario mexicano, que no soy de ninguna manera. En otra hay un tirano, y el asesino de un tirano, que tampoco soy (y espero no tener que serlo). En otra hay madrotas y prostitutas. Todo eso lo veo de lejos, apenas tiene que ver con mi vida (Asiain, 1985: 49).

Y es cierto, difícilmente se puede asumir la posición de quien nunca se ha sido, de penetrar en sus sentimientos, en su visión y perspectiva de la realidad. En el caso de *Los relámpagos de agosto*, el autor parece narrar desde afuera, pero por ser una novela basada en hechos históricos, le permite estar dentro de sus personajes; los hace decir lo que nunca hubieran manifestado —por lo menos en público— acerca de lo que realmente piensan. Por ejemplo, cuando el general Trenza alude a la conveniencia de cambiar la Constitución.

Podría afirmar también que todos los personajes practican el dialogismo interno, ya que en sus diálogos muestran lo que nosotros como lectores, como personas, siempre hemos pensado que dirían.

Mientras uno escribe un libro es su primer lector y cree que los que van a leer el libro van a leer su libro. No es cierto. Cada persona va a imaginar algo diferente y en el fondo uno sabe que escribió un libro que no es posible, que nadie volverá a leer. Es lo fantástico de la escritura (Asiain, 1985: 50).

Y esto también constituye lo fantástico en la coincidencia con Bajtín:

Al autor no sólo le importa la manera individual y típica de pensar, vivenciar y hablar, sino ante todo, la manera de ver y de representar: ésta es su función directa como narrador en sustitución a la del autor. Por eso la actitud de éste, igual que en la estilización, penetra en el interior de la palabra del narrador volviéndolo más o

menos convencional. El autor no nos muestra su discurso (como el discurso objetivado del personaje) sino que lo utiliza para sus fines desde el interior, obligándonos a percibir claramente la distancia entre sí mismo y esta palabra ajena (Bajtún, 1986: 266).

A continuación, Ibargüengoitia narra parte de su vida:

Nací en 1928 en Guanajuato, una ciudad de provincia que era entonces casi un fantasma. Mi padre y mi madre duraron veinte años de novios y dos de casados. Cuando mi padre murió yo tenía ocho meses y no lo recuerdo. Por las fotos deduzco que de él heredé las ojeras. Ya adulto encontré una carta suya que yo podría haber escrito. Al quedar viuda mi madre regresó a vivir con su familia y allí se quedó. Cuando yo tenía tres años fuimos a vivir en la capital; cuando tenía siete, mi abuelo, el otro hombre que había en la casa, murió. Crecí entre mujeres que me adoraban. Querían que fuera ingeniero: ellas habían tenido dinero, lo habían perdido y esperaban que yo lo recuperara. En ese camino estaba cuando un día, decidí abandonarla para dedicarme a escribir. Las mujeres que había en la casa pasaron quince años lamentando esta decisión —“lo que nosotras hubiéramos querido”, decían “es que fueras ingeniero”—, más tarde se acostumbraron (Ibargüengoitia, 1985c: 51).

El éxito de *Los relámpagos de agosto* ha sido más prolongado que estruendoso. No me permitió ganar dinerales pero cambió mi vida, porque me hizo comprender que el medio de comunicación adecuado para un hombre insociable como yo es la prosa narrativa: no tiene uno que convencer a actores ni a empresarios, se llega directo al lector, sin intermediarios, en silencio, por medio de hojas escritas que el otro lee cuando quiere, como quiere, de un tirón o en ratitos y si no quiere no las lee, sin ofender a nadie —en el comercio de libros no hay nada comparable a los ronquidos en la noche de estreno (Ibargüengoitia, 1985c: 51).

Los relámpagos de agosto es una recreación artístico-literaria de la historia política y económica de México en 1928. Está estructurada en 20 capítulos, un epílogo y una nota explicativa y el personaje principal, por llamarlo de alguna manera, es originario de la ciudad de Vieyra, Viey.

El protagonista es el General Brigadier José Guadalupe Arroyo (grado obtenido a los 38 años); pertenece a la clase media; tiene una esposa, Matilde, y una numerosa prole, y a lo largo de la novela trata de obtener un puesto político a como dé lugar. El argumento gira en torno a cuantas peripecias se le ocurren para conseguirlo, hasta un levantamiento militar.

Marcos González es otro de los personajes, también general de división, muy amigo de don Lupe, pues pelearon en la batalla de Santa Fe (que, por cierto, perdieron).

La novela es una parodia de la vida política de México en 1928. Bajtún dice que en la parodia el autor habla mediante la palabra ajena, introduce en tal palabra una orientación de sentido absolutamente opuesto a la orientación ajena, entra en hostilidades con su dueño primitivo y lo obliga a servir a propósitos totalmente opuestos (v. Bajtún, 1986: 270).

Al discurso de la parodia le es análoga toda utilización irónica y en general ambivalente de la palabra ajena, porque también en estos casos la palabra ajena se aprovecha para transmitir propósitos que le son hostiles. En el discurso cotidiano esta utilización de la palabra ajena es muy corriente, sobre todo en el diálogo, donde un interlocutor, muy frecuentemente repite al pie de la letra las afirmaciones del otro aportándole una nueva valoración y acentuándola, a su manera, con duda, indignación, ironía, burla, mofa, etc. (Bajtún, 1986: 271).

Veamos cómo empieza la novela:

¿Por dónde empezar? A nadie le importa en dónde nací, ni quiénes fueron mis padres, ni cuántos años estudié, ni por qué razón me nombraron Secretario Particular de la Presidencia, sin embargo, quiero dejar bien claro que no nací en un petate, como dice Artajo, ni mi madre fue prostituta, como han insinuado algunos, ni es verdad que nunca haya pisado una escuela, puesto que terminé la Primaria hasta con elogios de los maestros; en cuanto al puesto de Secretario Particular de la Presidencia de la República, me lo ofrecieron en consideración de mis méritos personales, entre los cuales se cuentan mi refinada educación, que siempre causa admiración y envidia, mi honradez a toda prueba, que en ocasiones llegó a acarrearle dificultades con la Policía, mi inteligencia despierta, y sobre todo, mi simpatía personal, que para muchas personas envidiosas resulta insoportable (Ibargüengoitia, 1964: 11).

El autor-narrador se burla de la clase política en general; trata de desmentir lo que probablemente es muy cierto acerca de su origen y enuncia una serie de virtudes que aluden a todos los políticos (en particular a aquellos que surgieron de la Revolución): tuvo una educación: terminó la Primaria —con mayúscula— y hasta con elogios (habría que recordar aquí al “Dr. Fausto Alzatti”); cuando alguien llega a ocupar un puesto piensa que es por sus méritos y en realidad es por amiguismo, entonces se justifica diciendo que la Secretaría Particular de la Presidencia se la ofrecieron por sus méritos personales, su honradez a toda prueba (que hasta

la fecha hay que buscarla con lupa y ni así se encuentra en los políticos mexicanos) y que a pesar de eso le llegó a causar dificultades con la Policía (también con mayúscula); su inteligencia despierta (todos los políticos se sienten inteligentes, con lo cual ya lo están negando de principio). Más adelante nos enteramos que no fue por sus méritos personales sino porque el General de División Marcos González le debía dos favores.

En respuesta al ofrecimiento de la Secretaría Particular de la Presidencia, don Lupe contesta: “En este puesto podré colaborar de una manera más efectiva para alcanzar los fines que persigue la Revolución”. Nuevamente el autor-narrador se burla, ironiza con un trasfondo político sobre lo que hasta hace poco era la bandera de los priistas: todo lo hacían en aras de la Revolución, revolución tan llevada y traída por ellos, que ahora nadie les cree.

También encontramos en este párrafo lo que Bajtín llama la cuestión dialógica, pues existe una discusión entre dos juicios, están encarnados para que así pueda existir una relación dialógica. Y lo notamos en el diálogo de don Lupe al referirse a sus méritos y cuando hace su “disquisición filosófica” sobre su origen. Quien lee estas líneas y tiene un mínimo conocimiento de la historia de México reacciona con risa. La palabra del autor-narrador posee una doble orientación: como palabra normal, hacia el objeto del discurso y como otra palabra, hacia el discurso ajeno.

El general Macedonio Gálvez, otro personaje, correteó a González en 1917, y cuando González llegó al poder, en 1920, lo expulsó del país. Don Lupe lo encuentra en el tren cuando se dirige de Ciudad Juárez a México, y le roba su pistola; lo más gracioso, sin embargo, es que ya se encontraba en Lechería cuando se enteró que ha terminado su carrera política, pues aquel que lo acababa de nombrar su Secretario Particular había muerto:

Yo estaba rasurándome en el gabinete, cuando alguien pasó diciendo: “Se murió el viejo”. Yo no hice caso y seguí rasurándome, cuando entró el auditor con un periódico que decía: “MURIÓ EL GENERAL GONZÁLEZ DE APOPLEJÍA”. Y había un retrato de González: el mero mero, el héroe de mil batallas, el Presidente Electo, el Primer Mexicano... el que acababa de nombrarme su Secretario Particular.

No sé por qué ni cómo fui a dar a la plataforma, con la cara llena de jabón, y desde allí vi un espectáculo que era apropiado para el momento: al pie de una barda estaba una hilera de hombres haciendo sus necesidades fisiológicas (Ibargüengoitia, 1964: 17).

Nuevamente la utilización de la ironía: en primer lugar, la muerte del candidato electo y después la comparación de los sentimientos de don Lupe con la fila

de hombres orinando. Don Lupe, que ya se sentía hombre muy importante, de repente ya no es más que un general retirado. Desde la estación de ferrocarril, don Lupe se comunica con su amigo Germán Trenza (se sobreentiende que debiera ser “Transa”):

— Se nos murió el viejo, Lupe!— me dijo a través de la línea, casi sollozando. Él iba a ser Ministro de Agricultura y Fomento.

— ¿Qué hacemos?

En la respuesta, el autor nuevamente utiliza el sarcasmo:

— Ir al velorio. Allí veremos qué se puede arreglar (Ibargüengoitia, 1964: 19).

En el velorio, el narrador alude al sinnúmero de siglas que en México tenemos para denominar a organizaciones de todo tipo, mismas que son más chistosas pronunciadas que escritas:

Hasta la fecha no sé cómo pudimos entrar en la casa: nos abrimos paso entre los Burócratas, entre los Representantes del F.U.C., del P.U.C. y del M.U.C..., entre el Honorable Cuerpo Diplomático, entre los Aspirantes a Ministros de Estado, entre los Compañeros de Armas del Difunto, entre los Allegados, entre los Parientes, hasta que llegamos junto a la inconsolable viuda, que nos estrechó contra su corazón como a dos hermanos (Ibargüengoitia, 1964: 21).

El carnaval visto por Bajtín en la oposición entre lo serio y lo no serio, lo autoritario/de convicción interna, lo oficial/familiar o íntimo, culto/de plaza pública; se manifiesta a través de toda esta novela. Lo que para los personajes y aún más para quienes realmente han vivido una situación similar, pudiera ser hasta trágico, para el lector o destinatario es cómico, y esto es precisamente lo que el autor-narrador trata de desarrollar en su discurso literario: cómo, a través de la ironía, de la risa, siempre utilizando la parodia, presenta situaciones que en la triste realidad sí sucedieron o suceden.

Cuando don Lupe (hasta el nombre da risa y tiene mucho significado sobre todo en México) llega hasta la viuda, ésta le confiesa que el último “pensamiento” fue para él:

—¿Sabe cuáles fueron sus últimas palabras?

Yo le contesté que no, naturalmente. Entonces, ella me hizo una de las revelaciones más sorprendentes que haya yo tenido nunca:

—“Quiero que mi reloj de oro sea para Lupe”. Para usted.

No puede expresar la emoción que me produjeron estas palabras. ¡El último pensamiento del Jefe fue para mí! Mis ojos se rasaron de lágrimas [!!!]. Pero entonces, ella me dio la noticia que tan tristes consecuencias habría de tener:

—Yo se lo hubiera dado a usted con mucho gusto, porque yo, a Marcos... —aquí dijo que lo quería mucho y todo eso—. Pero ¿sabe qué? ¡Se lo han robado!

—¿Quién fue? —pregunté lleno de indignación.

Entonces, ella me explicó que había dejado el reloj sobre el buró de la recámara y que el único que había entrado en ese lugar (a recoger la espada) había sido Pérez H. Me refiero exactamente al Pérez H. que todos conocemos: Eulalio Pérez H. Que la viuda de Marcos González me dijo que Eulalio Pérez H. se robó el reloj de oro que su marido me había legado con sus últimas palabras, estoy dispuesto a jurarlo ante cualquier tribunal: hasta el Divino (Ibargüengoitia, 1964: 22-23).

Más adelante, se verán las consecuencias, para el protagonista, de este supuesto hurto.

Para decidir qué hacer respecto al nombramiento del Presidente, se reunieron el Gordo Artajo, Trenza, Canalejo, Juan Valdivia, Ramírez, Anastasio Rodríguez y Augusto Corona. Se alude al Gordo Artajo no sólo por su peso en kilogramos sino, además, por el peso político que puede tener y, de hecho, tiene, quien comanda siete mil hombres con cuatro regimientos de artillería.

Se comienza a discutir el asunto. En primer lugar, se dice que la Constitución establece que cuando fallece el Presidente de la República, el Ministro de Gobernación queda investido automáticamente del cargo; pero (siempre hay un pero que vale) Canalejo, cuyo apodo era el Camaleón (quién sabe porqué) aclaró que dicha disposición era cuando el Presidente estaba en funciones, y en este caso en particular el General González era el Presidente electo, que no es lo mismo. Viene un diálogo interesante por la forma como se presenta: la Constitución es cambiada y violentada según los intereses particulares de quienes tienen el poder.

Y nuevamente la parodia:

Hubo un silencio, que interrumpió el Gordo Artajo diciendo:

—Bueno, es lo mismo.

—No, mi General —contestó el Camaleón—, yo quisiera que se leyera el Inciso N. El inciso N resultó tener un significado completamente diferente: cuando fallece el Presidente Electo, la Cámara nombra un Interino que tiene por función convocar a nuevas elecciones.

Hubo otro silencio. Esta vez, lúgubre, porque una cosa era tener a Valdivia, que era de confianza, de interino y otra muy distinta, estar en manos de la Cámara, que es muy espantadiza y hace lo que le ordena el primer bragado que se presenta.

—Propongo —dijo Canalejo, el Ave Negra del Ejército Mexicano— que el compañero Anastasio Rodríguez, que es diputado, promueva en la Cámara la anulación del Inciso N por improcedente.

—¿Improcedente por qué? —preguntó Anastasio, que nunca habló en la Cámara por timidez. No sé cómo llegó a General de Brigada.

—*Improcedente porque no nos conviene*, muchacho —le explicó Trenza con mucha calma (Ibargüengoitia, 1964: 27).²

Y para muestra de lo que es la democracia en México:

... cuando estábamos más entusiasmados, notamos que (...) Valdivia, estaba de pie, pidiendo silencio, listo para otro discurso:

En resumidas cuentas, que todo podía arreglarse por la buena. Acabó haciendo unas consideraciones que nos dejaron a todos muy impresionados: ¿Quién decide quién es Presidente? El anterior. ¿Quién es el anterior? El Interino. ¿Quién nombra al Interino? La Cámara. ¿Quién domina la Cámara? Vidal Sánchez. Entonces, es muy fácil. Basta con arreglar con Vidal Sánchez un interinato para Artajo, quien a su vez arreglará una elección con mayoría aplastante para un servidor de ustedes (Ibargüengoitia, 1964: 29).

En el entierro del General González, ocurrió otra desgracia a don Lupe. Había oscurecido y llovido cuando el cortejo llegó al panteón. Como el terreno estaba resbaladizo, un pelotón cargó al féretro. Al concluir la ceremonia, debido a la oscuridad, Don Lupe no encontraba la salida y fue cuando tropezó con Pérez H. Aprovechó para reclamarle el robo del reloj de oro, y como Pérez H. lo negó, don Lupe lo aventó a una fosa recién cavada. Con lo que no contaba don Lupe, era que al día siguiente nombrarían Presidente Interino a Pérez H.

El “círculo de amigos” se reunió nuevamente para continuar sus planes sobre la Presidencia. Con el fin de forzar el apoyo de Vidal Sánchez, Presidente en funciones, Juan Valdivia propone usar como argumento una correspondencia donde Vidal Sánchez expresaba sus dudas sobre la necesidad, la utilidad y el futuro de la Revolución, con lo que no contaban era con la “condición” de la “Cámara”: “¡Qué lejos estábamos de suponer que unas horas antes, la Cámara, *como una prostituta*, había cedido a las bestiales exigencias del Déspota!” (Ibargüengoitia, 1964: 37).³

Nuevamente encontramos la utilización del sentido que es más importante que el significado en el análisis de Bajtún. Con estas tres palabras: como una

² Las cursivas son mías.

³ Las cursivas son mías.

prostituta, Ibargüengoitia resume la historia de la Cámara en México. En la actualidad funciona igual —aunque haya partidos de “oposición”—, debido a que los priistas tienen mayoría.

La noticia de la designación de Eulalio Pérez H. como presidente interino cambiaba los planes que habían elaborado. Para don Lupe, la noticia era casi una sentencia de muerte (política); en algunos casos tal vez sí represente la verdadera muerte, pues la política lo es todo en la vida de algunos hombres. Así, se encuentra un dialogismo externo (utilizado a lo largo de toda la novela): “Sentí que me moría. Los demás, que no sabían mi desgracia, empezaron a discutir un nuevo plan de acción” (Ibargüengoitia, 1964: 39), que incluía matar a Vidal Sánchez (cualquier parecido con la actualidad es pura coincidencia):

—Vamos a matar a Vidal Sánchez antes que termine su periodo, para que Juan sea nuestro presidente —dijo Trenza, que de todos los allí presentes, era el que más méritos tenía en campaña.

—Estamos en julio, Germán, y en diciembre toma posesión Pérez H. En cinco meses no se hace nada —dijo Juan Valdivia, que era muy sensato, realmente. Lo que sea de cada quién.

—Es mucha dificultad —dijo Artajo.

—Además, hay que tener en cuenta la opinión pública —dijo el Camaleón, que era el único que se preocupaba de estas cosas. Es por eso, quizá, que hasta la fecha sigue estando en el candelero (Ibargüengoitia, 1964: 40).

Cuando Germán descubrió y preguntó a don Lupe qué le pasaba y él les contó lo de las últimas palabras del muerto y el robo del reloj de oro, le sugirieron que pidiera perdón a Pérez H., ante lo cual se negó “indignado”: “—Yo nunca le pediré perdón a un vulgar ratero —dije con dignidad—. Además, sería poner en entredicho a la señora de González” (Ibargüengoitia, 1964: 40).

Y siguieron sucediéndose las desgracias para el personaje principal: la viuda de González le envió el reloj de oro y una carta donde explicaba que lo había encontrado en uno de los cajones de una cómoda. Ante la situación, don Lupe no pudo dormir y hasta pensó en la posibilidad de disculparse con Pérez H. y darle explicaciones. Sus planes se desvanecieron cuando Vidal Sánchez lo citó para una entrevista en el Castillo de Chapultepec, y en ella le recriminó su ausencia en el “besamanos” y le propuso ser su “amigo”:

—Yo quiero ser tu amigo, Lupe —me dijo. Textual. Y luego—: Sé que eres un hombre sincero y quiero que me digas qué opinas de Eulalio.

Con el valor civil que siempre me ha caracterizado, le dije lo siguiente:

—Ese individuo no tiene energía bastante (con otras palabras) ni es simpático, ni tiene méritos en campaña. Nunca podrá hacer unas elecciones libres.

—*¿Pero quién quiere elecciones libres?* —Textual.

Yo me escandalicé ante tanto descaro y le recordé los postulados sacrosantos de la Revolución. Él me contestó:

—*¿Sabes a dónde nos conducirían unas elecciones libres? Al triunfo del señor Obispo. Nosotros, los revolucionarios verdaderos, los que sabemos lo que necesita este México tan querido, seguimos siendo una minoría. Necesitamos un gobierno revolucionario, no elecciones libres.*

Reconozco que no supe qué contestar. Él siguió su perorata:

—Para alcanzar este fin —es decir, el gobierno revolucionario— debemos estar unidos y nadie se une en torno a una figura enérgica, como tú, como yo, como González; *necesitamos alguien que no tenga amigos, ni enemigos, ni simpatías, ni planes, ni pasado, ni futuro: es decir, un verdadero fantoche. Por eso escogí a Eulalio* (Ibargüengoitia, 1964: 44-45).⁴

Nuevamente se encuentra el uso de la ironía: alude a la Revolución en el sentido que siempre se ha hecho, todo se hace en nombre de ella y por el bien del país; todo en abstracto, queriendo ocultar siempre los verdaderos objetivos: mantenerse en el poder y enriquecerse a su costa. La alusión al Obispo permite apreciar el poder real que tiene la Iglesia en México. Finalmente, como ha ocurrido en muchas ocasiones, se elige a un fantoche (otra vez, cualquier coincidencia con la realidad actual en México, es pura coincidencia).

A una pregunta expresa de Vidal Sánchez, reaparece la parodia en la respuesta de don Lupe:

Yo le contesté que siempre y cuando lo que iba a pedirme no lesionara mis principios de hombre moral y mi integridad de militar revolucionario y mexicano (Ibargüengoitia, 1964: 45).⁵

Vidal Sánchez nombra a don Lupe Jefe de la Zona Militar de Vieyra, pues no confiaba en Cenón Hurtado de quien tenía sospechas de estar coludido con los cristeros aunque, a decir verdad, en Vieyra no había cristeros. El nombramiento fue arreglado con Melitón Anguiano, Ministro de Guerra y Marina, otro fantoche. Quienes antes eran sus amigos se habían convertido en sus enemigos, pues habían ido a felicitar a quien no debían: a Pérez H.; y así los enviaron a diferentes

⁴ Las cursivas son mías.

⁵ Las cursivas son mías.

lugares del país y hay que hacer notar la comicidad con que se refiere a esta situación:

Poco después me enteré de que mis antiguos compañeros y ahora enemigos, que tenían mando de tropas, es decir, Germán Trenza, Artajo, Canalejo y el Camaleón habían sido destituidos o trasladados al otro extremo del país: Artajo a Chiapas, *en donde no había tropas*, Trenza a Quintana Roo, *en donde no había ni gente*, Canalejo a Puruándiro, *en donde no conocía a nadie*, y el Camaleón a Pochutla *en donde los habitantes mataban a montones*. Sólo quedaron en sus puestos Anastasio y Juan Valdivia. *¿Y de qué sirven un diputado y un ministro de Gobernación sin tropas?* (Ibargüengoitia, 1964: 46)⁶

Para don Lupe, las desgracias volvieron al nombrar Jefe del Estado Mayor de la Zona a Cenón Hurtado. Así ocurre “El Caso Pereira” que le valió el calificativo de “sanguinario” en *El Sol de Vieyra*. Sucedió que don Lupe fue informado de la impresión de propaganda cristera en su ciudad, Vieyra, y le es ordenado que tome las medidas pertinentes. La propaganda católica era impresa en los Talleres Gráficos del Estado y se guardaba en la bodega de un gachupín llamado Don Agustín Pereira. Después varias aprehensiones llegaron a la tienda de Don Agustín quien no solamente se había burlado de la investidura de don Lupe, sino que lo agarró a “longanizazos” (o sea, le pegó con un pedazo de longaniza) y le echó encima una jarra de vidrio con chiles en vinagre. Don Lupe ordenó su detención, que le hicieran un juicio sumario y lo pasaran por las armas, lo cual, al cumplirse, armó un gran lío por tratarse de un español. Nos encontramos aquí con algo muy interesante: cómo se valora a los extranjeros en México, más que a los propios mexicanos:

Si Don Agustín Pereira *hubiera sido mexicano, nadie hubiera dicho nada, pero como era español, se armó un escándalo terrible*, a pesar de que después encontramos, en efecto, la propaganda de marras, que había sido impresa en papel que era propiedad del Estado, con tinta del Estado y en las prensas del Estado (Ibargüengoitia, 1964: 49).⁷

Cuando Pérez H. (el del famoso reloj de oro) toma posesión en diciembre, don Lupe ya tenía preparada su renuncia, que no fue aceptada porque Vidal Sánchez fue nombrado Ministro de Guerra y Marina y comienza otra racha de desventuras

⁶ Las cursivas son mías.

⁷ Las cursivas son mías.

en donde tanto Melitón Anguiano, Pérez H. y don Lupe además de ser fantoches son manejados por Vidal Sánchez. Sucede entonces que a la ciudad de Vieyra llegan cristeros provenientes de cuatro estados limítrofes. Se preparó un plan para terminar con ellos, pero no tuvo tanto éxito debido a que Vidal Sánchez no cubrió la retaguardia. Los cristeros entraron como “Pedro por su casa” se llevaron al gobernador, y don Lupe tuvo que negociar e intercambiar a los cristeros detenidos por el Señor Gobernador.

Nos encontramos en enero y febrero de 1929. Al comenzar la lucha electoral, en marzo de 1929, se publicó el testamento político de González —que después descubrirían que era apócrifo. Pero mientras se descubría esto, sus antiguos compañeros y ahora enemigos se colocaron en una buena situación: Juan Valdivia renunció al Ministerio de Gobernación y la Cámara lo habilitó como Candidato a la Presidencia de la República. El Gordo Artajo regresó a la Zona Militar de Sonora, Trenza a la de Tamaulipas, Canalejo fue nombrado Comandante de la Plaza de Monterrey y el Camaleón se fue a Irapuato como Jefe de Operaciones. Así el panorama, resultó que todos ellos eran dueños del norte del país.

Nuevamente la utilización de las siglas y el sarcasmo del autor:

Para apoyar la candidatura de Juan Valdivia, se formaron dos partidos: el PRIR (*Partido Reivindicador de los Ideales Revolucionarios*), presidido por el Gordo Artajo, y el PIIPR (*Partido de los Intelectuales Indefensos Pero Revolucionarios*), y presidido por el famoso escritor y licenciado (y también general de división) Giovanni Pittorelli, que, a pesar de su nombre, era mexicano por los cuatro costados (Ibargüengoitia, 1964: 55-56).⁸

Nótese el pitorreo con Pittorelli.

En referencia al papel del ejército dentro de la política mexicana y de muchas otras o casi todas en todos los países, se anota lo siguiente: (finalmente Vieyra es una ciudad importante y por lo tanto no les convenía a sus enemigos de ahora hacerlo a un lado, así que vuelven a ser amigos como antes, hubo reconciliación, y de esta forma le proponen que entre a formar parte del PRIR)

—Pero Juan Valdivia no es un personaje popular —les dije.

—*Precisamente por eso necesita el apoyo del Ejército* —me contestaron. Con mucha razón (Ibargüengoitia, 1964: 57).⁹

⁸ Las cursivas son mías.

⁹ Las cursivas son mías.

Las promesas de los candidatos, otra parodia:

Al final del banquete que le ofreció (a Juan Valdivia) dijo otro discurso, en el *que prometió Créditos y Seguridad en el Campo*, que le valió una estruendosa ovación de los allí presentes. *Juan era un candidato perfecto, tenía una promesa para cada gente y nunca lo oí repetirse... ni lo vi cumplir ninguna, por cierto* (Ibargüengoitia, 1964: 59-60).¹⁰

La repartición de puestos entre los cuates, algo muy peculiar de la política mexicana (al estilo del PRI, claro está), como si aquellos fueran de su propiedad, como si todo el país fuera de su propiedad, se sienten con el derecho de esto y más, solamente porque estuvieron en la ya “famosa” Revolución Mexicana que a final de cuentas ni revolución fue, sino solamente una parodia más de lo que debiera ser una verdadera revolución:

—¿Y a mí qué me toca? —les pregunté.

—¿Qué quieres? —dijo Germán.

—Comunicaciones, como ya habíamos quedado.

—Es un Ministerio muy peleado —me dijo Germán. —Habrá que eliminar gente, entonces —repuse.

—Eso mismo digo yo —dijo Trenza, con todo y que a él le habían respetado Gobernación. Entonces, yo me volví a Anastasio, que, como ya he dicho, era muy callado, y le pregunté: —¿Y a ti, qué te tocó?

Él se quitó el sombrero y se rascó la cabeza, y me explicó que le habían prometido hacer todo lo posible porque saliera electo *Presidente Municipal de Ciudad Gárrulo Cueto*, que era su tierra natal. Yo me indigné.

—¿Cómo es posible que después de tantos años de *lucha abnegada* te den de recompensa la *Presidencia Municipal de un pueblo rabón*?

—Anastasio era el Vencedor de Zapopan. Había ganando la batalla contra el Tuerto, que tenía fuerzas muy superiores y ahora lo tenían relegado a segundo término, nomás porque no era parlanchín—. Protesta —le dije—. Si no lo haces por ti, hazlo por el honor del Ejército. —Así lo pensaba yo. Él no me contestó nada (Ibargüengoitia, 1964: 65).¹¹

Vidal Sánchez quería unificar a los revolucionarios en un solo partido que sería nombrado como el PU y se habían fundido las siguientes organizaciones: el

¹⁰ Las cursivas son mías.

¹¹ Las cursivas son mías.

PUC, el FUC, el MUC, el POP, el MFRU, el CRPT, y el SPQR y también se buscaba el apoyo del PRIR y del PIIPR.

Juan Valdivia decide hacer un banquete en su mansión de Cuernavaca para rematar su campaña política y aquí nos encontramos con una crítica a las casas de los políticos mexicanos en general:

La casa, construida con dinero de *procedencia desconocida*, era del más puro estilo andaluz. Nadie supo nunca cuántas habitaciones tenía, pero eran muchas; tenía un *patio con una fuente (copia de la de Don Quijote, en Chapultepec)*, unas *pérgolas*, un enorme jardín; alberca y un *baño ruso capaz de dar cabida a setenta personas* (Ibargüengoitia, 1964: 71).¹²

Además de criticar el “buen gusto” para construir una casa, existe el diálogo oculto cuando menciona que el dinero con el que fue construida era de procedencia desconocida, pues todos sabemos muy bien de dónde provienen los capitales de los políticos.

Otra vez le vuelven a pedir a don Lupe que se disculpe con Pérez H. por lo del reloj, lo del panteón, etc., y al fin logran convencerlo. Al ir a la casa de Pérez H. —también en Cuernavaca— le notifican que el susodicho no está y aunado a esto habían tenido la noticia de la presencia de militares en la carretera; motivo por el cual se alarman y comienzan a elucubrar un plan para huir de esta emboscada. Lo que había sucedido era que Pittorelli (que por cierto no había llegado a la reunión) fue aprehendido por haber redactado el testamento político de González; además de haber confesado que este grupo de generales le habían pagado para que lo hiciera. Así, todos los generales reunidos en Cuernavaca fueron acusados de confabulación, de levantamiento en armas y de que habían sido apresados (todo esto salió en la prensa), esto último no era cierto. Ya habían discutido bastantes horas qué plan poner en acción. Había diversas propuestas, desde aquella que proponía irse hacia la frontera o para Acapulco y luego a Manzanillo y regresar a la capital en barco. Finalmente llegaron a México vía Cuautla.

El plan que pusieron en marcha para tomar la capital consistía en ubicarse con sus tropas en diferentes ciudades y desde ahí llegar a la capital: Artajo de Sonora; Trenza de Tamaulipas; Canalejo de Monterrey; el Camaleón de Irapuato. Después establecerían contacto en Cuévano y se formaría un Gobierno Provisional que convocaría a otras elecciones. Se consiguieron fondos para financiar el levantamiento mediante el secuestro de gente que contaba con capital y hasta de un cura.

La ironía acerca del “funcionamiento” de los militares:

¹² Las cursivas son mías.

Cuando todo estuvo tranquilo de mi lado, ordené a Benítez que dejara de bombardearnos y hasta entonces me di cuenta de que por el lado oriental de Cuévano sonaba una terrible balacera. Le ordené a Pacheco que con dos compañías hiciera un reconocimiento.

Cuando Pacheco acababa de irse, llegó Benítez en una mula, a todo galope.

—*No soy yo el que está bombardeándolos. Hace media hora que se me acabó el parque —me dijo al llegar.*

Entonces, comprendí que el schrapnell que estaba cayéndonos encima *venía nada menos que de los cañones de mi querido amigo Germán Trenza. Afortunadamente estaban tirando con tan mala puntería, que no nos causaban mucho daño* (Ibargüengoitia, 1964: 103).¹³

Luego elaboraron otro plan que consistía en empujar un vagón de ferrocarril cargado con dinamita que llegara a la estación de Pacotas y así derrotar al coronel Medina y sus efectivos y no causar ningún desperfecto en las propiedades norteamericanas, pues ya habían sido amenazados por Mr. Robertson que de ser así, se invadiría México. El “Zirahuén”, que así se llamaba el tren, finalmente fue empujado cuesta abajo pero nunca llegó a su destino, se detuvo exactamente a la mitad, en el kilómetro 4 y medio.

Después de varios vericuetos, traiciones y batallas perdidas, optan por rendirse y los llevan con el Chato Rodríguez, veamos la conversación:

—Lupe —me dijo—, qué gusto me da verte.

“Verme fregado”, pensé para mis adentros. [Dialogismo externo]

—Yo me entrego —le dije—, pero no vayas a fusilar a los muchachos.

—No faltaba más —me contestó—. Te prometo que nada les pasará.

Y en efecto, nada les pasó. Nomás estuvieron en la cárcel militar por cinco años (Ibargüengoitia, 1964: 147).¹⁴

Macedonio González quien le había robado su pistola con cachá de concha nácar tenía órdenes de pasarlo por las armas, pero no lo hizo porque don Lupe —según él— le había regalado la pistola. Hay veces que se pagan los favores.

Esta historia termina de la siguiente manera y nos recuerda que es muy vieja la treta de los cadáveres que en realidad no pertenecen a quien dicen pertenecer (por ejemplo, los huesos del Encanto):

¹³ Las cursivas son mías.

¹⁴ Las cursivas son mías.

El cadáver que salió retratado al día siguiente en los periódicos era el de un carnicero que dicen que se parecía mucho a mí.

Yo me reuní con Matilde y los niños en San Antonio, Tejas, y allí pasé los ocho años más aburridos de mi existencia. Cuando deportaron a Vidal Sánchez y a Pérez H., los supervivientes de la Revolución del 29, es decir, Trenza, el Camaleón y yo, regresamos a México como héroes. Trenza se dedicó a la agricultura, el Camaleón a la política y yo a mi familia y al comercio. No nos ha ido mal (Ibargüengoitia, 1964: 150).¹⁵

A lo largo de toda la novela se manejan dos campos semánticos: Don Lupe que funge como personaje principal, el protagonista, se describe como un hombre lleno de virtudes: íntegro, preparado, con principios, leal y honrado en contraposición con los demás personajes quienes siempre tienen algún defecto, por ejemplo: Macedonio Gálvez, como malvado por haberle robado su pistola con cacha de concha nácar; a Eulalio Pérez H. no lo baja de ratero; Marcos González, mujeriego; Vidal Sánchez, un torvo asesino, aparte de calificarlo de hiena; Canalejo, el Ave Negra del Ejército Mexicano; a Melitón Anguiano como un fantoche, etcétera.

Aún y cuando es cierto que el autor nunca fue un general, don Lupe, el protagonista de esta novela queda bien representado en todos sus aspectos a través de la palabra del autor y a través de esta caracterización nos encontramos frente a una estilización. Bajtín dice al respecto que cuando existe un discurso directo, supongamos de un personaje, nos enfrentamos a dos centros discursivos —en este caso sería por un lado el discurso propio del autor y el del personaje— y a dos unidades del discurso dentro de los límites de uno solo: unidad del enunciado del autor y unidad del enunciado del personaje. La del personaje no es independiente, se subordina a la primera y está incluida en ella como uno de sus momentos. Con respecto a esto, habría que hacer notar que el autor reniega de su procedencia de clase, pero no puede salirse de ella, representa muy bien las características de la clase media: arribista, oportunista, traicionera, en un vaivén constante, no tiene una definición, indecisa.

Lo que más se utiliza en esta novela es la parodia, eso no tiene lugar a dudas. En varios de los trozos de discursos realizados por algunos de los personajes, el autor aprovecha la palabra ajena para ironizar, se repiten casi textuales discursos conocidos y son utilizados como dice Bajtín para aportar una nueva valoración, otra lectura de ellos y de esta forma se acentúa la ironía o la burla.

¹⁵ Las cursivas son mías.

Toda palabra literaria percibe, con una mayor o menor agudeza, a su destinatario, lector, ajeno y crítico, y refleja en sí sus objeciones, valoraciones, puntos de vista anticipados, etc. Además, el discurso literario percibe a su lado otro discurso literario, otro estilo (Bajtín, 1986: 273).

Esto es precisamente lo que realiza Ibargüengoitia a través de toda la novela, en las diferentes voces de sus personajes está dando su punto de vista y sus objeciones.

Los ambientes manejados son muy diversos: puede ser un cuarto de hotel, una residencia en Cuernavaca, una estación de ferrocarril, un pueblo pequeño, el panteón Dolores, un asiento dentro de un vagón de ferrocarril, el campo, alguna montaña, el Castillo de Chapultepec, la prisión, la carretera, etcétera.

Aunque existe la polifonía al haber una combinación de conciencias autónomas (la de los personajes), ésta no queda muy delimitada debido a que el lenguaje utilizado es muy lineal, no tiene casi ningún cambio en la utilización de éste.

El cronotopo está dado por lo siguiente: las acciones se realizan en México durante los años que siguen a la Revolución Mexicana.

Ibargüengoitia transforma en literatura a través de la ironía el sentir y el pensamiento del pueblo acerca de sus instituciones y de cómo se comportan sus representantes oficiales. Tal vez la palabra pueblo sea muy general y habría que especificar que más bien se dirige a la clase media.

También podemos afirmar que se trata de una novela biográfica en la medida que nos describe la vida de don Lupe y de las circunstancias y realidades que giran a su alrededor durante un periodo determinado, es decir, hasta que es encarcelado. Existe, como lo dice Bajtín:

... una profunda unidad orgánica entre el carácter del héroe y el argumento de su vida. En esta unidad se fundamenta la novela biográfica. El héroe y el mundo objetivo que lo rodea, deben estar hechos de una sola pieza (Bajtín, 1986: 144).

Aunque finalmente don Lupe no funciona como un héroe dentro de la novela, a través de él que gira todo el argumento y contiene algunas de las características señaladas por Bajtín:

El héroe se inicia en el argumento como un hombre encarnado y estrictamente localizado en la vida, en el marco concreto e impermeable de su clase o estamento, de su situación familiar, de su edad, de sus propósitos biográficos. Su humanidad está tan concretizada y especificada por el lugar que ocupa en la vida, que en sí

misma carece de influencia determinante sobre las relaciones argumentales. Sólo puede manifestarse en el rígido marco de estas relaciones (Bajtín, 1986: 147).

Los personajes en *Los relámpagos de agosto* se encuentran distribuidos y reunidos alrededor de un terreno concreto: el logro del poder y un puesto dentro él. Alrededor de esto gira todo el argumento de la novela, se encuentran unidos por el mismo interés político. Para finalizar, tenemos que ubicar la parodia dentro del carnaval. La parodia ha sido utilizada desde la antigüedad y constituyó una nueva actitud hacia la realidad, no existe el distanciamiento épico o trágico, no aparece en el pasado absoluto del mito y de la tradición, “sino a nivel de la actualidad, en la zona del contacto inmediato e incluso groseramente familiar con los coetáneos, vivos” (Bajtín, 1986: 152-153).⁴⁰

En la actualidad, el uso de la parodia ya no es igual que en otras épocas debido a que tiene un significado distinto. Ya no se utiliza solamente dentro del carnaval sino en cualquier época. En *Los relámpagos de agosto* no podríamos afirmar que siempre se ve el mundo al revés, más bien es la realidad vista a través de la lente de la burla, de la parodia. En algunas situaciones sí se presenta el mundo al revés, por ejemplo cuando mencionábamos el campo semántico desde el que se maneja don Lupe como hombre íntegro, honrado, leal, que son virtudes de las cuales el autor está haciendo mofa porque todos sabemos que no es cierto.

Bibliografía

- Asiain, Aurelio y Juan García Oteyza (1985), “Entrevista con Jorge Ibargüengoitia”, *Vuelta*, vol. 9, núm. 100, México, marzo, (la entrevista fue realizada el 3 de marzo de 1978).
- Azuela, Arturo (1984), “Jorge Ibargüengoitia: múltiples espejos de utopías gastadas”, *Cuadernos Americanos*, vol. 255, núm. 4, México, julio-agosto.
- Bajtín, Mijail (1986), *Problemas de la poética de Dostoievski*, trad. de Tatiana Bubnova, México, Fondo de Cultura Económica.
- Bubnova, Tatiana, F. (1986), *Delicado puesto en diálogo: las claves bajtinianas de La Lozana andaluza*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Domenella, Ana Rosa (1983), “La clase media no va al paraíso”, *Diálogos*, vol. 19, núm. 114, México, nov-dic.
- Hernández Campos, Jorge (1984), “Jorge Ibargüengoitia 1928-1983”, *México en el Arte*, núm. 4, México, primavera.
- Ibargüengoitia, Jorge, (1985), “Mi bisabuelo contra los franceses”, *Vuelta*, vol. 9, núm. 100, México, marzo.
- ____ (1985), “Mujer pintando en cuarto azul”, *Vuelta*, vol. 9, núm. 100, México, marzo.
- ____ (1964), *Los relámpagos de agosto*, Barcelona, Argos-Vergara.
- ____ (1985), “Jorge Ibargüengoitia dice de sí mismo”, *Vuelta*, vol. 9, núm. 100, México, marzo.
- Pavón, Alfredo (1977), “De la realidad a la literatura”, *La Palabra y el Hombre*, núm. 23, Nueva Época, México, julio-septiembre.

García Flores, Margarita (1979), “¡Yo no soy un humorista!”, *Cartas marcadas*, col. Textos de Humanidades, núm. 10, México, Universidad Nacional Autónoma de México.

Recibido: 11 de diciembre de 2003

Aceptado: 15 de abril de 2004

Marcela Barrios Luna. Licenciada en Economía por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM); pasante de la Maestría en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEM); catedrática de la Facultad de Humanidades de la UAEM, del Colegio de Bachilleres, del Campus Universitario Siglo XXI en Zinacantepec, México y de las facultades de Filosofía y Letras y Economía de la UNAM. Ha publicado diversos artículos en revistas como *Ciencia ergo sum*, de la UAEM.



Contribuciones desde Coatepec

ISSN: 1870-0365

rcontribucionesc@uaemex.mx

Universidad Autónoma del Estado de México
México

Barreto González, Juan José
Re-ordenado el siglo XIX: una doble mirada
Contribuciones desde Coatepec, núm. 7, julio-diciembre, 2004, pp. 65-80
Universidad Autónoma del Estado de México
Toluca, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28100704>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Re-ordenado el siglo XIX: una doble mirada

JUAN JOSÉ BARRETO GONZÁLEZ¹

Resumen. Con el argumento de que la historia comienza en Oriente y termina en Occidente se ha justificado la superioridad conceptual de la modernidad sobre la prehistoria y el centro sobre la periferia. Respecto a la historia de América en el siglo XIX predominan dos discursos: el de la *imitación* y el de la *invención*. El primero se dirige a la institucionalidad de la civilización europea como modelo de mundo y sociedad; y el segundo, hacia la reinterpretación y superación del mito de la modernidad europea como “cultura superior”.

Palabras clave: relaciones dialógicas, imitación cultural, siglo XIX.

Abstract. According to the idea that history begins in the East and ends in the West, Modernity has been justified itself against prehistory and also justifies the centre upon the environs. In the America's account of 19th Century prevails two kinds of lectures. The first one hints to the institutive form of european civilization as a world and society model, and the second one looks toward reinterpretation and overcoming of the European modernity's myth: "Top culture".

Keywords: dialogic relationship, cultural imitation, 19th Century.

Esta aproximación a una mirada doble del entramado escriturario del siglo XIX intenta relacionar “requisitorias” discursivas que han sido *leídas* desde muchas latitudes culturales. Aquí no aparecen aprobadas como ilusiones perdidas o ganadas, son parte de un pensamiento hecho genealogía en las propuestas de quienes tenemos el compromiso, desde el conocimiento y la crítica, al reordenamiento constante de ese conocimiento.

Desde sus conferencias de 1830-31, Hegel concede a la historia unidireccionalidad y determinismo: la historia comienza en oriente y termina en occidente, considerado espacio de lo superior. *La historia universal va del Oriente al Occidente. Europa es absolutamente el Fin de la Historia Universal. Asia es el comienzo* (Hegel, 1946: 134). Así queda justificada la modernidad sobre la prehistoria, y el centro sobre la periferia. La diversidad negada desde una verdad ab-

¹ Universidad de Los Andes-Trujillo-Venezuela. Correo electrónico: jjbg_60@hotmail.com.

soluta, desde una proyección paradigmática que no cesa de fortalecerse mediante múltiples sistemas, se sostiene desde sus lecturas del mundo. El espacio de la periferia sólo estaría habitado por el objeto, incapaz de imaginarse a sí mismo. Esta tradición filosófica tiende, como diría Ricoeur (1986), *a constituer teorías unívocas, pero rivales de la imaginación*, y negadoras de otras posibilidades.

Quiero subrayar lo dialógico como la forma de entender los variados discursos y no la negación de unos por otros, aunque teóricamente eso haya ocurrido. Tales discursos tratan de *ocupar un lugar en el relato de América* que, como las epopeyas, hunden sus raíces en la(s) historia(s). Ocupan ese lugar, fundándolo desde la *escritura, desde la palabra que ensaya una conquista del sentido, un lugar en el mapa que va a ser afirmado o negado*, construido o destruido, en una acción discontinua que, pareciera, siempre vuelve a empezar, donde somos siempre protagonistas o antagonistas de una narración, buscadores de caminos que conduzcan a alguna parte. Imaginamos a América, entonces, cruzada por tales tensiones y códigos y no sólo de una parte puesto que son muchas las miradas vertidas en ese extraordinario mapa de sentidos, en un constante proceso de resignificación. Se encuentra así una diversidad discursiva que con sus múltiples operaciones ha proyectado *al mundo de los lectores* distintas imágenes sobre el contenido del continente y en cuanto al movimiento de ideas no creo que *viajen en un solo sentido* como lo subraya Pierre-Luc Abramson:

Desde el primer momento nos pareció que cuanto sirve de puente entre Europa y América, en primer lugar los hombres y los libros que viajan, merecían de nuestra parte la mayor atención. Los hombres viajan en ambos sentidos: hallamos tantos exiliados políticos europeos en América Latina como viajeros y refugiados latinoamericanos en Europa, particularmente durante los sucesos revolucionarios de 1848-1850. En cambio, las ideas —es necesario decirlo sin temor a herir susceptibilidades, puesto que la historia expone abundantemente esta realidad— viajan en un solo sentido: de Europa, sobre todo de la Francia revolucionaria, hacia América... (Luc, 1999: 12).

Esta visión pretende eliminar, de entrada, la condición posible de producción de ideas en el espacio americano. Aunque no estamos dirigidos a particularizar nuestro estudio sobre la historia de los textos (redacción, edición, difusión, traducción) tomados como referentes para discutir y demostrar lo dialógico en las escrituras del siglo XIX latinoamericano, siglo “conflictivo en términos de la construcción de las nuevas comunidades políticas” (Sábato, 1999: 17),² en ellos podemos encontrar

² Debemos destacar que “La cuestión de la construcción de la ciudadanía política define, por tanto, un campo problemático desde donde analizar la formación de las nuevas naciones”. (Sábato, 1999: 14).

condiciones de escritura que permiten creer que los campos semánticos amplían y comunican distintos proyectos, se entrecruzan, de los imaginarios sociales, negando el hecho de que la personalidad intelectual sólo tenga x influencia de un modelo x, porque el *escritor* es un ordenador que incide en las perspectivas de modelos o proyectos culturales de las nacionalidades en ese siglo.³ La construcción y el ensamblaje de signos no es unívoco, *ellos, los signos, provienen de varias latitudes, el pensador dispone de ellos jugando con las posibilidades de su ordenación*. En este aspecto, no son sólo los marcos de la filosofía política liberal la que sostiene los contornos de ese *cuerpo en proceso* sino que hay otros que pugnan por una elaboración diferenciada de sus contenidos, entendiendo que:

Desde el poder, las élites triunfantes buscaron entonces imponer los principios liberales sobre otros grupos que tenían horizontes culturales distintos a los que proponía ese ideario, o que profesaban versiones diferentes del mismo, y que a veces resistieron, otras se sometieron, aceptaron, reinterpretaron o contribuyeron a modificar el liberalismo a través de complejos procesos de relación social, cultural y política (Sábato, 1999: 14).

Uno de los antecedentes más importante, que prologa y prolonga la “Escandalosa paradoja”⁴ promotora de esa visión unívoca de lo europeo sobre el mundo, en el caso de América, está en su constitución como *topos* para la utopía europea. Insistamos con Horacio Cerutti en que:

...este constituir a América en *topos* para la utopía europea, lugar donde los sueños se podrían realizar lejos de la intolerancia y el autoritarismo sectario de la

³ Queremos discutir el problema del origen de las ideas en América Latina en la primera mitad del siglo XIX, que pudiera llamarse el siglo de las fundaciones a partir de la racionalidad moderna. Hay quienes descartan la originalidad en las ideas y hablan de trasmutaciones y cambio de conceptos por los cambios de contexto. José Luis Romero, en el Prólogo a *Pensamiento Político de la Emancipación (1790-1825)*, señala que “El contenido lo fijó la realidad misma, la nueva realidad que se empezó a constituir el día siguiente del colapso de la autoridad colonial. Entonces empezó la contradicción, cuya expresión fueron las guerras civiles, los vagos movimientos sociales, las controversias constitucionales, las luchas de poder, siempre movidas por el juego indisoluble entre las ambiciones de grupos o personas y las encontradas concepciones sobre las finalidades de la acción y las formas de alcanzarlas”. (Romero, 1985: X).

⁴ De ella habla Rosalba Campra en su libro *América Latina: La identidad y la máscara*. Enfatiza tal paradoja y dice que “el hecho de arrasar con lo existente produce existencia. Existencia, pero no de sujeto. América es el mundo nuevo inaugurado por la mirada europea; la idea misma del ‘descubrimiento’ supone la legitimación de esa mirada ajena como la única posible. De aquí el complejo de invisibilidad que aqueja a América Latina desde su nacimiento. Porque el nacimiento fue, a la vez, cancelación” (Campra, 1987: 14).

vieja Europa, condena a esta parte del globo a una condición de ser pasivo, de continente (contenedor) de lo que otros ponen en él, en primerísimo término de la historia como proceso diferente si no necesariamente divergente del proceso natural. Así, el inocente *locus* americano queda lastrado desde el vamos por una consideración reductiva que lo aprecia como mera pasividad o, cuanto más, como apertura a lo nuevo. No tan paradójicamente, lo nuevo vendría así de la vieja Europa y a la novedad americana sólo le quedaría reservada la poca lúcida y desleída acción receptiva de esta novedad, ya que por principio le sería negada toda posibilidad de iniciativa (Cerutti, 1996: 96)

Es dentro de otras posibilidades donde podemos establecer las direcciones del sentido o del pensamiento para elaborar su arqueología y –sin subestimarlos– superar la carga peyorativa de un modelo positivista de pensamiento que pretendió deslumbrarnos con sus cargas de progreso y tecnología. Entonces, surgen otros lugares del pensamiento, particularidades capaces de dialogar desde sus planteos e *imaginar* ordenaciones alternas de las que nos llegan de la simbiosis de la modernidad, sabiendo que “En América Latina, sin embargo, la modernización, en todos sus aspectos, fue –y continúa siendo– un fenómeno muy desigual” (Ramos, 1989: 12). Las escrituras en sus contextos son depósitos de formas, y esa formalidad que se transfiere a la actualidad indica los ejes paradigmáticos en que participa en el orden de los discursos, de los sueños, de las culturas, de la ciudadanía... en cuanto *proposiciones* o *posibilidades* siempre permiten o sugieren abrir una ventana interpretativa que establezca nuevas relaciones en el imaginario, entendido éste como los sentidos desde los textos sobre la realidad que le sirve de fuente, de contexto. Este ‘sobre la realidad’ permite distinguir los discursos “en su común condición de aparatos semiológicos que producen significados mediante la sustitución sistemática de objetos significativos por las entidades extradiscursivas que le sirven de referente” (Prada, 1992: 42).

Esta línea interpretativa permite reconocer lo que podemos denominar el movimiento de la idea o del sentido y también cuál o cuáles son las entidades que ontológicamente están siendo ordenadas desde los textos que tenemos en nuestras manos. A partir de la elaboración de estos criterios básicos para el encuentro dialógico de las escrituras del pensador de nuestro siglo XIX, creemos que el acercamiento al *escribiendo* de ese siglo puede hacerse alrededor de la producción de Simón Rodríguez (1769-1854) y de Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888) por ser portadoras de las tendencias que van a materializar ambas direcciones y porque sus escrituras más importantes se conectan con el proceso en que

participan.⁵ *Las sociedades americanas* de Simón Rodríguez se publica en 1842 (Lima) y el *Facundo* de Domingo Faustino Sarmiento, en 1845 (Santiago). La escritura de Simón Rodríguez destaca por primera vez, y en una tendencia gramatológica que rompe con los cánones impuestos, los enunciados que procuran interpretar las condiciones culturales para la fundación de la república sin imitar “servilmente” los modelos de la modernidad europea. Domingo Faustino Sarmiento se convierte en el “letrado” que interpreta, en su prosa, las condiciones de lo latinoamericano pero ilustradas a través de la necesidad de un modelo que procura, como fundamento central, a la civilización europea. Escrituras, entonces, que contienen una visión del hombre y de la historia y permiten ver la dinámica de las fronteras cronológicas de la nación y de las nacionalidades que como “artefacto cultural” se tratarán de fijar en los distintos discursos, y en este sentido, “los letrados” producirán nuevas configuraciones simbólicas a partir de la interrogante sobre la historia de sus comunidades. Comportan una mirada del siglo XIX partiendo de la necesidad de instituir modelos. En ese debate, en la “ciudad escrituraria”⁶ va a imponerse el *discurso de la imitación*. Esta afirmación implica demostrar cómo la matriz de la modernidad europea se hace dominante y dominadora en las escrituras de ese siglo. Estos discursos son *el relato* de América que responde mayormente a los modelos ideológicos e historiográficos europeos. El “despotismo del pasado” debe conjurarse en los discursos: “¿Qué modelos literarios serán, pues, los más adecuados a nuestras circunstancias presentes?” interroga José Victorino Lastarria en 1842.⁷

Paul Ricoeur enfatiza en *Teoría de la Interpretación* (1995) que el escritor intenta decir, identifica y predica, definiendo al discurso como una “dialéctica entre el acontecimiento y el sentido” (Ricoeur, 1995: 22), “es que alguien habla” —señala más adelante— y “el sentido del interlocutor deja su marca en el sentido de lo expresado” (Ricoeur, 1995: 27). Tales sentidos se materializan, se mueven desde el lenguaje e indican la condición ontológica del ser en el mundo. Queremos en-

⁵ Tenemos claro que en este *escribiendo*, donde coexisten imaginarios muy diversos, reunidos bajo nociones distintas (pueblo, reino, nación...), van a existir prioridades para el ordenamiento planteado por los pensadores o filósofos: “la cuestión del ciudadano no es ni prioritaria ni central en las primeras fases de las revoluciones hispánicas. Lo que va a dominar al principio son los problemas de soberanía, representación y nación; es decir, temas que conciernen más a la colectividad que al individuo”. (Guerra, 1999: 36).

⁶ El concepto de “ciudad escrituraria” y “ciudad letrada” introducido por Ángel Rama me ha ayudado para ubicar las correspondientes escrituras dentro o fuera de su “anillo de poder”. Véase *La ciudad letrada*. (Rama, 1984)

⁷ Véase el artículo breve e interesante de Álvaro Fernández “La frontera...” (Fernández, 1997).

fatizar entonces la multiplicidad de tales condiciones ontológicas desde las escrituras que pretendemos reunir para su aproximación o estudio. El sujeto de esas ideas escritas (o no escritas) no debe eliminarse “aunque se dé el caso de que la idea no le pertenezca”. Reconocer el sujeto americano es un paso trascendental para obtener una proyección y una acción del pensamiento y del “mundo” de las ideas en sus contenidos escritos. Así, la unidireccionalidad hegeliana que sugiere el viaje en un solo sentido, que es el de la modernidad, es desplazado en el análisis para entender al sujeto en su condición ontológica de poder hacer un discurso desde sus posibilidades semánticas e imaginarias que escribe y describe una trayectoria que puede o no coincidir con la acción imaginaria de otros sujetos. La posición sugerente de que “sólo las armas europeas del sentido” participan en el dibujo del cuerpo americano sostiene que su fundación ideográfica es una prolongación europea, colonial y exclusivista. El libre juego de la imaginación aparecía como una herejía que debía ser aniquilada y el “acoplamiento” del ser americano niega las heterogeneidades desafiantes de toda generalización o, para usar un concepto muy actual, de toda homogeneización. Al bifurcarse las direcciones del sentido de lo americano se genera lo que E. Bradford Burns denomina “una dramática dialéctica” –y continúa– “entre metas antagónicas y contrastantes de las élites y una heterogeneidad que el pueblo exhibió (y exhibe) culturalmente” (Burns, 1990: 12). En ese campo ampliado de heterogeneidades negadas por la racionalidad instrumental en su protocolo lingüístico posterior a la configuración colonial vamos a encontrar una acumulación de proposiciones que forman parte de lo que hemos denominado el paradigma de la invención que va a oponerse en su síntesis a la condición de “admiración por los valores, ideas, modas, invenciones y estilos más recientes de Europa y Estados Unidos, además de un deseo de adoptarlos – y sólo en raras ocasiones de adaptarlos” (Burns, 1990: 19). La *invención* como paradigma se opone y resiste al paradigma configurador que en la *Ciudad Letrada* latinoamericana va a adoptar el “sueño de un orden” donde se va a manifestar la lucha por la construcción del poder, de la sociedad y de la civilización al que ese poder pertenece o decide pertenecer, y debemos interrogarla como continuación o ruptura de la modernidad europea, de la colonialidad. Es importante revisar entonces las trayectorias de los discursos con respecto a ese *sueño de un orden* puesto que:

...servía para perpetuar el poder y para conservar la estructura socioeconómica y cultural que ese poder garantizaba. Y además se imponía a cualquier discurso opositor a ese poder, obligándolo a transitar, previamente, por el *sueño de otro poder* (Rama, 1984: 11).

Esos paradigmas que corresponden a esos sueños del poder y de *otro* poder lo identificamos en este trenzado de escrituras como el *discurso de la imitación* y el *discurso de la invención*, ordenados, ambos, por enunciados que van a oponerse en el proceso de las sociedades nacientes, apuntando a disímiles direcciones; el primero hacia la institucionalidad de la razón de la civilización europea como modelo de mundo y sociedad, a la continuación de la colonialidad en el marco de la modernidad europea y... norteamericana; el segundo, hacia la (re)interpretación y superación del mito de la modernidad europea como “cultura superior”. Considerar la existencia de contenidos diferentes entre el pensamiento europeo y el americano, y en el interior de éste, es reconocer, necesariamente, las distintas condiciones émicas en que se desarrollan las sociedades americanas. Cuando hablamos de condiciones émicas nos referimos a:

...una explicación dada desde la cultura local. (...) Sólo cuando se reproducen las mismas relaciones en dos estructuras locales diferentes, cabe pensar en correlaciones y causas comunes. De no ser así, la transferencia, por ejemplo, de construcciones teóricas surgidas del análisis de una cultura a otra supone una valoración *etnocéntrica*... (Fabregat, 1993: 364)

Entonces, es totalmente equívoca la pretensión de estudiar el pensamiento de una comunidad o nación como si fuese fiel representación local de grandes teorías que pretenden explicar la existencia de los demás. Fabregat va a subrayar más adelante que en Europa, la occidental y la oriental, aún existiendo tradiciones culturales comunes como el derecho romano, periodo medieval, Renacimiento y tecnología “se dan tipos nacionales y étnicos de personalidad diferenciados” (Fabregat, 1993: 367) criticando el enfoque estructuralista que mantiene “la tendencia a obviar las diferencias culturales”. Ontológicamente, decimos, el sujeto americano es absolutamente *plural* y reúne igualmente como “género humano” (Simón Bolívar, *Carta de Jamaica*) a pensadores con connotaciones intelectuales diferenciadas y modos conceptuales de racionalizar la cultura y la vida cotidiana no coincidentes en sus planteos escritos. El locus americano definitivamente no es inocente.

Esta tesis se sustenta en el criterio de que las ideas están asociadas a la construcción de ese sueño de poder del que habla Ángel Rama, ya no sólo del hecho de *dónde viene la idea* sino de su movimiento con respecto al proceso constituyente del poder en la República del siglo XIX,⁸ no olvidando lo que Baczkó aclara en su libro:

⁸ Los criollos conducen la construcción simbólica y real de las repúblicas: “Disponían en principio de los medios políticos, culturales y militares necesarios para hacerse valer por sí mismos.

Todo poder busca monopolizar ciertos emblemas y controlar, cuando no dirigir, la costumbre de los otros. De este modo, el ejercicio del poder, (...) pasa por el imaginario colectivo. Ejercer un poder simbólico no significa agregar lo ilusorio a un poderío “real” sino, multiplicar y reforzar una dominación por la apropiación de símbolos, por la conjugación de las relaciones de sentido y de poderío (...) los emblemas del poder (...) son ideas, imágenes, ritos y modos de acción. (Baczko, 1991: 16-17)

La representación de lo colectivo va a incluir, a su vez, las condiciones sociales que sostienen el ejercicio de ese “poder simbólico” mediante los artefactos culturales creados para tal fin. Ese deseo de monopolizar y controlar que se traduce a través de las constituciones, las leyes y las prácticas escriturales para el uso del imaginario social al servicio del poder constituyente de las naciones, representa la manifestación o materialización de una ideología determinada y obedece no sólo a la incapacidad manifiesta para entender al *otro* sino también al “temor a las movilizaciones políticas de la “clase baja”, como los levantamientos de los indios o los esclavos negros” (Anderson, 1991: 78). En las márgenes de esas ciudades letradas se va formando el discurso del *otro* (sueño o poder) que tratará de ocupar el espacio y el tiempo de manera distinta a la obsesión europea, conjugando otras relaciones de sentido desde el imaginario social.⁹ Estamos definitivamente frente a posibilidades y proyecciones desde la experiencia del lenguaje que consolidan unos sujetos dialógicos y heterogéneos en la experiencia de escribir, ordenar y reordenar el siglo XIX y la relación diferenciada con un conocimiento del orden de los signos y de los modelos de poder dentro o fuera de la tendencia gramatológica constituyente de la cultura europea. De esa manera, las formas de la imaginación

Constituían a la vez una comunidad colonial y una clase privilegiada” informa acertadamente (Anderson, 1997: 93). Analiza los elementos que permitieron la confrontación con el Imperio Español y subraya que es la subordinación al peninsular el sentimiento que los reúne para la “independencia”. Así, según él, “los funcionarios criollos peregrinos y los impresores criollos provinciales desempeñaron un papel histórico decisivo” (Anderson, 1997: 101).

⁹ No podemos perder de vista, si queremos ser justos con nuestra pluralidad cultural, y así hemos hablado de las tensiones de América, que las culturas indígenas han hecho aportes extraordinarios al contenido de las ideas del continente, sin embargo, nos hemos sometido al “castigo” mecanicista que ha sabido negar o disminuir las visiones de estas comunidades reales. La pretendida universalidad de occidente en su largo proceso de dominio las ha colocado en un enclave indefenso: las teologías de la conquista de América del Sur, las filosofías positivistas de la independencia y las antropologías de la cultura han formado parte de un proceso excluyente. Frente a esto hoy destaca una resistencia indígena que se hace sentir en América y en el mundo y desde lo académico, una antropología cultural que busca la asunción de su sujeto histórico, la calidad de su pensamiento y su racionalidad.

van a contener “la ‘representación’ de la clase de comunidad imaginada que es la nación (Anderson, 1991: 47) o calidad de nación” como prefiere decir Benedict Anderson, que la considera, al igual que el nacionalismo, como “artefactos culturales de una clase particular” (Anderson, 1991: 21).

Se plantean entonces fundar pueblos y repúblicas. Allí van a producirse, como se ha dicho, por las condiciones mismas de experiencias y comunidades locales, ocupaciones del sentido para tales construcciones diferenciadas y contradictorias. Dice Simón Rodríguez en *Sociedades Americanas*:

¡ILUSTRACIÓN!, ¡CIVILIZACIÓN!

Son palabras *vagas* si no se determinan las ideas que expresan con ellas. Pídanse explicaciones, y se verá que todos nos dan las mismas, y, tal vez, que raro será el que las tome en su verdadero sentido. (Rodríguez, 1990: 280)

Tomar en su verdadero sentido, ocupar el lugar cultural como *sujeto* para hacer de la república *un bien común* (Rodríguez, 1990: 245) insistiendo además en la necesidad de producir y hacer *sentir los efectos de una mudanza* (Rodríguez, 1990: 18). Mudarse al lugar donde queremos construir desde el sentido y la representación, cambiar del lugar colonial y construir una nueva “casa” desde un sujeto histórico diferente pareciera ser la esencia de esta ESCUELA SOCIAL. “Suspendamos: Esta es la Sociedad Monárquica, Aristocrática, Oligárquica... y... según se quiere... REPUBLICANA pero ninguna de éstas es la que conviene reestablecer en nuestro siglo” (Rodríguez, 1990: 120) porque “los Pueblos Americanos en NADA se parecen a los Europeos” (Rodríguez, 1990: 133). Para hacer la república “debemos emplear medios TAN NUEVOS...” (Rodríguez, 1990: 281) y la ciudad se convierte en “puntos de reunión” (Rodríguez, 1990: 147) y “...en CIUDAD, aprenden los hombres a vivir en buena inteligencia” (Rodríguez, 1990: 89) y piensa en la rehabilitación de la “raza indígena” para “evitar que el inmigrante europeo más inteligente que nuestro pueblo actual, venga a avasallarlo de nuevo y a tiranizarlo de un modo más cruel que el del antiguo sistema español” (en Uribe, 1884: 74). Está planteando la superación de la colonialidad, entendiendo, como lo plantea Enrique Dussel en otro lugar y mucho tiempo después (1994) “la situación asimétrica del excluido, del Otro” y la oposición abierta al eurocentrismo cuando denuncia Simón Rodríguez que para fundar la sociedad republicana no se consulta el genio de los americanos sino el de los europeos, “Todo les viene embarcado”, enfatiza Rodríguez (Rodríguez, 1990: 14).

Este paradigma plantea la superación de la razón conquistadora (y dominante), superar la modernidad europea negadora del Otro, “...colonizar al país con sus

propios habitantes...” (Rodríguez, 1990: 206 y 254). Lo que se quiere subrayar es que el “discurso de la invención” en Simón Rodríguez plantea la incorporación del excluido, sus “puntos de reunión” para superar la razón de la modernidad. Enrique Dussel dice que sólo puede lograrse tal superación con base en la “...inclusión de la Alteridad negada: la dignidad e identidad de las otras culturas, del otro previamente encubierto; para ello habrá que matizar o negar la premisa mayor misma, el ‘eurocentrismo’” (Dussel, 1994: 74). No es el sujeto de este discurso rodrigueano portador de un orden, sino, constructor desde la alteridad negada:

Cuando Rodríguez escribió esta obra ya la historiografía latinoamericana del siglo XIX comenzaba a enseñar los lineamientos elitarios, sesgados y prejuiciosos con respecto a los sectores populares, que sentarían infeliz cátedra en el resto de esa centuria y de la siguiente. La marginación de todos los elementos discordes al proyecto civilizatorio europeísta con el cual uníase el destierro económico y político de la oligarquía dominante fue un acorde común, como también lo era la denigración de las culturas aborígenes y de procedencia americana... (Morales, 1995: 30).

El discurso rodrigueano encarna un sujeto histórico que plantea, desde una filosofía, grandes transformaciones frente a la colonialidad epistemológica y pretende comunicar el sentido de una experiencia o pensamiento alternativo frente a la ilustración y el positivismo europeo, considerando la “cuestión social” como clave para no perder el tiempo en “proyectos pomposos” basada en un principio para la sociedad republicana: “Pensar cada uno en todos, para que todos piensen en él” (Rodríguez, 1990: 281). Aprender a ser libres es la esencia cuestionadora del modelo ideológico liberal-romántico predominante de donde bebe fundamentalmente el mundo letrado de la independencia.¹⁰ Simón Rodríguez pretende comunicar y hacer público, mediante su discurso, el sentido de una experiencia originaria que se traduce en la posibilidad de inventar, frente a los “vagos” conceptos de la Ilustración, desde una escritura que corporaliza a un hablante desafiante de las ciudades letradas de la modernidad, quiere perfilarse y se hace revolucionaria porque pretende alterar como acción el sentido de un saber igualmente establecido por las condiciones de colonialidad y dependencia mental cuestionadas rotundamente en la frase “todo nos viene embarcado”. Significa, entonces, el mensaje de Simón Rodríguez en el interior de un conocimiento alternativo que piensa a sus comunidades locales, en un cauce del saber que se atreve a construir a Amé-

¹⁰ Véase particularmente el ensayo de Domingo Miliani (Miliani, 1995: 11-18).

rica, desde la invención de otros signos que son capaces de criticar “el depósito de formas” de otros contextos, fundando así una *resistencia* irreductible en el tiempo contra “la norma cultural de las metrópolis que producen las literaturas admiradas en las zonas marginales” (Rama, 1984: 52). Al abrir otras posibilidades de lo imaginario y al reconocer la realidad a superar como insuficiente, Simón Rodríguez rompe el orden discursivo de la Ilustración porque, además de estar calificado para hacerlo, penetra y vislumbra un espacio y tiempo trascendentales para representar el objeto deseado: las sociedades americanas. De allí que su discurso se hace utópico, porque:

...La utopía introduce variaciones imaginativas en cuestiones tales como la sociedad, el poder, el gobierno, la familia, la religión. En la utopía trabaja ese tipo de neutralización que constituye la imaginación entendida como ficción (...) no hay integración social sin subversión social... (Mannheim, 1987: 9)

Introduce Simón Rodríguez las propuestas para una sociedad de la comunicación que problematiza su relación con la voluntad modernizadora, así ilustración y civilización son imágenes vagas frente a la necesidad de “Entreayudarse” para el “bien jeneral”. Es el espacio por crear para que lo nuevo tenga posibilidad. “Los Franceses se acercan a resolver la cuestión del día; pero no es de esperar que consigan resolverla favorablemente, porque no tienen ‘dónde’ hacer una nueva Sociedad...” (Rodríguez, 1990: 79) No quiere hipotecarse con el imaginario europeo y sus ideas se movilizan en diálogo permanente con las posibilidades de recuperar la memoria histórica “de modo muy distinto a lo que comenzaban a hacer los intelectuales orgánicos de la oligarquía republicanizada, como autoconciencia de grupo dominante, concepción que asumía el modelo eurocéntrico” (Morales, 1995: 28). Sobresale así el sentido ético del planteo rodrigueano, “el bien jeneral”, el sentido utópico de la sociedad buscada en base a esta ética para el género humano pretendiendo construir un nuevo edificio sin trozos del viejo.

Domingo Faustino Sarmiento en su *Facundo* estima preponderantemente “la lucha entre la civilización europea i la barbarie indígena” (Sarmiento, 1977: 39) oponiendo una visión sobre otra, planteando la modernidad europea como razón ordenadora. La ciudad es “el centro de la civilización argentina, española, europea (...) El hombre de la ciudad... vive de la vida civilizada” (Sarmiento, 1977: 29). La ciudad es el centro, la periferia “la barbarie”:

Había, antes de 1810, en la República Argentina, dos sociedades distintas, rivales e incompatibles, dos civilizaciones diversas: la una española, europea, culta, y la otra bárbara, americana, casi indígena; y la revolución de las ciudades sólo iba a servir de causa, de móvil, para que estas dos maneras distintas de ser de un

pueblo, se pusiesen en presencia una de otra, se acometiesen y, después de largos años de lucha, la una absorbiese a la otra (Sarmiento, 1977: 61).

Discurso signado por el “paradigma sacrificial” que destaca Dussel respecto a la modernidad (Dussel, 1994: 74), paradigma sacrificial que parte de la imposición de la “cultura superior” como marca de la civilización y de la salvación. Para Sarmiento “la nación debe asumir como propia la política expansionista de la colonia” (Fernández, 1997: 146).¹¹ Es el mismo signo del discurso colonial anterior, es el discurso “liberal” primero y “neoliberal” algo después. Lo hemos llamado *el discurso de la imitación*, imitador del modelo europeo, frente a la ciudad como “punto de reunión” de lo que somos.

La verdadera “barbarie” de esta ideología “civilizada” —dice Carlos Fuentes— consistió en que excluía de la noción de civilización todos los modelos alternativos de existencia, indios, negros, comunitarios, así como toda relación de propiedad que no fuese la consagrada por la economía liberal. (Fuentes, 1994: 305)

La exclusión viene a ser, en términos actuales, la característica instrumental de la razón modernizadora, bajo un esquema de representación discursiva que expone al *otro* en su imaginario en condiciones de subalternidad. “La gradación descalificadora del anti-modelo liberal podía ir desde una (de) valoración ética (lo popular es vicioso), legal (es un equívoco) o médica (está contaminado)” (González, 1997: 36). Sarmiento se concibe como un ordenador desde el sentido europeo y quiere, en el discurso, *limpiar al otro*. No debemos olvidar que la Revolución Francesa constituye la ideología liberal orientada hacia la conquista de la unidad nacional y por lo tanto exige como condición de ordenación la uniformidad cultural y lingüística. Esto se explica porque, creemos, domina en este sujeto *imitante* europeo de la época “la convicción de que un Estado es la expresión de un pueblo que tiene la misma cultura y la misma lengua, como producto de una historia común” (Bonfil, 1987: 10). Es abandonado el sentido de la diferencia para asumirse como lo mismo, lo que está incapacitado para actuar libremente en el contexto creado desde esa diferencia que subyace.

No son diferencias de matices, son profundas diferencias para excavar nuestra genealogía cultural. Podemos estudiar su formación y dialogicidad. Este estu-

¹¹ Por otra parte, debemos subrayar que “La *ciudad* era la gran utopía del liberalismo modernista, mientras que el campo pasó a significar el espacio ‘bárbaro’, a ser o bien conquistado —mediante políticas militares de exterminio y repoblación— o domesticación —mediante políticas pedagógicas y médicas de reconversión disciplinaria...” (v. González, 1997: 36).

dio debe prever la revisión y focalización para la reflexión crítica de las fuentes y antecedentes de los pensadores del S. XIX latinoamericano, y abrir así las relaciones entre dos escrituras en cuanto a lenguaje y su condición ontológica a través de la dialéctica de sentido y referencia con el proceso cultural que se vive en ese siglo, localizadas esas relaciones entre tiempo, espacio e historia en que éstas se desarrollan, es decir, la relación de esos discursos con el mundo que entre ellos y alrededor de ellos transcurre. Así podremos entender y juzgar desde lo metafórico hasta lo histórico, la razón dominante de *el discurso de la imitación* en las escrituras del siglo XIX. Allí están las dos razones en pugna. Aquí, el recuerdo sobre un personaje, Alberto Soria, en la novela *Ídolos rotos* del venezolano Manuel Díaz Rodríguez publicada el 1901, metáfora algo intensa del intelectual y sus tribulaciones, ilusionado con ser artista de París, en ruptura con la perversa y latinoamericana Caracas, su otra cara.

El estudio de las escrituras del siglo XIX latinoamericano ha sido abordado en diferentes direcciones por la crítica especializada actual que ha tenido como primordial logro repensar las tensiones culturales que se encuentran en el interior de ellas, tejidas por discursos abiertos al dialogismo, a las interrogantes que sobre el nosotros mismos pueden hacerse. Debemos indicar que, por otro lado, en las escrituras del siglo XIX se produce una visión de la naturaleza, el hombre y la historia, una mirada que conduce a la necesidad de instituir e instruir modelos que, como sabemos, llegan a oponerse dentro de la “ciudad escrituraria”. Allí hay modelos de sociedad, ideas de cultura, expresiones de proyectos, ideologías apareadas u opuestas a la modernidad dominante. Las escrituras de Simón Rodríguez y Domingo Faustino Sarmiento también son fuentes para este propósito. De igual forma, nos parece oportuna la consulta de los escritos de otros pensadores que, como Francisco Bilbao (1823-1865) recopilados en Venezuela por Biblioteca Ayacucho (*El evangelio americano*: 1988) son depositarios de una visión crítica y, además, constituyen su *escribiendo* sobre el proceso mismo que viven. Proponen una lectura del siglo XIX y sirven de base crítica para la revisión del contexto donde se desarrollan los discursos que hemos llamado de *invención* e *imitación*, además, estos estudios reconocen en este proceso “un vértice en que se unen una serie de prácticas y discursos inaugurales que corresponden al surgimiento institucional del sujeto social hispanoamericano” (Moraña, 1997: 67), y agrego que ese “sujeto” va a estar cruzado por paradigmas que reconocidos como de *invención* y de *imitación*. Estos estudios nos conducen a planteamientos de interpretación a los cuales se les ha dado respuestas diferentes. La contribución teórica en este orden parte del reconocimiento de una pluralidad en las áreas culturales del continente expresadas en diversas modulaciones y realidades.

Michel Foucault en *Las palabras y las cosas* habla del *orden de los signos* a partir de que dejan “de ser una figura del mundo”. Entonces, el escritor se convierte, es, un ordenador del universo que empieza “a significar dentro del interior del conocimiento” (Foucault, 1978: 64-65). Esta noción de escritura como una ordenación “desde el conocimiento” conduce a postular a Simón Rodríguez y Domingo Faustino Sarmiento como distintas re-ordenaciones de un proceso, participantes en la formación de los discursos que inciden en las ideas, el conocimiento de América como campo de tensiones que se cruzan. Esto nos induce, de acuerdo con esta definición que relaciona al signo con el conocimiento, a la búsqueda de la *genealogía* de los discursos que permitiría lo que con Mijaíl Bajún definimos como las relaciones dialógicas, entendidas como el acercamiento u oposición de distintos sujetos históricos a través de la palabra. La escritura atraviesa el conocimiento, está en ella un orden, es, para decirlo con Angel Rama, *el sueño de un orden*.

La genealogía –dice Foucault en *Microfísica del poder*– sería, pues, oposición a los proyectos de una inscripción de los saberes en la jerarquía del poder propio de la ciencia, una especie de tentativa para liberar a los saberes históricos del sometimiento, es decir, hacerlos capaces de oposición y de lucha contra la coacción de un discurso teórico, unitario, formal y científico (Rama, 1984: 131).

Se puede, por otra parte, con base en los aportes alrededor del ensayo, abordar las relaciones entre las escrituras de Simón Rodríguez y Domingo Faustino Sarmiento como dos formas distintas de ensayar “la responsabilidad por lo existente” (Adorno, 1962). Desde esta perspectiva, las aproximaciones teóricas elaboradas por Adorno y otros conducen a replantear el análisis de dos escrituras diferenciadas en el “uso de los signos” y en tanto que ambas son “reflexiones de época”. Afirmar Arciniegas en “Nuestra América es un ensayo” que “El ensayo entre nosotros no es un divertimento literario, sino una reflexión obligada frente a los problemas que cada época nos impone...” (Arciniegas, 1956: 16).

Sabemos que la escritura apunta a construir una memoria. Aquí estamos hablando de dos escrituras que propugnan cada una a su modo, “un cuerpo de imágenes y representaciones que encajan a la propuesta de inventar modelos o establecerlos con base en la modernidad europea”. Una escritura sería fundadora de un sueño de *SOCIEDAD no cristalizada* y la otra es una escritura que materializa y fundamenta el modelo de nación que pro-sigue en la escena como razón conquistadora y dominadora.

Bibliografía

Directa

Rodríguez, Simón (1990), *Sociedades americanas* (1828-1842), Caracas, Biblioteca Ayacucho.
Sarmiento, Domingo F. (1977), *Facundo o civilización y barbarie* (1845), Caracas, Biblioteca Ayacucho.

General

Adorno, Theodor (1962), "El ensayo como forma", *Notas de Literatura*, Barcelona, Ariel, pp. 11-36.
Anderson, Benedict (1991), *Comunidades imaginadas. Difusiones sobre el origen y la difusión sobre el nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica.
____ (1997), "Los Pioneros Criollos", en *Comunidades Imaginadas. Difusiones sobre el origen y la difusión sobre el nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica.
Arcinegas, Germán (1956), "El ensayo en nuestra América", *Cuadernos del congreso para la libertad de la cultura*, París, pp. 125-30.
Baczko, Bronislaw (1991), *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, Buenos Aires, Nueva Visión.
Bajtín, Mijaíl (1974), *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento*, Barcelona, Barral Editores.
Bilbao, Francisco (1988), *El evangelio americano*, Caracas, Biblioteca Ayacucho.
Bonfil Batalla, G. (1988), *México profundo: una civilización negada*, México, CIESAS/SEP.
Burns, E. Bradford (1990), *La pobreza del progreso*, México, Siglo XXI Editores.
Campra, Rosalba (1987), *América Latina: La identidad y la máscara*, México, Siglo XXI Editores.
Cerutti, Horacio y Óscar Agüero (coords.) (1996), *Utopía y nuestra América*, Ecuador, Ediciones Abya-Yala.
Dussel, Enrique (1994), *1492. El encubrimiento del otro*, La Paz, Plural Editores.
Fabregat, Claudio E. (1993), *Cultura, sociedad y personalidad*, Barcelona, Anthropos.
Fernández Bravo, Álvaro (1997), "La frontera portátil: Nación y temporalidad en Lastarria y Sarmiento", *Revista Iberoamericana*, vol. LXIII, núms. 178-179, enero-junio, pp. 141-147.
Foucault, Michel (1978), *La arqueología del saber*, México, Siglo XXI Editores.
____ (1979), *Microfísica del poder*, Madrid, Ediciones de la Piqueta.
Fuentes, Carlos (1994), *El espejo enterrado*, México, Fondo de Cultura Económica.
González, Beatriz (1997), "Para una economía política del cuerpo nacional", *Memorias del XXIII simposio de docentes e investigadores de la literatura venezolana*, Trujillo, Universidad de los Andes.
Guerra, Francois-Xavier (1999), "El Soberano y su Reino- Reflexiones sobre la génesis del ciudadano en América Latina", en Hilda Sabato (coord.), *Ciudadanía política y formación de las naciones-Perspectivas históricas de América Latina*, México, Fondo de Cultura Económica.
Hegel (1946), *Filosofía de historia universal*, t. I, Buenos Aires, Revista de Occidente.
Luc Abramson, Pierre (1999), *Las utopías sociales en América Latina en el siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica.
Mannheim, Karl (1987), *Ideología y utopía*, México, Fondo de Cultura Económica.
Miliani, Domingo (1995), "Poesía, espacio y protesta en los ensayos de Simón Rodríguez" (11-18), *El ensayo iberoamericano - perspectivas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
Morales, Salvador (1995), "Idea de América en *Sociedades Americanas en 1828* de Simón Rodríguez", *El ensayo iberoamericano - perspectivas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
Moraña, Mabel (1997), *Políticas de la escritura en América Latina - De la colonia a la modernidad*, Caracas, Ediciones eXcultura.

- Prada O., Renato (1999), *Literatura y realidad*, México, Fondo de Cultura Económica-Universidad Veracruzana-Universidad Autónoma de Puebla.
- Rama, Ángel (1984), *La ciudad letrada*, Hanover, Ediciones del Norte.
- Ramos, Julio (1989), *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Ricoeur, Paul (1995), *Teoría de la interpretación*, México, Siglo XXI Editores.
- Romero, José Luis (pról.) (1985), *Pensamiento político de la emancipación (1790-1825)*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 2a. ed.
- Sábato, Hilda (coord.) (1999), *Ciudadanía política y formación de las naciones-Perspectivas históricas de América Latina*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Uribe Ángel, Manuel (1884), "El Libertador, su Ayo y su Capellán", en Varios Autores, *Homenaje de Colombia al Libertador en su primer centenario. 1783-1883*, Bogotá, Medardo Rivas, pp. 72-74.

Recibido: 5 de diciembre de 2003

Aceptado: 14 de febrero de 2005

Juan José Barreto. Maestro en Literatura Latinoamericana. Profesor Asociado de la Universidad de los Andes-Trujillo-Venezuela. Integrante del Centro de Investigaciones Literarias y Lingüísticas Mario Briceño Iragorry, Núcleo Universitario Rafael Rangel, ULA. Es autor de los libros: *Región Poética* (2003), ensayos sobre la obra del poeta venezolano Ramón Palomares y *Espero Igual Espero* (2004), de poesía. Ha participado en congresos nacionales e internacionales, publicando en revistas como *Educere*, *Cifra Nueva*, *Zona Tórrida*, *Voz y Escritura de Universidades Venezolanas y en Latinoamérica. Anuario de Estudios Latinoamericanos* de la Universidad Nacional Autónoma de México. Actualmente coordina el programa de maestría en Literatura Latinoamericana del Núcleo Universitario Rafael Rangel-ULA.



Contribuciones desde Coatepec

ISSN: 1870-0365

rcontribucionesc@uaemex.mx

Universidad Autónoma del Estado de México
México

Collazo Odriozola, Jaime
El dictador Francia y la sociedad paraguaya
Contribuciones desde Coatepec, núm. 7, julio-diciembre, 2004, pp. 81-107
Universidad Autónoma del Estado de México
Toluca, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28100705>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

El dictador Francia y la sociedad paraguaya

JAIME COLLAZO ODRIÓZOLA¹

Resumen. Este artículo intenta divulgar algunas características de ese peculiar líder paraguayo de la primera hora luego de la dominación española y de la forma en que su personalidad se correspondía con la mentalidad colectiva de la población paraguaya, en su enorme mayoría dedicada a las actividades agrícolas y ganadera.

Palabras clave: Independencia de Paraguay, Dictadura, política religiosa, paternalismo.

Abstract. *This article tries to reveal some characteristics of that peculiar Paraguayan leader of the first times after Spanish domination and the way his personality matched the collective mentality of the population, most of them dedicated to agricultural and cattle activities.*

Keywords: *Paraguay independence, dictatorship, religious policy, paternalism.*

Intentar entender las líneas de comunicación por medio de las cuales la personalidad, las convicciones y la acción de José Gaspar Rodríguez de Francia se combinaron con la idiosincrasia de la población paraguaya con una firmeza tan resistente como para permitirle ejercer sólidamente el poder durante dos décadas y media hasta su desaparición física requiere acercarse a las peculiaridades materiales y espirituales de una sociedad formada a lo largo de tres siglos, a partir de los contactos establecidos por los primeros españoles llegados a la región con grupos humanos residentes en la zona desde tiempo atrás. Culturas totalmente diferentes se mezclaron para dar lugar a algo novedoso y peculiar. Estas razones nos obligan a comenzar la exposición con una semblanza de la situación del país en el momento de producirse la revolución de independencia en las colonias españolas en este continente.

¹ Facultad de Humanidades de la Universidad Autónoma del Estado de México.
jaimecollazo@prodigy.net.mx

El Paraguay de 1810

Cuando la corona de Castilla y León comprendió la naturaleza diferente y original de las tierras recién descubiertas, acometió la empresa de conquista en las mismas a pesar de contar con muy rudimentarios recursos administrativos para su control. (v. Anderson, 1979: primera parte, cap. tercero). Tampoco disponía de una población suficiente como para encarar una empresa colonizadora. La situación y la mentalidad la obligaron a ponerse en manos de los guerreros, estos sí, abundantes en sus territorios peninsulares. La mentalidad nobiliaria de los conquistadores limitó sus posibilidades para instalarse en las nuevas tierras. Solamente podrían permanecer donde hubiera abundante mano de obra adiestrada para generar importantes excedentes. No fue casual su implantación exitosa en México y Perú, donde habían florecido los dos últimos imperios más poblados en el continente. Tampoco lo fue la fundación allí de los dos únicos centros virreinales establecidos por los Habsburgo. Las huestes castellanas ocuparon con cierta facilidad las tierras altas extendidas entre el valle de México y los valles centrales del actual territorio de Chile. En el resto del continente se diseminaban poblaciones recolectoras, sin hábitos de trabajo, con una densidad demográfica acorde con esa forma de subsistencia. Para los invasores, sobrevivir en esas regiones implicaba trabajar para producir el sustento, actividad para la cual no estaban habilitados quienes llevaban a cabo la empresa de conquista. En algunos puntos muy escasos, algunos grupos practicaban cierta agricultura nómada de muy baja productividad, generadora de exiguos excedentes.

La búsqueda de nuevas tierras por parte de militares ansiosos de riqueza y el interés de la corona por descubrir un pasaje hacia las verdaderas Indias llevaron a algunos pocos capitanes al Río de la Plata. En 1535 Pedro de Mendoza funda por primera vez una fortificación en la margen izquierda de la desembocadura del Riachuelo, junto al estuario mencionado.² Con el tiempo, allí se desarrollaría la ciudad de Buenos Aires. La ausencia de población productora convirtió la empresa en una pesadilla. Juan de Ayolas encabezando una parte considerable de la expedición remontó el río. En la confluencia de Paraná y Paraguay el grupo mayor se internó por el último y frente a la desembocadura del Pilcomayo fue fundado otro establecimiento fortificado. En poco años se transformará en la ciudad de “Nuestra Señora de la Asunción”. Sería la primera fundación completamente exitosa en la vertiente atlántica de las posesiones españolas al sur del ecuador. Desde allí se llevarían a cabo las fundaciones de la mayor parte de las ciudades ribereñas aguas

² El Río de la Plata, llamado por los prehispánicos Paraná Guazú (Río grande como mar) y por su descubridor Mar Dulce, es un estuario.

abajo: Santa Fe, Rosario, Paraná, Corrientes y la propia Buenos Aires en 1580.³ La evolución posterior del subcontinente, el desarrollo de la dependencia económica con países transoceánicos, permiten afirmar, en forma metafórica, que Asunción selló su sentencia a la relegación en el momento de fundar la actual capital de la República Argentina. Una estratégica ubicación otorgaría a esta última la llave de los ríos más importantes de la zona y, en general, de toda la cuenca del Plata. Toda comunicación con el exterior deberá hacerse por allí.

El aislamiento de las costas oceánicas y la lejanía de todo centro poblado por europeos, impondrá varias características distintivas a la población descendiente de la mezcla de aquellos primeros españoles con las nativas de la región. Aun en la actualidad, por ejemplo, Paraguay es el único país de este continente con un idioma oficial prehispánico.⁴ Esto no es un capricho impuesto por decisiones administrativas, es el reflejo de las condiciones existentes. Toda la población lo habla y entiende perfectamente; en ciertos niveles populares es el idioma más utilizado; también son notorias algunas deficiencias y dificultades en el manejo del castellano por sectores de la población con baja escolaridad. Como diría Braudel, son estructuras de larga duración, difíciles de transformar para la voluntad humana (Braudel, 1968: 60-106).

Rodeada por grupos humanos hostiles, sin asistencia militar de la metrópoli, alejada de todo centro poblado por españoles o sus descendientes, Asunción debió implantar desde sus orígenes un servicio militar obligatorio y gratuito. Los hombres no solamente debían integrar los cuerpos militares destinados a defender a toda la población contra las incursiones adversas, sino también pagar de su peculio familiar todos los gastos ocasionados por ese servicio. El desarrollo de una conciencia de no poder esperar nada del exterior, el acostumbamiento a la convivencia militar para el combate, la camaradería propia de quienes se juegan la vida juntos, el desinterés de la nobleza peninsular por una región carente de las riquezas prometidas por otras partes del continente, generó en sus pobladores un carácter independiente e igualitario. Vivir constantemente en guardia contra ataques por sorpresa hizo de la región una zona militar. Hasta la actualidad llama la atención del visitante la enorme cantidad de grados militares en la nomenclatura de las calles de las ciudades paraguayas en general y de Asunción en particular. De esta independencia y disposición a la lucha, el episodio más destacado fue el protagonizado por los comuneros del Paraguay durante el siglo XVIII, cuando expulsaron gobernantes investidos por autoridades superiores, actitud con antecedentes en los mismos

³ La fundación realizada por Mendoza en 1536 desapareció en 1541, cuando Domingo Martínez de Irala llevó los restos de la población para la ciudad de Asunción.

⁴ Los idiomas oficiales son el castellano y el guaraní.

orígenes cuando los primeros pobladores rechazaron a Alvar Núñez Cabeza de Vaca. En ese momento la propia corona alentó actitudes de este tipo, aprobando la destitución, confirmando la designación local de Irala y otorgando a los habitantes la facultad de nombrar sus autoridades en caso de vacancia, hasta la llegada de los designados por el gobierno o la confirmación de los investidos por ellos mismos.

En lo relativo a las actividades económicas, mientras el resto de los territorios del continente se vinculaban directamente con España y con algunas potencias europeas, especialmente con Inglaterra, tanto legal como ilegalmente, el Paraguay desarrollaba sus relaciones comerciales con las regiones limítrofes. Su principal renglón de exportación lo constituía la yerba mate, consumida en casi todo el virreinato del Río de la Plata y otras zonas del continente (v. Garavaglia, 1983). En segundo término exportaba tabaco fuerte de hebra negra, consumido en la misma región. Recién en tercer término aparecen las maderas, entre las cuales había varias de alta calidad. En tiempos coloniales tampoco este rubro llegaba en cantidades apreciables al continente europeo. Con estas características se venía desarrollando la ciudad de Asunción, cuando recibió la comunicación de Buenos Aires, donde le daba cuenta de los sucesos acaecidos en mayo de 1810, los cuales culminaron con la formación de una junta integrada con criollos para gobernar el virreinato.

La independencia

El 24 de julio de 1810, doscientos representantes de los sectores más destacados de la sociedad paraguaya se reúnen en Cabildo Abierto para decidir acerca de la invitación-intimación de la Junta de Mayo a unirse a las “demás provincias”, enviando un representante para formar el congreso de diputados de todas las integrantes del virreinato. Los paraguayos decidieron considerar al Consejo de Regencia como legítimo representante de Fernando VII, pero al mismo tiempo, mantener relaciones amistosas con la autoridad erigida en Buenos Aires. A diferencia de Montevideo, no constituía una oposición abierta, hostil y beligerante, pero la letra cortés no ocultaba la decisión de no aceptar la autoridad de la capital del virreinato como heredera del antiguo poder borbónico. Se produjo la reacción esperada: los porteños⁵ decidieron enviar un ejército a someter a los “rebeldes”, bajo las órdenes del general Belgrano. En los primeros meses del año siguiente se enfrentaron ambas partes en dos batallas y varias escaramuzas. En el primer enfrentamiento serio, cuyo desarrollo inicial era favorable a los invasores, el gobernador

⁵ “Porteño” es designación usual de los naturales de cualquier puerto, pero en el Río de la Plata se utiliza únicamente para designar a los habitantes de la ciudad de Buenos Aires.

Bernardo de Velazco y Huidobro huyó del campo de batalla. Al llegar las primeras noticias aciagas a la capital, muchos españoles embarcaron caudales considerables de dinero, aprestándose a la partida. Anteriormente habían negado colaboraciones al ejército para enfrentar a los venidos del sur, alegando no tener medios. Ambas acciones cayeron muy mal entre los criollos y estimularon el crecimiento de conciliábulos conspirativos. En 1806, cuando los ingleses tomaron Buenos Aires, el entonces virrey, Marqués de Sobremonte, también había huido del campo de batalla. Vivos en el recuerdo popular, esos sucesos no contribuían a elevar el respeto hacia las autoridades peninsulares. En aquella época, los patricios porteños habían destituido al virrey, nombrando al jefe de la resistencia contra los británicos, Santiago de Liniers, de origen francés, el cual fue confirmado posteriormente por Carlos IV. La propia autoridad peninsular enviaba mensajes de aprobación a la acción autónoma de los criollos, desamparando las autoridades enviadas por ella misma.

Esa primera batalla finalmente fue un triunfo de los paraguayos al mando de Fulgencio Yegros, un criollo que asumió el mando ante la desertión del gobernador. La segunda batalla fue otro triunfo paraguayo, comandados por otro criollo: Manuel A. Cavañas.⁶ En la capitulación del ejército bonaerense, Belgrano intentó la seducción con la promesa de eliminar todo monopolio, el estanco del tabaco y establecer el libre comercio, sabiendo la calidad de productores de casi todos los adversarios presentes. El propio Cavañas era uno de los primeros productores de tabaco del país. De momento no tuvo éxito pero sembró la semilla de futuras disidencias.

Los éxitos estimularon a los criollos y les dieron confianza en sus capacidades. Inspirados en el ejemplo porteño e influidos por la situación general del continente, fueron organizando la conspiración para destituir a las autoridades peninsulares y establecer un gobierno con personajes locales. La princesa Carlota Joaquina de Borbón, hermana de Fernando VII, esposa del rey de Portugal, residía en el vecino Brasil desde la huida de la corte portuguesa de las tropas napoleónicas. Rumores acerca de la entrega del mando del territorio a la princesa aceleraron el desenlace. El 14 de mayo de 1811 por la noche tomaron los cuarteles. El 16 se establece un gobierno provisional integrado por Velazco, el gobernador, Francia y Zeballos. A partir de ese momento, se hace notoria la aversión del segundo a cualquier tipo de arreglo con Buenos Aires. Se las ingenió para neutralizar todos los intentos para unir a Paraguay con las otras provincias, alentados fundamentalmente por el grupo de comerciantes, cuyo principal mercado estaba allí. Desde el

⁶ Los documentos de la época lo escriben con “v”, Cavañas. Respetamos esa forma aunque algunos textos modernos lo escriben con “b”, Cabañas.

comienzo parece tener en mente la independencia total del país. Según Efraím Cardozo, hasta ese momento “había sido el director oculto del movimiento”. El primer manifiesto, redactado por él, aclara la intención de no admitir autoridad alguna por encima de la provincia. Solamente se acepta el propósito de confederación con las otras unidades del virreinato “para la defensa común (...) bajo un sistema de mutua unión, amistad y conformidad cuya base sea la igualdad de derechos” (Viola, 1992).⁷

Francia

José Gaspar Rodríguez de Francia nació en Asunción el 6 de enero de 1766. Su padre había llegado con un grupo de brasileños para dedicarse a la siembra y cultivo del tabaco. Durante mucho tiempo su origen fue bastante incierto porque en diferentes documentos dejó establecidos cuatro países de donde procedía: Portugal, Brasil, España y Francia. Sus biógrafos actuales aseguran la existencia de documentos atestiguando su nacimiento “en Mariana, Distrito del Virreinato de Río de Janeiro”. Su madre, doña María Josefa de Velazco era sobrina nieta de un gobernador y Capitán General de la provincia. El niño Gaspar cursó los estudios elementales en su tierra natal, y en Córdoba, los superiores. Las apariencias han hecho pensar que su destino era el sacerdocio, sin embargo, aunque obtuvo el doctorado en teología, jamás se ordenó. De regreso, ejerció la docencia y la abogacía desde 1786.⁸

Como abogado se dedicó a la defensa de los más desvalidos. Aunque su origen no tenía nada de humilde, siempre tuvo especial cuidado en la defensa de sus derechos. Su respeto hacia los pobres se mantuvo durante toda su vida, como también su desconfianza hacia quienes alcanzaban elevados niveles de vida o demasiado poder. Sus más acérrimos detractores han elaborado interpretaciones muy rebuscadas sobre su actitud y conducta, pero ninguno ha podido desmentir esa “fiebre igualitaria”. John Robertson, un testimonio nada complaciente con el personaje, sostuvo: “Era todo humildad y condescendencia para con los inferiores, y todo altivez para las clases sociales superiores” (García, 1963: 240). En ocasión de convocar a elecciones para el Congreso de 1813, un comisionado solicita aclaraciones sobre la forma de realizar la elección y las personas habilitadas para participar. La respuesta de Francia es inmediata:

⁷ Todas las citas de este documento están tomadas de Alfredo Viola, (Viola, 1992).

⁸ Las dos biografías personales más modernas son: Justo Pastor Benítez, *La vida solitaria del Dr. José Gaspar de Francia* y Julio César Chaves, *El supremo dictador*.

...Las cualidades que se requieren en los sufragantes del Congreso general de que trata el oficio convocatorio que cita usted en el suyo de nueve del corriente, no penden del calzado ni de otros adornos exteriores, que no teniendo la menor conexión con las circunstancias que constituyen el carácter de un hombre de bien y honrado patriota, nada influyen en lo formal del objeto que se ha propuesto esta superioridad en su citada convocatoria... (ANA, N. E. 3409).

El triunvirato formado en mayo debía convocar y presidir un congreso general para el 17 de junio, en el cual se debería establecer un gobierno y determinar las relaciones a llevarse con Buenos Aires. Los discursos leídos en la inauguración, redactados por Francia, muestran un conocimiento cabal de la teoría roussoniana del “contrato social” y una formación iluminista muy marcada. Con el tiempo, la manera de ejercer el gobierno unipersonal evocará la teoría del despotismo ilustrado formulada por los filósofos del siglo XVIII.

El Congreso destituyó a Bernardo de Velazco y creó una Junta Superior Gubernativa presidida por Fulgencio Yegros e integrada por Pedro Juan Caballero, Francisco Javier Bogarín, Fernando de la Mora y Francia como vocales. Se resuelve reservar los cargos públicos para los nativos del país, se abolieron algunos impuestos al comercio, se creó otro para costear las tropas destinadas a defender las fronteras y se decidió enviar un delegado a Buenos Aires para confederarse con las otras provincias del virreinato. Nadie menciona ningún tipo de maniobra, pero llama la atención el nombramiento de Francia como delegado para cumplir el último objetivo, lo cual le permitió neutralizar esa decisión. Por supuesto, nunca llegó a la capital del ex virreinato ni se llevó a cabo ningún pacto de confederación. De allí en adelante, la vida política del país estuvo mediatizada por su figura. Aunque luego se retirará de la Junta por discrepancias ideológicas, aun alejado en su estancia⁹ de Ibiray, seguía atrayendo la atención y haciendo viajar a sus partidarios y otros negociadores hasta su domicilio. Las renunciaciones y los retiros serán utilizados para presionar políticamente hasta lograr un poder militar propio y separar del poder a todos sus enemigos políticos. Su notoriedad hacía muy efectivo el recurso, lo cual demuestra no solamente la popularidad del personaje, sino también el grado de ascendiente alcanzado entre sus compatriotas. Ya se había hecho notorio su carisma caudillista, aunque careciese de otras cualidades estadísticamente distintivas del resto de los caudillos del continente. En una obra claramente acusatoria del personaje, Rengger, cuya finalidad era desprestigiar a Francia, dejó asentado: “El doctor Francia, cuyos talentos superiores, y sus vastos cono-

⁹ Se designa con el término “estancia” lo mismo que en México fue llamado “hacienda”.

cimientos le daban un ascendiente señalado sobre sus compatriotas, muy luego llegó a ser el alma del nuevo gobierno...” (Rengger, 1995: 12).

La Junta fue reduciendo su número por la salida de algunos miembros, lo cual determinó la convocatoria de otro congreso para resolver sobre la propuesta de una alianza gestionada por Buenos Aires y el nombramiento de un nuevo gobierno. Fue el más numeroso de todos los congresos, tanto por la cantidad de los votantes, como por el número de delegados convocados. Mientras el emisario porteño esperaba, se fue postergando la inauguración del evento, hasta reunirse finalmente el 30 de setiembre de 1813.

El consulado

Inspirados en las instituciones de la República romana, el Congreso derogó la Junta y estableció un consulado integrado por dos miembros: Fulgencio Yegros y Gaspar de Francia. Siendo el primero un militar con poca preparación y desconocedor de los laberintos burocráticos, era claro en quien recaían las tareas gubernamentales y administrativas. Ya en tiempo de la Junta, las ausencias de Francia creaban una confusión enorme y un desorden administrativo considerable. El ejército, las armas y la pólvora se dividieron por mitades entre ambos gobernantes. Desapareció totalmente de toda la documentación cualquier referencia a Fernando VII y se introduce la designación de República junto con las magistraturas que caracterizaron a la antigua.

El gobierno inicia una serie de resoluciones gubernamentales cuya dirección e intencionalidad continuará durante los gobiernos personales de Francia, lo cual delata su autoría en todo lo relativo a la dirección del nuevo país. La actitud frente a los españoles fue tornándose progresivamente más dura. En primer lugar, se impuso a todos los extranjeros no participantes en la defensa de las fronteras, contribuciones económicas para sostenerla. Esa resolución permanecerá en vigencia durante toda la dictadura y se aplicará cada vez que el país se encuentre en situaciones de emergencia o guerra. Posteriormente se llevó a cabo un censo de españoles, buscando conocer la cantidad de inmigrantes provenientes del resto de las provincias, corriente incrementada proporcionalmente a la profundización de la revolución de independencia, en el resto del virreinato. Se tenía la intención de radicar a muchos y expulsar a otros, aunque nunca se materializó. Pudo haber sido utilizado como una amenaza para desalentar actividades contrarias a la independencia. Algunos fueron removidos de los cargos administrativos y sustituidos por criollos. Al respecto, resulta sugestiva la introducción a la resolución fechada el 21 de diciembre de 1815:

No pudiendo por más tiempo resistir los latidos de mi conciencia sobre la continuación de algunos empleados extraños que aún permanecen en la ocupación y goce de oficios y cargos, de consecuencia con rebaja de la estimación y justa consideración debida a los Patricios Beneméritos y muy idóneos para obtenerlos, he tomado con esta fecha la resolución que expresa el Decreto del tenor siguiente... (ANA, S.H., vol. 224, núm. 5).¹⁰

Finalmente, se prohíbe el casamiento de españoles con criollas blancas. De esta manera, los españoles no podían dejar “herederos forzosos” a su fallecimiento, por lo cual sus bienes serían heredados por el estado. En algunas provincias se adoptaron medidas más drásticas. En otro orden de cosas, se estableció la bandera tricolor y la escarapela con los mismos colores que debían llevar los cónsules en sus sombreros sobre una cinta azul.

La dictadura

El consulado había sido previsto para durar un año, por lo cual en 1814 los cónsules realizaron el llamamiento para un nuevo congreso el 3 de octubre. Los delegados serían electos en una reunión de todos los habitantes del lugar en cada uno de los pueblos. Votaban los hombres casados y los solteros mayores de 23 años, pero es significativo que también debían excluirse:

Los que estén notados, o sindicados de opuestos, o desafectos a la causa de la libertad o que sean faccionarios de los enemigos de ella, pues el gobierno (no) los admitirá en el congreso general; y aun cuando llegasen a ser tolerados, sería nulo e insubsistente cuanto por su siniestra o depravada influencia se llegase a deliberar... (Viola, 1984: 75-76).

Llama la atención el alegato de Viola al elogiar a Francia por haber establecido el sufragio universal y sostener que se adelantó a su época por haberlo hecho. Nos es difícil compartir su criterio. Dejando de lado el “pequeño detalle” de la cita anterior, no podemos dejar de recordar la Primera República Francesa en 1792, cuyos gobernantes fueron elegidos por ese método sin ninguna cortapisa. Agregando limitaciones, no podemos olvidar la prohibición de participar a los clérigos. Pero también hay una particularidad de la situación política muy esclarecedora al respecto: el Dr. Francia era enormemente popular entre los sectores menos

¹⁰ Aunque hemos adaptado a nuestros días la ortografía, hemos mantenido algunas mayúsculas por lo significativas.

favorecidos, si solamente votaban los propietarios podía dificultarse el objetivo de alcanzar el poder total y personal; en cambio, al votar toda la población tenía casi asegurada la mayoría. Podemos sospechar una intención política más que una actitud principista en esa determinación. Lo anterior se ve reforzado si tenemos en cuenta que esta práctica se instauró sólo para dos ocasiones, significativamente fueron las instancias en las cuales Francia acumuló la totalidad del poder y lo hizo vitalicio. Luego de 1816 no hubo más congresos. A la muerte de Francia, en 1840, el proceso irá en sentido contrario: Carlos Antonio López buscará restringir progresivamente las posibilidades de acceder al voto de la población paraguaya, reservándolo en exclusividad a los propietarios. Antes de iniciarse el congreso de 1814 fueron confinados a sus estancias dos destacadas figuras del partido realista pro-español: Juan Manuel Gamarra y José Teodoro Fernández, y un antiguo patriota: Pedro Juan Caballero. Relativo al último, veinticuatro años más tarde, el dictador aludió a su relación con un mercader español, Tomás Verges, exportador de yerba, el cual era socio de un comerciante bonaerense.

Los partidarios de Francia se movilizaron con gran velocidad en todo el país antes de reunirse el Congreso. Desde su última reincorporación a la Junta, la administración pública había funcionado regularmente y se habían limitado los abusos de las autoridades del interior del país. Su prestigio no había cesado de crecer en el período del consulado, especialmente en la campaña, donde la seguridad permitía trabajar con seguridad, tranquilidad y en paz. Aparentemente fueron esos campesinos quienes le aseguraron el triunfo. Fue abrumadora la mayoría que votó, primero por la concentración del mando en una sola persona y luego, por José Gaspar Rodríguez de Francia para ejercerlo. Continuando con las instituciones romanas, el cargo con el cual lo invistieron fue “Dictador Supremo de la República”. El término para el cual fue electo era de cinco años. Al final, se dio oportunidad de expresarse “a los que no estuvieron de acuerdo con lo resuelto”. Con la experiencia de dos siglos de vida independiente, semejante resolución provoca hoy comprensivas sonrisas. Para congresos posteriores, se decidió reducir la cantidad de diputados a la cuarta parte: doscientos cincuenta; el motivo invocado fue evitar la interrupción de las labores agropecuarias a tanta gente. Se suprimió el congreso correspondiente al año siguiente, fijándose para mayo de 1816 la realización del siguiente. Los miembros del cabildo y los comandantes de los cuarteles prestaron juramento de fidelidad a las resoluciones del Congreso.

Tomando en cuenta las circunstancias para las cuales había sido instituida esa magistratura en la República Romana, la historiografía paraguaya ha discutido intensamente la necesidad o inconveniencia de haber designado un dictador en ese momento. La situación interna del Paraguay no hacía evidente la necesidad

de concentración del poder; se gozaba de una relativa tranquilidad; sin embargo, no debemos olvidar el entorno. Las Provincias Unidas de América del Sur prácticamente se habían disgregado en una serie de unidades regionales, que en muchas oportunidades se enfrentaban violentamente. Aunque Paraguay pretendía quedar al margen de esas luchas, no podía evitar sentir los coletazos de esos trastornos, especialmente por las dificultades para su comercio exterior. Al fracasar todas sus embajadas al Paraguay, Buenos Aires decidió imponer sanciones económicas, estableciendo impuestos a los dos productos de exportación de mayor volumen, de los cuales se obtenían los más elevados ingresos: la yerba y el tabaco. Aunque estaba por caer, Montevideo seguía siendo un baluarte hispánico. En Europa, Fernando VII había sido liberado por Napoleón. Si su regreso a España podía ser una incógnita para los peninsulares, quienes todavía lo esperaban como “el deseado”, no cabía ningún tipo de dudas para los criollos independentistas, máxime cuando durante el lustro anterior habían escudado sus aspiraciones al autogobierno detrás de la fidelidad a su persona. Portugal seguía siendo un peligro permanente, como lo había sido durante el último siglo de dominación colonial. En el resto del continente, los españoles prácticamente habían sofocado todos los centros de rebelión y recuperado el poder y los territorios. Las tropas realistas amenazaban desde el Alto Perú. La victoria de Belgrano en Tucumán ejerció una función de aliento y esperanza, pero desde el punto de vista militar no modificó sustancialmente la correlación de fuerzas. Aunque seguramente todavía no se conocía de este lado del Atlántico, también en Europa se cernían vientos de fronda para los nacientes países; el Congreso de Viena estaba elaborando los principios que regirían la situación europea y la de sus colonias o ex colonias para la reorganización post napoleónica. Tal vez este contexto y la percepción colectiva de peligros, más latentes que manifiestos, provocaron la concentración del poder en el “tribuno del pueblo” por tiempo limitado. Por otra parte, no es ocioso retomar las palabras de Rengger para situarse en el momento:

En aquella época no había, no diré en el congreso, sino en todo el Paraguay, veinte personas que supiesen lo que significaba la palabra dictador; no se atribuía otro sentido que el de gobernador (Rengger, 1995: 29).

En mayo de 1816, en el siguiente congreso, no parece haber habido dificultades para lograr la perpetuidad de la magistratura dictatorial. La sociedad paraguaya era predominantemente rural. Los campesinos tienden extender su horizonte de preocupaciones a las actividades más directamente vinculadas con su actividad; las relaciones exteriores, la defensa y otras actividades más distantes y abstractas suelen dejarlas en manos de alguien por quien sientan confianza.

Haciendo historia comparativa, Viola resalta lo generalizado de esa búsqueda de la concentración de poderes en la época; menciona varios ejemplos, entre los cuales incluye a Bolívar, en una proposición posterior en doce años. La prioridad, según él, era consolidar la independencia y muchos contemporáneos consideraban el poder unipersonal y vitalicio como la forma más adecuada para llevarlo a buen término. Lo llamativo no es el depósito de la suma del poder en Francia, sino el tiempo durante el cual se mantuvo sin competencia. En 1820 hubo una represión contra un grupo acusado de preparar un atentado contra su vida. Todos los enjuiciados eran miembros de la oligarquía o antiguos héroes de la independencia. En situaciones críticas algunos de esos personajes podían convertirse en alternativas viables y la derrota de Buenos Aires por los federales entrerrianos y santafecinos, en ese mismo año, creaba una situación incierta para el futuro de toda la región. Quizá esa circunstancia explique la dureza de la represalia.

Personalidad del caudillo

Dentro del panorama general del caudillismo de la primera mitad del siglo XIX, si bien desde el punto de vista político pueden encontrarse afinidades entre el paraguay y sus pares continentales, también resaltan notablemente características personales y sociales que lo distinguen con claridad. Sin duda influyeron en esta circunstancia el medio ambiente donde se formó, las condiciones familiares y muchas otras condicionantes, pero es innegable la diferencia que lo separa de la imagen generalizada del caudillo hispanoamericano.

En primer lugar, desde el punto de vista del machismo característico en todas las sociedades predominantemente rurales y ganaderas, adolecía de dos carencias básicas. Primero, no era un militar ni había pasado por la experiencia del combate. En un país con una tradición como la paraguaya, esto podía ser una limitación importante. La capacidad de maniobra de Francia se manifestó, precisamente, en la forma de ir alejando a los próceres de la independencia: Manuel Cavañas, Pedro Juan Caballero y, por último, Fulgencio Yegros, todos ellos militares victoriosos contra las fuerzas que intentaron someter el país a poderes ajenos a su propio territorio e intereses. Para no exagerar la superioridad de Francia, cabe recordar que si bien fueron militares victoriosos, no eran políticos avezados e ignoraban casi todo lo relativo a la administración. Incluso sus conocimientos generales parecen haber adolecido de limitaciones insalvables, como lo señaló Rengger, según hemos visto.

La segunda diferencia fue haber permanecido soltero durante toda su vida, sin habersele conocido mujer. Chismes contemporáneos informan que, con suma

discreción, visitó regularmente a una dama durante un lapso considerable, siendo ya la máxima autoridad del país; pero la anécdota no pasa de eso y sus visitas parecen haber sido todas formales, públicas y en horas de la tarde; algo más parecido a la asistencia a una tertulia que a un cortejo galante.

Una manifestación de su compenetración con el pueblo paraguayo fue su manifiesto ascetismo. Ni en el vestir ni en el comer ni en el beber se caracterizó el doctor Francia por ningún exceso. A pesar del poder que reunió y de las posibilidades que tuvo, jamás pareció interesarse por riqueza material personal. Descuidó incluso sus intereses particulares y todas sus propiedades. No incrementó su riqueza durante las poco menos de tres décadas de su actuación en el gobierno. Luego de su desaparición física, sus bienes pasaron al Estado en aplicación de una ley que él mismo había promulgado. Ni siquiera disponía de la totalidad del salario fijado por el congreso. A su muerte dejó varios miles de pesos sin cobrar, una parte de los cuales fueron aplicados a la educación. Según Rengger y Lompchamp, el Congreso de 1814 le asignó nueve mil pesos anuales como sueldo, pero Francia sólo aceptó “la tercera parte, diciendo que más dinero necesitaba el estado que el dictador” y señalan el acto como “prueba de un desinterés que posteriormente nunca ha desmentido” (Rengger, 1995: 29), más adelante agregan:

Tan generoso en sus gastos personales cuanto es avaro de la fortuna pública, paga corrientemente todo cuanto necesita. Su fortuna particular no se ha resentido en nada de su elevación; jamás ha recibido regalos, y siempre está atrasado en sus sueldos: hasta sus mismos enemigos le hacen justicia en esta parte (Rengger, 1995: 298).

En una sociedad donde la ostentación parece haber sido considerada ofensiva, porque rompía con la tradición igualitaria, esa actitud era lo normal en el medio donde vivió y gobernó. Sus detractores más radicales han atribuido su honradez al “rencor igualitario” y su menosprecio por los ricos a la ausencia de fortuna personal, lo cual fue evidentemente falso. Julio Llanos afirma: “Su honradez era el instinto y el deseo de una superioridad evidentemente orgullosa” (García, 1963: t. I, 236). Su ejemplo de sobriedad y honradez en su vida privada sin duda influyó en muchas de las adhesiones personales que lo elevaron al poder. Francisco Wisner de Morgenstern relata:

El 6 de enero de 1817, con motivo del cumpleaños del Dictador, se le ofreció una recepción (...) más importante que en cualquier otro año. Sin embargo, él no aceptó ningún obsequio, sosteniendo que era necesario abolir esa corrupta práctica

española, que conducía a imponer una obligación al pobre, que a menudo debía hacer un sacrificio para seguir la misma (White, 1989: 7).

A diferencia de otros caudillos, cuya honestidad personal jamás fue puesta en duda, tampoco permitió la deshonestidad en el resto de los funcionarios de su gobierno. Fue inflexible con cualquier tipo de corrupción o de intentos de chantaje por haberlo apoyado en su ascenso al poder, como ocurrió con el delegado de Concepción, José Miguel Ibáñez y su hijo Silbestre (v. Bouvet, s.a.: 93-124). El primero murió en la cárcel y su hijo de 23 años estuvo preso hasta la desaparición física del dictador.

Obra de gobierno

Francia gobernó en forma totalmente personal el Paraguay, por lo menos desde su nombramiento como dictador, en 1814, hasta su muerte en 1840. Los historiadores liberales hicieron famosas la dureza e inflexibilidad del dictador, pero es necesario tener cuidado con los juicios de valor absolutos. La población paraguaya tenía un alto nivel de alfabetización. El gobierno intentó elevarlo o al menos mantenerlo. Sin embargo, la mayor parte de los escritos sobre las características más tenebrosas del régimen han sido y son extranjeros o paraguayos residentes en el exterior.¹¹ Más allá de las peticiones y los juicios, normales en cualquier parte del mundo, apenas hay testimonios escritos internos quejándose por su forma de gobernar. Tal vez el contraste entre un país rural, con una cultura mestiza, y los hombres acostumbrados a vivir en la civilización europea o en Buenos Aires, la mejor imitación en la región, provocó esos juicios. Pero hay en esa actitud una ausencia de perspectiva. Nadie juzga desde un vacío axiológico, todos debemos hacerlo desde los valores introyectados desde la infancia. Tampoco debemos dejar de lado el peso de los intereses materiales en los juicios emitidos como imparciales. Hace poco, fue significativa la circunstancia de gobiernos y gobernantes que se rasgaron las vestiduras en defensa de principios abstractos como la soberanía, por haber sido detenido en Londres el ex dictador de Chile, Augusto Pinochet, sin haber abierto la boca con motivo de la invasión norteamericana a Panamá para detener a Manuel Antonio Noriega, entonces comandante en jefe del ejército y llevárselo para juzgarlo en su país por delitos cometidos fuera de su territorio, con sus leyes, usos y costumbres. En el otro extremo, tampoco debemos olvidar la intimidación como factor disuasivo de las manifestaciones públicas de descontento. El control del correo con el exterior no alentaba denuncias ni quejas en la

¹¹ El más reciente es de John Lynch en Bethell (Bethell, 1999-2002: t. 6, 307-308).

correspondencia. El ejemplo de Carlos Antonio López puede indicarnos una actitud más generalizada en los círculos más favorecidos materialmente. Cuando Francia cerró el Colegio de San Carlos el 23 de marzo de 1823, López era profesor de teología y fue despedido (v. Peters, 1996: 54). Sin ninguna manifestación de protesta, se retiró al campo, donde se dedicó a la lectura, el trabajo de la tierra y a su familia hasta la muerte del dictador. Muchos lo califican de exilio. Luego regresó a la capital y se convirtió en poco tiempo en el hombre fuerte y presidente hasta su propio deceso.

Para un observador actual, lo primero en llamar la atención del estilo de gobernar del Dr. Francia es la ausencia de una legislación detallada y clara. Las órdenes impartidas se basan fundamentalmente en la costumbre y las leyes españolas de la época colonial. No se interesó por un orden jurídico racional y claro, como los predicados por los filósofos iluministas de uso corriente en este siglo. Mientras otros países del continente acumulaban más constituciones que años de vida, Paraguay no tuvo constitución. Apenas unas pocas recomendaciones y ordenanzas aprobadas por los congresos sucesivos, los cuales dejaron de reunirse en 1816. Luego de la desaparición física del dictador se convocará otro congreso para arreglar su sucesión en el poder. Tampoco hubo un cuerpo legislativo. Aquello que más podía parecerse a un decreto, de entre las ordenanzas promulgadas por el dictador, eran órdenes concretas para resolver situaciones específicas, generalmente dirigidas a algún delegado en un territorio limitado. Su forma de administración, aparentemente paternalista, se parece más a la realizada con una gran propiedad privada que a la conducción de un estado.

Más adelante, al hablar de la política económica, se matizará lo relativo al aislamiento al cual se vio sometido el país. Por el momento nos interesa analizar la actitud de sus “defensores”, quienes alegan que jamás intentó aislar al Paraguay, sino que esa medida le fue impuesta por sus vecinos. La afirmación tiene valor para las relaciones económicas, pero en otros terrenos encontramos una preocupación constante por conocer los pasos de todo extranjero que se interna en el territorio, como también por todo paraguayo que ha viajado al exterior. Entre otros muchos, sirve de muestra el siguiente fragmento:

Habiéndose descubierto y averiguado que los espías que pasan de Corrientes a esta banda, en el distrito de Pilar, llevan también haciendas de las que los llamados europeos transponen en aquella villa y que además, sus agentes negociantes y confidentes mantienen correspondencia y comunicaciones con dichos espías, debiendo por lo mismo juzgarse que los europeos de dentro de la República se comunican por este medio con los residentes en otros países enemigos, a más de fomentarse el contrabando (...) el comandante de dicha villa hará embargo general

de todas y cualesquiera haciendas y efectos de comercio de cualquier clase o especie que los infirmados europeos mantengan con aquel distrito (...) 22 de mayo de 1826 (ANA, S. H. Vol. 238).

Tampoco se interesó por difundir entre su pueblo la información acerca de los acontecimientos ocurridos en el exterior, a pesar de su propio interés en estar al día en ese aspecto. Si bien se ocupó de la educación primaria, no mostró ningún interés en desarrollar estudios de niveles más elevados. El único colegio secundario existente, cuyos orígenes se remontaban al período de la dominación española, lo clausuró. Tampoco le preocupó poner en funcionamiento bibliotecas públicas. La suya propia no estaba abierta al público en general, aunque luego de su fallecimiento fue la base de la primera habilitada en Asunción. Mantuvo la censura del correo, instaurada por la Junta de Guerra de 1810, casi con seguridad como fruto de su influencia. Todos sus actos hacen pensar en una intención de aislar al país, buscando preservarlo de los desórdenes y la influencia ejercida desde el exterior. Apoyando este criterio, nos remitimos a ciertos aspectos de su política religiosa, especialmente la relativa a las órdenes regulares.

Una característica de su labor es la minuciosidad con la cual se ocupa personalmente hasta de los menores detalles. A pesar de esta característica, Heins Peters ha puesto de manifiesto, para el caso de la educación, algo también notorio en otros ramos de gobierno. Si bien el dictador deseaba estar enterado de todo lo que pasaba en la totalidad del territorio, no ejercía un centralismo absorbente sobre las autoridades locales. Más bien dejaba un amplio margen de maniobra, dentro de varios lineamientos generales, pero estando muy atento a lo ocurrido para hacer asumir sus responsabilidades a quienes hubieran abusado de sus cargos, o se hubieran excedido en sus atribuciones. En este sentido, sus sanciones y premios no siguen un patrón definido y racional, más bien parecen casuísticos, dependiendo de muchas circunstancias coyunturales.

Política religiosa

A pesar de haberse doctorado en teología, o tal vez por esa misma razón, su política en relación con la Iglesia católica, única existente, no se caracterizó por la complacencia. Aplicó rígidamente los principios de Maquiavelo, del Absolutismo y la Ilustración, subordinando las fuerzas espirituales a los intereses del estado, lo cual, frecuentemente, suele significar los intereses del gobierno.

Dentro de una ordenanza general en la cual se limita todo tipo de reuniones en lugares públicos, se refiere expresamente a las procesiones y otras manifesta-

ciones religiosas. Viola justifica la medida porque, sostiene, mucha gente holgaba aprovechando esas reuniones, mientras el dictador intentaba impulsar el trabajo. Como no encontramos otros documentos avalando esta afirmación, no pareciéndonos convincente la argumentación, nos permitimos citar el decreto, a pesar de ser demasiado largo:

La reunión y junta de gentes de diversas clases y acaso desconocidas en la Plaza Mayor y otras menores y calles públicas de esta ciudad sea en forma de procesión o con cualquier otro título o motivo, no puede convenir, ni verificarse arbitrariamente sin precedente anuencia y conformidad del Supremo Gobierno, no sólo por lo que pueda interesar la conservación del orden y sosiego público, sino también por lo que exigen el decoro y autoridad del mismo gobierno y demás magistrados y corporaciones seculares para allanar los impedimentos o dificultades que puedan ocurrir, prevenir todo inconveniente y proporcionar los preparativos y disposiciones conducentes, según las circunstancias y calidad de los actos o funciones, y que las que sean debidas y convengan en las plazas y calles públicas se ejecuten con el respeto, seguridad y sosiego que corresponda a su dignidad y a la tranquilidad general. En esta virtud ordeno que en adelante no se hagan ni se intenten las indicadas juntas y procesiones sean las que fueren sin expresa anuencia y determinación de este gobierno, firmado de mi mano, siempre que no sean en los mismos días fijados por el calendario y según él conocidos y determinados ya por la costumbre, pues como tales no exigen nueva disposición o señalamiento, pena a los contraventores de cualquier estado o condición de que inmediatamente serán aprehendidos y juzgados como rebeldes y refractarios del orden público. Y para que llegue a noticia de todos... (ANA, S.H. Vol. 226, núm. 1).

La fecha es del 17 de junio de 1816, dos semanas más tarde de habersele designado vitaliciamente para el cargo.

También las órdenes eclesiásticas, cuya comunicación era directa con el exterior por medio de sus superiores regulares, le inspiraban desconfianza, por lo cual en 1815 emite la siguiente resolución

Exigiendo las presentes circunstancias y el estado mismo de la República que las comunidades religiosas existentes en el territorio de ella sean exentas de toda interferencia o ejercicio de jurisdicción de los prelados o autoridades extrañas de otros países; prohíbo y en caso necesario extingo y anulo todo uso de autoridad o supremacía de las mencionadas autoridades, jueces o prelados residentes en otras provincias o gobiernos sobre los conventos de regulares de esta República, sus comunidades religiosas, bienes de cualquiera clase, hermandades o cofradías

anexas o dependientes de ellas. En esta virtud las expresadas comunidades religiosas quedan libres y absueltas de toda obediencia y enteramente independientes de la autoridad de los provinciales, capítulos y visitadores generales de otros estados, provincias o gobiernos, prohibiéndoseles que reciban de ellos títulos, nombramientos de oficios, cartas facultativas, dimisionarias o letras patentes de graduación, habitación, gobierno, disciplina o de otra cualquier policía religiosa (ANA, S. H. Vol. 224, núm. 5).

Con el correr del tiempo y la evolución del problema, sin duda la medida no le pareció suficiente, porque en 1824, mediante otro decreto, suprimió todas las comunidades, según declara, por carecer de lo necesario para asegurar a sus miembros una buena subsistencia. Sin embargo, Viola cita otros documentos de los cuales se infiere una situación no tan miserable de las comunidades, las cuales poseían rentas y propiedades que, como consecuencia del decreto anterior, pasaron a ser poseídas y administradas por el Estado.

El aislamiento al cual fue sometido Paraguay por el Vaticano, al igual que los otros países emancipados del dominio español en este continente, determinó el empobrecimiento progresivo de la Iglesia católica del país y la progresiva escasez de sacerdotes, pues a medida que iban desapareciendo, sus lugares quedaban vacantes, por cuanto no hubo nuevos hasta el fin de la dictadura. Para una persona tan católica como Carlos Antonio López, esa fue la peor tragedia del país durante los mandatos del Dr. Francia.

Política económica

A través de los muchos documentos que atestiguan la preocupación del Dictador por la actividad económica, se puede observar la aplicación de ideas de corte mercantilista. No puede extrañarnos, si recordamos que era la doctrina oficial del Despotismo Ilustrado. En este sentido, la cantidad de metal precioso existente dentro del territorio de la República pasa a ser uno de los centros medulares de su estrategia.

Una de las primeras medidas al respecto fue prohibir la salida de metales preciosos por concepto de rentas por las propiedades poseídas en el país por titulares residentes en el exterior. Comenzó cortando la remisión de las rentas de varias casas propiedad de Gregorio de la Cerda, mendocino, aliado de Fernando de la Mora, introducido como secretario de la primera junta en un período durante el cual Francia no concurrió a ella. También se le canceló la remisión de dinero por el mismo motivo a Baltazar de Cazajús por no haber demostrado adhesión a la

independencia del país. Este último era español. En sus considerandos, la medida apuntaba a dos fines: por un lado, se establece el deseo de no fomentar a los enemigos del país y mucho menos facilitarles medios económicos para realizar holgadamente su tarea. En segundo lugar, lo anotado al comienzo del párrafo. Posteriormente, muchos otros decretos van afinando y modificando el principio, estableciendo la prohibición de sacar metales preciosos del territorio por muchos otros conceptos. Entre las excepciones, se permitirá sacarlo libre de impuestos, cuando quien lo saca lo obtuvo por la venta de armas. Luego se permite a los comerciantes que se han internado al territorio con metales, retirarse con ellos si los negocios no les han obligado a entregarlos en pago.

El sector preferencial era para el comercio. En este sentido su éxito fue muy relativo. Los problemas políticos del entorno geográfico impidieron la posibilidad de un desarrollo considerable. Hacia las Provincias Unidas, las dificultades se presentaron con casi todas las partes en conflicto. Hacia Brasil, la hostilidad de las autoridades de Matto Grosso y la ayuda prestada por éstas a los indios Mbayas, motivaron la medida de cortar todo tipo de relaciones. Con ese país, la zona privilegiada fue Itapúa. Por allí llegaban comerciantes brasileños y se estableció una actividad muy controlada, pero sostenida. El otro punto importante era el puerto de Pilar, cerca de la confluencia de los ríos Paraná y Paraguay. Quien pudiera atravesar las zonas conflictivas de las Provincias Unidas del Río de la Plata con mercancías, debía mercarlas allí. Francia se preocupó por evitar la llegada de mucha gente a la ciudad capital. La tesis de Viola, muy bien sustentada, se basa en la precedencia absoluta del problema de la independencia. Todo fue supeditado a su consecución y mantenimiento. Cualquier variable que la mediatizara o la pusiera en peligro era inmediatamente sacrificada. En este caso, según él, las relaciones comerciales con el exterior fueron sacrificadas al supremo objetivo del gobierno.

Para el mantenimiento de la independencia, la obtención de armas fue otra de sus preocupaciones constantes, desde el primer alzamiento contra las autoridades españolas. A quien puede hacerlas llegar al Paraguay se le otorgan ventajas y facilidades que ningún otro tipo de comerciante obtuvo durante el largo período de su gobierno. De todas maneras, el éxito no fue estrepitoso. Los bloqueos fluviales y los decomisos de algunos cargamentos transportados por ingleses restaron estímulos a los comerciantes extranjeros para llegar al país con ese tipo de mercancía.

Política exterior

Buscando preservar la independencia del país, Francia tuvo mucho cuidado en no inmiscuirse en los problemas de las otras regiones, especialmente de las limítrofes. En sentido político, efectivamente buscó aislar al Paraguay de los desórdenes generalizados que caracterizaron al resto del continente. El caudillo oriental Artigas y varios gobernantes correntinos buscaron apoyo en el gobernante paraguayo, inspirador de confianza por la estabilidad de su país. Incluso el Brasil, con su Imperio y su estabilidad, debió enfrentar varios alzamientos contra el poder central y un serio intento secesionista de su parte austral. En 1835 se inicia la “revolución de los farrapos”, la cual establecerá una república con capital en Piratiny, vigente durante una década completa de lucha constante contra el Imperio. Esa nueva formación política buscó ganar la alianza paraguaya por considerarla muy importante pero todo fue en vano.

Francia no se negó a recibir representantes de países extranjeros, pero en ese sentido era sumamente desconfiado. A la menor sospecha de duplicidad o manejos poco claros, era despedido el agente, sin permitírsele más llegar a la ciudad de Asunción. Quienes llegaban al Paraguay, si lo hacían por el río, debían detenerse en Pilar y allí esperar la autorización de Asunción para seguir su viaje. Los llegados por tierra debían detenerse en Itapúa, actual Encarnación. Los barcos venidos del norte eran detenidos en los fuertes ribereños del alto Paraguay. Demás está decir que pocas veces llegaba esa autorización. Era más frecuente la expulsión o la demora indefinida con el expediente de solicitar infinitas ampliaciones de informes. Quizá el caso más famoso haya sido el de Manuel Antonio Correa Da Camara, enviado por el Imperio del Brasil a mediados de la década de los veinte, buscando la alianza paraguaya para su guerra con Buenos Aires. Correa Da Camara pudo recorrer el camino entre Itapúa y Asunción mediante cartas sumamente zalame-ras y promesas desmesuradas. Luego de asegurar al dictador cosas que no podía cumplir, regresó a Brasil a obtener lo reclamado por el Paraguay. Al quedar al descubierto su maniobra, no se le permitió retornar a Asunción y se le retuvo en la zona de Itapúa durante un lapso considerable. Años más tarde regresaría como embajador de la República de San Pedro de Río Grande del Sur, pero tampoco le fue permitido acercarse a la capital.

Además del comercio, aunque ligado estrechamente a él, una de las preocupaciones permanentes del gobierno fue la libre navegación de los ríos. En todo el continente, ningún país sufrió como el Paraguay los efectos del control de los ríos internacionales. Su comercio podía ser obstruido por las provincias de Corrientes, Santa Fe, Entre Ríos y, fundamentalmente, Buenos Aires. También Artigas, el

caudillo del litoral, obstruyó el río al paso de naves con productos paraguayos o con artículos hacia ese país. Presumiblemente, este problema fue uno de los causantes de la mayor parte de las desafecciones producidas entre las filas de la oligarquía comercial y plantadora. Formado por españoles y criollos, este grupo mantenía estrechas relaciones con los porteños. La buena armonía con la capital platense era vital para sus negocios. A medida que disminuía el monto de las exportaciones, crecía el descontento con la forma de conducir las cuestiones de gobierno en el país.

Según Viola, “El bloqueo fue el precio de la soberanía...”. Las dificultades empiezan en 1810, como consecuencia del rechazo de la nota enviada por la Junta de Mayo. Inmediatamente el país se sintió en peligro y lo prueba la formación de una Junta de Guerra encargada de organizar la defensa. Entre las medidas adoptadas se contó el control de las comunicaciones por correo. Las cartas debían ser llevadas abiertas para ser leídas por los funcionarios. Si eran autorizadas, se cerraban en presencia de los interesados. Lo mismo ocurría con las cartas recibidas, se abrían delante del destinatario y se leían. Si no había impedimentos, allí mismo se le entregaban. La medida permaneció en vigencia hasta la muerte de Francia.

¿Política social o paternalismo?

Como último aspecto a tratar, de su particular forma de ejercer el poder, corresponde mencionar su actitud ante los problemas derivados de causas no imputables a las víctimas. En este sentido, procuraba mantenerse muy al tanto de la situación particular de cada pueblo, región o lugar.

El estado contaba con gran cantidad de propiedades inmobiliarias especialmente estancia, es decir, grandes establecimientos ganaderos. El dictador controlaba la administración de cada caso concreto. Muchos de los recursos del estado se derivaban de esas propiedades. Sin embargo, la principal producción era la ganadería, con lo cual no podía hacer negocios internacionales muy prósperos por cuanto todos los países limítrofes eran ricos en ese tipo de producción. Tampoco dentro del país la comercialización del ganado producía ganancias significativas, por ser uno de los productos más abundantes; junto con el maíz era la base de la alimentación general. Debemos recordar la ausencia de formas para aprovechar la carne más allá del consumo inmediato. Lo comercializable eran los cueros, las guampas y las pezuñas. Pero en caso de catástrofes naturales como sequías, inundaciones, etc., o de saqueos por parte de los indios del norte y del Chaco, se proveía alimento con los recursos de las “estancias de la patria”. También se usaba esa riqueza para alimentar los contingentes de los fuertes y cuarteles diseminados

por casi todo el territorio. En muchos casos particulares, una res por semana, quincena o mes, constituía parte del salario de algunos maestros. Otras circunstancias en las cuales se distribuía producción de las propiedades del estado eran las plétores. Al respecto, es interesante la siguiente ordenanza:

Hallándose con muchos ganados las diferentes estancias que he establecido años anteriores de cuenta del estado, he determinado beneficiar también con alguna parte de ellos a los pobres de ese vecindario, como ya se ha hecho con los de otras villas de San Isidro y Concepción. A este fin, incluyo el adjunto libramiento de ochocientas vacas de la estancia del Rosario en las cercanías del pueblo de Santa María para que se hagan llevar y se repartan a los que sean indigentes, quedando a la discreción del comandante el distribuirlas según juzgase conveniente. Asunción, abril 27 de 1829 (ANA, S. H. Vol. 240, núm. 2).

Este tipo de documentos es bastante abundante en el archivo de Asunción, y da cuenta de ciertas finalidades perseguidas con esos establecimientos estatales. Como gobernante, Francia mantuvo su preocupación por la parte materialmente menos favorecida de la población, como lo había hecho como abogado antes de la independencia, lo cual daba a estos establecimientos la misma función que actualmente tiene la previsión social, aunque en aquella época no estaba reglamentada ni era oficial.

Como no necesitaba conseguir adherentes, especialmente luego de 1816, ese paternalismo no excluía la rendición de cuentas a nivel personal ni el estímulo al esfuerzo individual. En este sentido, no debemos pensar en la posibilidad de una fácil simulación para obtener bienes de esos establecimientos estatales. Con fecha 6 de enero de 1815, Ibáñez, comandante de la frontera norte ya mencionado anteriormente, pide “ayuda” para los colonos combatientes, llamándolos “valientes defensores de los intereses de la República”, por cuyo servicio están en la “miseria e indigencia”. Si se le otorga la ayuda pedida, agrega: “quedaremos todos consolados y dispuestos a contrarrestar los esfuerzos de nuestros invasores”. En su respuesta, Francia no solamente reprueba el pedido, además nos da una muestra de sus ideas respecto de la vida y la forma de encararla.

...Según todo esto, los de la Villa, por ineptitud y flojedad, no serán gente para defender de los indios aun sus propios hogares y territorio. Ellos no deben reputarse extraños, como que hiciesen una defensa sin obligación precisa y absoluta, cuando no hacen más que defender sus vidas, sus familias, sus haberes, sus establecimientos, que es lo propio que defenderse a sí mismos. Extraños son en cierto modo los que van de otros pueblos y lugares de la República únicamente

por auxiliarlos. Dice usted que viven en miseria, en penuria, en indigencia, pero si anteriormente no era así, no debe usted extrañarlo ahora, si sabe que en todo el mundo esta es la suerte que vienen a tener los pueblos que por ineptitud, por desidia, por abatimiento de espíritu y falta de energía se dejan destruir, matar y estafar del primer enemigo o usurpador que asoma.

La opulencia, el bienestar, las ventajas y comodidades de la vida son frutos del esfuerzo y valentía del hombre en arrostrar, sufrir y superar los peligros, las miserias y todos los grandes trabajos.

Luego pone a los propios indios como ejemplo de las incomodidades que pasan por su forma de vida, con la cual se han armado y enriquecido, como premio a su esfuerzo. Y continúa acusando:

Esto mirado a un cierto punto de vista acusa ya la inacción e indolencia de los propietarios. No por eso despiertan ellos de su letargo y a cada golpe mortandad y destrozo que reciben, no hacen más que gritar, llorar, temblar, asustarse y pedir municiones, ropa y cuanto hay. Mire usted que todo será inútil si ellos no son capaces de superar y aniquilar a sus enemigos; pues de otra suerte todos estos auxilios, unos tras otros, al fin irán sucesivamente a parar a poder de los indios y la Villa se quedará siempre y eternamente pidiendo auxilios por centenares (...) ¿Quién auxilia a los indios, o a quién piden ellos tales socorros? A nadie más que a su propio valor, a su espíritu emprendedor y resuelto, a venir de las mayores distancias, a sufrir, exponerse a los peligros, a los trabajos y a la misma muerte (Bouvet, s.a.: 103-105).

La cita podría prolongarse con otros conceptos, pero entendemos que son nuevas formas de presentar la misma idea básica, y no queremos cansar con tanto texto de otros tiempos.

Como puede apreciarse, las medidas dejan la sensación de ser aplicadas con total discrecionalidad, en un sentido u otro. No existe una reglamentación general por la cual se rijan todas. Sin embargo, cuidaba hasta los menores detalles, lo cual estaba cimentado en un conocimiento detallado del país y su gente, en una memoria de la cual hace gala en cada correspondencia. Para Aníbal Solís, figura de primer nivel en el Archivo Nacional de Asunción, los artífices de esa cualidad fueron sus archiveros: Mateo Fleytas y Policarpo Patiño.

Para 1839 comenzaron a hacerse notar los años y el desgaste físico. Hacia finales de junio de 1840, fue sorprendido por un aguacero en uno de sus paseos. Si bien a los pocos días comenzó a mejorar, se confió en su salud y desoyendo la cama y el reposo prescritos por su médico, se reincorporó a sus tareas. Sin embargo,

la atención del gobierno fue irregular en agosto, sus paseos a caballo se espaciaron, lo cual no escapó a la observación de la población. En franca y creciente oposición con su galeno, su situación se agravó con el comienzo de la segunda quincena del mes siguiente. Finalmente falleció a las 13:30 del domingo 20 de setiembre de 1840.¹²

Conclusión: balance y tendencias

Si bien en algunos aspectos de su acción de gobierno el Dr. Francia fue uno más de los múltiples dictadores que gobernaron sobre los países iberoamericanos en la primera mitad del siglo XIX, en otros fue absolutamente original y único. También podemos entender las enormes polémicas a que ha dado lugar su personalidad y su labor pública, porque lo único que su figura no provocó fue indiferencia. Por lo general, tanto sus detractores como sus apologistas se han ubicado en los extremos, porque su figura, en el Paraguay, no es algo sepultado junto con todo su pasado, sino una actitud general, una posición frente a los problemas humanos, para una población ideológicamente igualitaria. Su figura sigue siendo utilizada como bandera o como ejemplo a condenar en la política paraguaya de mediados del siglo XX. Para su elección de 1965, Alfredo Stroessner se presentaba como continuador de una corriente nacionalista con preocupaciones sociales, precisamente invocando a Francia, quien, según esa interpretación, la había iniciado.

Hacia 1840, al momento de la desaparición del dictador, vista desde nuestra perspectiva, la sociedad paraguaya ofrece el aspecto de haberse estancado durante los veintiséis años del gobierno dictatorial. Sus apologistas destacan ciertas características, presentadas como positivas: la gente vivía en paz, sin necesidades apremiantes; la enseñanza primaria estaba más generalizada de lo corriente en el continente, aunque no existía posibilidad de continuar estudiando otros niveles; el país no tenía dificultades por deudas exteriores, cuestión ya causante contratiempos a otros estados del continente. Otros observadores menos complacientes suelen presentar un panorama bastante lúgubre: el comercio exterior era mínimo, no se había estimulado la formación de personal preparado para hacerse cargo de las tareas del gobierno o con alguna calificación especial de otro tipo. Sin embargo, no debemos dejarnos llevar por esas miradas rápidas de “visitantes” apurados, por lo general, adversarios interesados del sistema político mismo. Para su sucesor, el aspecto más alarmante era el de la atención religiosa. Sin embargo, como lo señala Justo Pastor Benítez en un lúcido pasaje:

¹² Todo este último párrafo está tomado de Julio César Chaves, (Chaves, 1964: 459-463).

El Dr. Francia no *hizo* al Paraguay, ni lo *moldeó a su imagen y semejanza*. Su gobierno fue el fruto de las circunstancias. Esta tesis habilita mejor que la teoría egocentrista, a señalar su acción fundamental, a explicar su larga permanencia en el poder, a establecer el criterio con que ha de juzgársele. Antes que el enjuiciamiento de un hombre, debe interesar la apreciación de una época, de una etapa de la creación y desenvolvimiento del pueblo paraguayo, de cuyo seno no puede arrancarse al Dr. Francia para estudiarlo como un caso aislado (Chaves, 1964: 142).

La firme estabilidad se acompañaba, o quizá era el resultado de la ausencia de cambios significativos. Para poder evaluar esos juicios sobre el Paraguay francista, conviene recordar el primer capítulo de *El otoño de la Edad Media*, donde Huizinga nos invita a esforzarnos en comprender “El tono de la vida”. Vivimos en un mundo donde la velocidad de las transformaciones se ha acelerado de una forma tan vertiginosa como no tenemos noticia en ninguna otra época. Cualquier ser humano con una vida promedio, abandona la vida en una sociedad absolutamente diferente a la existente en el momento de su nacimiento. Esto no ocurría antes del siglo XVIII. Por lo general, los hombres nacían y morían en el mismo mundo, es más, en el mismo donde habían nacido y muerto sus padres, sus abuelos y otros antepasados. No existían los conflictos generacionales. Las transformaciones provocadas por la Revolución Industrial tienen la dinámica de la bola de nieve. La independencia de las colonias ibéricas en América forma parte de esos cambios mundiales promovidos por ese proceso universal. Aquellos países más intensamente vinculados con Inglaterra y las regiones dinámicas del sistema, sufrían con mayor intensidad los efectos del proceso y se transformaban, no tan velozmente como las metrópolis, pero de todas maneras con bastante rapidez. Encerrado en medio del continente, sin contactos sociales con el exterior, el Paraguay se estancó en relación con ese proceso, al ser observado desde esa perspectiva. Si la consideración se hace con los criterios de uno o dos siglos antes, mantuvo su evolución con la misma lentitud de los siglos anteriores. Lo que se enfrentan son dos civilizaciones progresivamente diferentes a evaluar un mismo fenómeno propio de una de ella.

Fuentes

PRIMARIAS:

ANA (Archivo Nacional de Asunción): S.H. (Sección Histórica) y NE (Nueva Encuadernación).

SECUNDARIAS:

Hemerográficas

Estudios paraguayos, Revista de la Universidad Católica “Nuestra Señora de la Asunción”, Paraguay.

- Historia Paraguaya*, Anuario del Instituto Paraguayo de Estudios Históricos, a partir de 1966, Academia Paraguaya de la Historia.
- Revista Paraguaya de Sociología*, Publicación de ciencias sociales para América Latina del Centro Paraguayo de Estudios Sociológicos.
- Bouvet, Nora (s.a.) "La política indígena del Dictador Supremo", en *Suplemento antropológico*, revista del Centro de Estudios Antropológicos de la Universidad Católica "Nuestra Señora de la Asunción", XXVII, núm. 1.

Bibliográficas

- Anderson, Perry (1979), *El estado absolutista*, México, Siglo XXI Editores.
- Azara, Félix de (1847), *Descripción e historia del Paraguay y del Río de la Plata*, obra póstuma, Madrid, Imprenta de Sanchis, 347 pp.
- Braudel, Fernando (1968), *La historia y las ciencias sociales*, 3 "La larga duración", El libro de bolsillo núm. 139, Madrid, Alianza.
- Benítez, Justo Pastor (1937), *La vida solitaria del Dr. José Gaspar de Francia, dictador del Paraguay*, Buenos Aires, El Ateneo.
- Bethell, Leslie (ed.) (1999-2002), *Historia de América Latina*, 16 vols., Cambridge, Cambridge University Press.
- Burns, E. Bradford (1980), *The Poverty of Progress. Latin America in the Nineteenth Century*, Berkeley and Los Angeles, University of California Press, 183 pp.
- Cardozo, Efraim (1959), *El Paraguay colonial. Las raíces de la nacionalidad*, pról. de Justo Pastor Benítez, Buenos Aires, Nizza, 231 pp.
- ____ (1949), *El Paraguay independiente*, Asunción, El lector, 1996, la primera fue en Salvat, Barcelona, 485 pp.
- Chaves, Julio César (1964), *El supremo dictador, Biografía de José Gaspar de Francia*, 4a. ed., Madrid, Atlas, 485 pp.
- Doratioto, Francisco Fernando Monteoliva (1996), *O conflito com o Paraguai. A gran-de guerra do Brasil*, São Paulo, Ática.
- Du Graty, Alfredo M. (1995), *La República del Paraguay*, José Jacquin, Besanzon, 1862, edición facsimilar, Asunción, Imprenta Nacional, 364 pp., más un apéndice documental de 169 pp.
- Garavaglia, Juan Carlos (1987), *Economía, sociedad y regiones*, Buenos Aires, Ediciones de la flor, 261 pp.
- ____ (1983), *Mercado interno y economía colonial*, México, Grijalbo, 507 pp.
- García Mellid, Atilio (1963), *Proceso a los falsificadores de la historia del Paraguay*, 2 t., Buenos Aires, Theoria, 542 pp.
- González, Natalicio (1993), *Geografía del Paraguay*, Asunción, Cuadernos republicanos, 816 pp. y dos cuadros.
- Lockhart, James y Stuart B. Schwartz (1992), *América Latina en la Edad Moderna. Una historia de la América Española y el Brasil coloniales*, Madrid, Akal, 440 pp. Original: (1983), *Early Latin America*, J. G. Pérez Martín, (trad.), revisión científica Fernando Bouza Álvarez, Cambridge University Press.
- Navarro García, Luis (coord.) (1991), *Historia de las Américas*, III. Alhambra-Longman, Quinto Centenario, Madrid, Universidad de Sevilla.
- Pastore, Carlos (1972), *La lucha por la tierra en el Paraguay. Proceso histórico y legislativo*, Montevideo, Antequera. 526 pp.
- Peters, Heinz (1996), *El sistema educativo paraguayo desde 1811 hasta 1865*, Asunción, julio, Instituto Cultural Paraguayo-Alemán, 347 pp.
- Ramos, R. Antonio (1959), *La política del Brasil en el Paraguay bajo la dictadura del Dr. Francia*, 2a. ed., Buenos Aires, Nizza, 232 pp.

- Rengger y Lompchamp (1995), *Ensayo histórico sobre la revolución del Paraguay y el gobierno dictatorio del Doctor Francia*. París, Imprenta de Moreau, 1828, Edición facsimilar, Asunción, Imprenta Nacional, 309 pp.
- Rivarola, Milda (1994), *Vagos, pobres y soldados. La domesticación estatal del trabajo en el Paraguay del siglo XIX*, Serie Historia Social, col. Aniversario, Asunción, Centro Paraguayo de Estudios Sociológicos, 158 pp.
- Sánchez Quell, H. (1981), *Estructura y función del Paraguay colonial*, Asunción, Casa América y Librería Comuneros, 280 páginas.
- Schmidl, Ulrico (1947), *Derrotero y viaje a España y las Indias*, 2a. ed., col. Austral núm. 424, trad. directa del alemán por Edmundo Wernicke, pról. de Enrique de Gandía, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 149 pp. La primera edición de México, 1944, es facsimilar, excepto en la introducción, la nota final del traductor y la bibliografía. Sin datos del original.
- Viola, Alfredo (1984), *Doctrina, economía, obras públicas y la Iglesia durante la Dictadura del Dr. Francia*, Asunción, marzo, Clásicos Colorados, 97 pp.
- Viola, Alfredo (1992), *Dr. José Gaspar Rodríguez de Francia. Defensor de la independencia paraguaya*, Asunción, Carlos Schauman, 276 pp.
- White, Richard Alan (1989), *La primera revolución popular en América: Paraguay (1810-1840)*, 2da. ed., Asunción, Carlos Schauman, 320 pp. Original: *Paraguay's autonomous revolution 1810-1840* (1978), trad. de Frank M. Samson, Albuquerque, University of New Mexico.
- Williams, John Hoyt (1979), *The rise and fall of the Paraguayan Republic 1810-1870*, Austin, University of Texas, Institute of Latin American Studies.
- Wisner De Mongester, Enrique (1923), *El Dictador del Paraguay Doctor José Gaspar Rodríguez de Francia*, Concordia (Entre Ríos), Edición del autor, 180 pp.
- Zavala, Silvio (1977), *Orígenes de la colonización en el Río de la Plata*, México, El Colegio Nacional, 708 pp.

Las grandes colecciones aparecidas a partir de los noventa no agregan nada, solamente toman parte por una posición ya conocida. En cuanto a investigaciones específicas sobre el período, aparentemente el tema ha perdido interés por el momento.

Recibido: 22 de enero de 2004

Aceptado: 6 de abril de 2005

Jaime Collazo Odríozola. Maestro en Filosofía por la Universidad Autónoma del Estado de México. Profesor de tiempo completo en la Facultad de Humanidades de la UAEM. Entre sus publicaciones más importantes están: *La naturaleza del conocimiento histórico*, UAEM; *La antología de lecturas comentadas sobre el desarrollo del capitalismo industrial y su expansión*, Cuadernos de Investigación, Coordinación General de Investigación Científica, UAEM, 1989. "¿Qué crisis fue la de octubre de 1962?", *Encuentros en Catay*, Universidad de Furent, Taiwán. "De la pantalla a la Casa Blanca", *Administración política*, Facultad de Ciencias Políticas y Administración Pública, UAEM.

Contribuciones desde **Coatepec**

revista coeditada por la Facultad de Humanidades y el
Centro de Investigación en Ciencias Sociales y
Humanidades de la UAEM,
se terminó de imprimir en
el mes de agosto de 2005,
en los talleres de Editorial Cigome, S.A. de C.V.,
ubicada en Vialidad Alfredo del Mazo No. 1524,
Col. Exhda. La Magdalena C.P. 50010, Toluca, Méx.

El tiraje fue de 500 ejemplares
más sobrantes para reposición.

En la composición de textos se utilizó el tipo *Times
News Roman* en tamaños 30, 14, 11, 9, 8 y 7 puntos.

Los forros son en cartulina couché cubiertas de 210
gramos y los interiores en papel cultural de 75 gramos.

Tabla de contenido

Nueva época • Año IV, número 7 • julio-diciembre de 2004

Estudios lingüísticos y literarios

El erotismo en la obra de Juan García Ponce

Juan Antonio Rosado Zacarías

Y la historia se repite...

(Ibargüengoitia y Bajtín)

Marcela Barrios Luna

Historia

Re-ordenado el siglo XIX: una doble mirada

Juan José Barreto González

El Dictador Francia y la sociedad paraguaya

Jaime Collazo Odriozola



Universidad Autónoma
del Estado de México



Centro
de Investigación
en Ciencias Sociales
y Humanidades



Facultad de
Humanidades